

## Capítulo 11: Los comienzos de la Congregación (1801-1802)

Al día siguiente de su vuelta a Francia, el P. Chaminade se había visto absorbido por distintas obras; pero ni el ministerio de la palabra, ni la administración de la diócesis de Bazas, ni la fundación laboriosa de la Misericordia habían podido desviar su pensamiento de la misión a la que se sentía llamado por el cielo. Sus ideas de antes, seguidas en 1796 de un comienzo de ejecución, confirmadas y más netamente definidas en Zaragoza, estaban en él más presentes que nunca desde que el apaciguamiento de las pasiones revolucionarias hacía más posible su realización. Formar apóstoles, ése era su destino, y ésa fue desde la vuelta del exilio su preocupación dominante.

Teniendo claro el fin a conseguir, no dudó más en los medios a emplear. Como en 1796, la juventud fue su objetivo inmediato. Por ella infundiría en el cuerpo envejecido de la sociedad de entonces una sangre nueva y generosa, que reaccionaría contra las influencias mórbidas y reanimaría la vida sobrenatural amenazada de extinguirse. Así pensaban no sólo el P. Chaminade en Burdeos, sino también el P. Bourdier-Delpuits en París<sup>1</sup>, el P. Roger en Lyon<sup>2</sup>, Jean-Joseph Allemand en Marsella<sup>3</sup> y otros, a los que el celo apostólico inspiraba, simultáneamente en diversos puntos de Francia, la resolución de consagrar a la juventud lo mejor de su tiempo y de sus fuerzas. Los primeros intentos de Jean-Joseph Allemand remontan a 1797, como los del P. Chaminade; Delpuits y Roger empezaron en 1801 y 1803. Unos y otros se proponían resucitar alguna de las fecundas instituciones del pasado, destinadas a preservar y orientar la edad de la adolescencia. Los padres Delpuits y Roger, que pertenecían a la Compañía de los padres de la Fe, se inspiraron en las célebres Congregaciones de estudiantes, fundadas en Roma por los padres jesuitas y alentadas a menudo por los soberanos pontífices. Allemand, en Marsella, reproducía, adaptándola a las necesidades nuevas, la obra de juventud de los Sacerdotes del Buen Pastor, a la que él mismo había estado agregado en su infancia.

El P. Chaminade encontraba en Burdeos recuerdos todavía vivos de dos asociaciones de este tipo. Una y otra habían continuado en cierto modo las congregaciones de los jesuitas, después de la supresión de la Compañía en 1762. La primera era una Congregación de artesanos, fundada por los jesuitas en 1689, retomada por los capuchinos en 1765, colocada bajo la advocación de la Inmaculada Concepción y enriquecida, el 13 de mayo de 1783, con una bula del Papa Pío VI, que le transfería todas las indulgencias y todos los privilegios de que habían gozado las cofradías de los jesuitas en Burdeos. Esta Congregación se distinguía por un culto particular al Sagrado Corazón de Jesús. Existía todavía al principio de la Revolución, y el P. Chaminade la vio funcionar durante su primera estancia en Burdeos; no se dirigía exclusivamente a la juventud<sup>4</sup>.

La segunda asociación era la que había reemplazado, en la parroquia Sainte-Colombe, a la Congregación de los estudiantes, desaparecida después de 1762. El párroco, P. Allary, y su vicario, el P. Noël Lacroix, no se contentaban con atender a los jóvenes eclesiásticos de la Facultad de teología, sino que extendían su solicitud a los otros estudiantes e incluso a los niños. Preparaban a los más jóvenes a la primera comunión, reunían a los mayores, les retenían con inocentes diversiones y conseguían así sustraerlos de los escándalos y de las diversiones peligrosas. «Estas reuniones, dice el biógrafo del P. Lacroix<sup>5</sup>, dieron nacimiento a lo que en la ciudad se llamó Congregación de Sainte-Colombe, porque no era sólo para procurarles honestas diversiones que reunía el P. Lacroix a estos jóvenes. Tenían un puesto asignado en la iglesia, a

<sup>1</sup> Geoffroy de Grandmaison, *La Congrégation*, París, Plon, 1889, p. 14.

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 109 y 229.

<sup>3</sup> Abbé Gaduel, *Jean-Joseph Allemand*, París, Lecoffre, 1867. El autor llama a Allemand «el primer fundador en Francia, en el siglo XIX, de las obras llamadas de juventud». Esta afirmación suscitara objeciones si la cuestión de prioridades no fuese aquí sin importancia.

<sup>4</sup> Se había hecho elevar en el recinto del convento de los capuchinos una capilla especial, que es la actual capilla de los filósofos en el Gran Seminario (L. Bertrand, *Hist. des Séminaires*, I, p. 434). Tenemos en nuestras manos, gracias a la amabilidad de Louis Claverie, las *Règles et Statuts de la Congrégation des artisans*, Burdeos, 1786.

<sup>5</sup> Taillefer, *Vie de M. Lacroix*, p. 27.

donde se dirigían en número superior a cuatrocientos para asistir a ejercicios e instrucciones especiales para ellos. Todos los años el P. Lacroix les predicaba un retiro». No les abandonaba incluso durante las vacaciones y había compuesto un opúsculo para señalarles los peligros. Consiguió atraerles tan bien que en el momento de la Revolución, Sainte-Colombe era considerada como una fortaleza de la religión. El nombre de *colombinos* era un término despectivo con el que los jacobinos designaban sarcásticamente a los jóvenes que frecuentaban la parroquia, y la iglesia de Sainte-Colombe fue destruida por odio al catolicismo<sup>6</sup>.

El P. Chaminade fue el verdadero continuador del P. Lacroix: en uno y otro el mismo celo, la misma grandeza de carácter, la misma entrega a todos, la misma simpatía sobre todo por la juventud: ellos la amaban y sabían hacerse comprender y amar por ella. Hemos tenido ya ocasión de reconocer en el P. Chaminade ese don privilegiado. Así se explica que, en unos meses, consiguiese resultados que sorprenden, sobre todo teniendo en cuenta que la era revolucionaria no estaba todavía definitivamente cerrada.

A este respecto escuchemos a uno de sus primeros discípulos<sup>7</sup>: «Se acababan de abrir de nuevo las iglesias, pero estaban todavía devastadas y desiertas; los cristianos estaban tan asustados y aislados que, entre los hombres que en esta gran ciudad habían conservado una chispa de fe, cada uno se consideraba como otro Tobías yendo al templo, y creía que iba solo. De ahí a los elementos de un Instituto religioso había una distancia infranqueable; pero nadie mejor que el P. Chaminade conocía el poder del tiempo y de la paciencia. Él comparaba su marcha a un arroyo que, cuando encuentra un obstáculo, no hace ningún esfuerzo por superarlo. Es el obstáculo mismo el que, parándolo, le hace crecer y hacerse grande hasta el punto que pronto se eleva por encima de su nivel, lo supera, lo desborda y prosigue su curso. El sabio y celoso misionero se limitó a alquilar primero en el centro de la ciudad (calle Saint-Siméon), una habitación que transformó en oratorio. Se supo que allí decía la misa y predicaba; acudieron algunos fieles. Vio en la asamblea a dos hombres todavía jóvenes. Los llamó a la hora de la misa y, cuando supo que no se conocían entre sí, les invitó a acudir a él juntos durante la semana para conocerse y acordar algunas prácticas comunes. Estos dos hombres aceptaron sus buenos consejos y él les comprometió a buscar y llevarle cada uno un prosélito. Lo consiguieron. Cuando ya hubo cuatro, se pudo llegar fácilmente a ocho por el mismo método, y en poco tiempo ya eran doce, animados de las más piadosas intenciones. Partiendo de este número, que podía ser considerado como místico, el P. Chaminade ejerció un verdadero apostolado y obtuvo tales resultados que la pequeña capilla no bastaba para sus asambleas».

Este humilde oratorio, situado en el tercer piso de una casa de la calle Saint-Siméon<sup>8</sup>, estaba dedicado a la Virgen Inmaculada, y precisamente a la fiesta de la Inmaculada, 8 de diciembre de 1800, la tradición hace remontar el origen de la Congregación. Pero fue el 2 de febrero siguiente, en la fiesta de la Purificación, cuando, colocados en torno al altar de María, los doce primeros congregantes una inviolable fidelidad a Aquella cuyo nombre y bandera debían ser su signo de reunión. He aquí la fórmula de su compromiso: «Yo, servidor de Dios e hijo de la Iglesia católica, apostólica y romana, me doy y me entrego al culto de la Inmaculada Concepción de la santísima Virgen María. Prometo honrarla y hacerla honrar en cuanto de mí dependa, como Madre de la juventud. ¡Que Dios y sus santos evangelios me ayuden!».

Se levantó acta y se firmó «en Burdeos, en el oratorio de la Inmaculada Concepción de la santísima Virgen, Madre de la juventud, el 2 de febrero de 1801»<sup>a</sup>. La primera firma es la del P. Chaminade. Siguen los nombres de Bernard Rotis, Guillaume Darbignac, Louis-Arnaud La-

<sup>6</sup> H. Lelièvre, *Ursulines*, p. 110 y 121.

<sup>7</sup> Lalanne, art. *Société de Marie* en el *Dictionnaire des Ordres religieux* de Hélyot et Badiche (collection Migne), t. IV, col. 744. *El P. Lalanne no fue testigo presencial de estos hechos. Escribe sesenta años después de lo sucedido, que narra de una manera legendaria y con varios errores, por ejemplo: el nombre y las señas del oratorio, la afirmación de que el P. Chaminade no conocía a ninguno de los primeros congregantes y de que tampoco se conocían entre ellos. Cfr. J.V., t. II, p. 42ss. Es importante corregir todo este relato, porque la mayor parte de las biografías del P. Chaminade siguen repitiendo estos errores debidos a la fantasía del P. Lalanne.*

<sup>8</sup> N° 15. Nos ha sido imposible identificar esta casa. Parece que tenía acceso por las dos calles, Saint-Siméon y Arnaud Miqueu. *Aquí hay una confusión: como ya dijimos (ver p. 69, nota b), el P. Simler ignora la existencia de un primer oratorio en la calle Arnaud Miqueu, que estaba en un tercer piso. El oratorio de Saint-Siméon se identifica perfectamente con el edificio que ocupa hoy los n. 11-15 de la calle Saint-Siméon.*

<sup>a</sup> Conservada en AGMAR 47.2.11.

fargue, Raymond Lafargue, Jean-Baptiste Estebenet, Etienne Ducot, François Tapy, Capdeville, Jean Duchon, Pierre y Alexandre Dubosq. Raymond Lafargue y Estebenet eran profesores, Tapy, Capdeville y Duchon estudiantes, los Dubosq y Arnaud Lafargue empleados, Rotis clérigo, Ducot zapatero y Darbignac fabricante de cartas. El 25 de marzo siguiente era recibido el P. Pineau, que hacía de secretario del P. Chaminade en la administración de Bazas. La tradición de la Congregación ha unido su nombre al de los doce primeros; efectivamente, tomó el puesto del joven Capdeville, que falleció poco después de su consagración<sup>9</sup>. La mayor parte de estos jóvenes habían pertenecido a la asociación del P. Lacroix<sup>10</sup>; eran el lazo de unión entre el pasado y el presente.

Por una singular coincidencia, en esta misma fecha del 2 de febrero de 1801, el P. Delpuits inauguraba en París, con seis estudiantes, los ejercicios de la Congregación. El historiador de esta Congregación<sup>11</sup> señala: «El que quisiera escribir una historia de la restauración de las buenas obras al salir de la Revolución, podría marcar con una cruz blanca esta fecha», doblemente memorable por la fundación simultánea de dos de los más poderosos instrumentos de la regeneración cristiana de Francia.

El 3 de febrero, los congregantes bordeleses, deseosos de organizarse, se dieron un prefecto en la persona de Louis-Arnaud Lafargue, el más antiguo de los discípulos del P. Chaminade. El modesto joven no encontró, en su emoción, otra respuesta al honor que se le hacía que la oración jaculatoria recientemente indulgenciada por Pío VII<sup>12</sup>: «Sea hecha, alabada y eternamente exaltada la justísima, altísima y amabilísima voluntad de Dios en todas las cosas». Esta exclamación encantó a los congregantes. Adoptaron como divisa esta fórmula de confianza en Dios, e introdujeron el uso de que fuese pronunciada por los que eran elegidos para los cargos de la Congregación<sup>13</sup>. Al prefecto se adjuntaban asistentes, un secretario, consejeros y, más tarde, un tesorero, cuando con las cotizaciones voluntarias se creó un pequeño presupuesto.

El ejemplo del bien es contagioso como el del mal. En un tiempo en el que la religión era sólo tolerada, en que las autoridades tildaban de «muecas» las ceremonias religiosas, en que la opinión estaba todavía imbuida de todos los prejuicios de una filosofía escéptica, se vio a los jóvenes bordeleses, que se decía ligeros, esclavos de la moda y del placer, afrontar, uno tras otro, el respeto humano, y hacerse presentar por sus compañeros al capellán de la calle Saint-Siméon. Se les daba una acogida amable: más aun, encontraban la amistad de un padre que, desde la primera entrevista, les encantaba y les seducía. Se inscribían pronto entre los *pretendientes* y engrosaban así las filas de la asociación naciente. El 15 de agosto, sólo los congregantes eran cuarenta; el 8 de diciembre siguiente eran sesenta. Los pretendientes eran tan numerosos que, desde esta época, tuvieron un *introductor* especial, encargado de instruirles de sus deberes religiosos, formarles en los usos de la Congregación, penetrarles de su espíritu, y llevarles así al grado de *aprobantistas*<sup>14</sup>, esperando que fuesen dignos de hacer su acto solemne de consagración a la Virgen Inmaculada.

<sup>9</sup> En el registro de 1801 figura también el nombre de Alexis Decombes, sombrerero, pero sin fecha de recepción, y con la mención «muerto». Sin duda, había celebrado en el cielo la fiesta del 2 de febrero. *Nuevo error, Caldeville murió en febrero de 1802; luego el P. Pineau no pudo tomar su puesto el 25 de marzo de 1801. Cfr. J.V., t. II, p. 44.*

<sup>10</sup> L'abbé Rigagnon. Manuscrito ya citado. *Obsérvese, según estos datos, que el P. Chaminade conocía a algunos de sus primeros congregantes y que éstos se conocían entre sí, en contra de lo que afirma Lalanne en su relato (ver más arriba, nota 7).*

<sup>11</sup> Geoffroy de Grandmaison, *La Congrégation*, p. 19.

<sup>12</sup> Breve del 2 de mayo de 1800. Estas indulgencias eran sólo temporales; fueron definitivas por decreto del 19 de mayo de 1818.

<sup>13</sup> Así contaba confidencialmente Louis Lafargue, convertido en Hermano Eloy del Instituto de los Hermanos de las Escuelas cristianas, esta circunstancia de su elección a uno de sus amigos, Quentin Loustau, el 9 de diciembre de 1816: «Yo estaba en oración ante el Santísimo Sacramento el día mismo y antes de que se hiciese la elección de los cargos. De repente me sentí fuertemente tocado por una inspiración, y oí en el fondo de mi corazón estas palabras: «Vas a ser nombrado prefecto». Me retiré de la oración con esta convicción. Se procedió a la elección. Fui nombrado. Enseguida, por un movimiento espontáneo, dije estas palabras: "Sea hecha, etc.". Informé al Director del conocimiento prematuro que había tenido de mi elección. De aquí viene el uso de esta oración en la Congregación».

<sup>14</sup> A este término de *aprobantiste*, el P. Chaminade preferirá más tarde el de *probaniste*.

Los nuevos congregantes eran inscritos en una de las *fracciones*, que se componía de jóvenes de condición poco más o menos análoga: sabia precaución que hacía posible el concurso simultáneo de todas las buenas voluntades, sin herir ciertas delicadezas que la prudencia aconsejaba respetar. Efectivamente, mediante esta organización, el oratorio de la calle Saint-Siméon se abrió indistintamente a todas las fortunas y a todas las posiciones: los Lacombe, Cantenac, Forcade, hijos de grandes negociantes y armadores se codeaban con los pequeños empleados; los profesores, como Estebenet, Thomas, Lafon, Cahier, los estudiantes como Laborde, Joly y tantos otros, se encontraban con los orfebres, armeros, panaderos, sastres y toneleros. Todos eran con el mismo título hijos de María, participaban en las mismas diversiones, celebraban juntos las mismas fiestas, y recogían al lado unos de otros las mismas palabras inflamadas de labios de su director. Conmovedora fraternidad, que hacía más significativa todavía la presencia, entre estos jóvenes del mundo, de no pocos eclesiásticos. Así, en el año mismo de la fundación, en 1801, encontramos inscritos en el «el libro de registro de las personas recibidas al culto de la Inmaculada Virgen» a Pineau (25 de marzo), Rauzan (7 de agosto), Vlehmans (15 de agosto), Décube (1 de noviembre) y Jean Boyer (8 de diciembre), todos sacerdotes. Podemos añadir al diácono Hyacinthe Lafon, cuyo nombre aparecerá más de una vez en la historia de la Congregación.

El P. Rauzan no era otro que el célebre predicador, el futuro fundador de los Misioneros de Francia, considerado, en la reorganización de la diócesis como «uno de los mejores sujetos, por no decir el mejor de la diócesis, en piedad, espíritu, talento y conocimientos»<sup>15</sup>. Se había ya revelado cuando era vicario de Saint-Projet, antes de la Revolución, y quizá había conocido entonces al P. Chaminade, que era cuatro años menor que él<sup>16</sup>. Nos los encontramos vinculados desde su vuelta del exilio, dotados de talentos diferentes, pero ocupándose de obras análogas, animados de la misma pasión por la regeneración de Francia y profesando la misma devoción hacia la Virgen Inmaculada. En cuanto al P. Vlehmans, lazarista antes de la Revolución, fue, desde 1792, compañero de armas del P. Chaminade. Juntos habían combatido, durante el Terror, con diversos disfraces y con peligro de su vida. Juntos habían abrazado y practicado la devoción al Sagrado Corazón; juntos fueron desterrados por el Directorio. El P. Vlehmans volvió el primero de Roma donde se había refugiado y apoyó la obra de la señorita Fatin, preparada por el P. Chaminade durante el retiro de 1796. No es extraño que fuera uno de los primeros en pronunciar en el oratorio del P. Chaminade su consagración a María Inmaculada<sup>17</sup>. Relaciones parecidas condujeron hacia el P. Chaminade a François Décubes<sup>18</sup> y Jean Boyer<sup>19</sup>.

La presencia de sacerdotes en medio de estos jóvenes creaba una semejanza entre estas asociaciones y el Oratorio de san Felipe en Roma. Dos siglos antes, en una sala de San Juan de los Florentinos, san Felipe Neri reunía en torno de él a sus discípulos, sacerdotes y laicos, y tanto en la alegría de una conversación amigable como en los ejercicios de una sólida piedad, les hacía la religión amable y el apostolado fácil. Estas reuniones, de un encanto tan penetrante, eran el ideal en el que se inspiraba el P. Chaminade<sup>20</sup>.

<sup>15</sup> Archivos del arzobispado. Cf. Bertrand, *Hist. des Séminaires*, t. I, p. 177.

<sup>16</sup> Jean-Baptiste Rauzan, nacido en Burdeos el 5 de diciembre de 1757, muerto en París el 5 de septiembre de 1847. Su *Vida* fue escrita por el P. Delaporte, París 1857. Fue reeditada en 1892 por la Maison de la Bonne Presse.

<sup>17</sup> Pierre Vlehmans, nacido en Burdeos el 12 de septiembre de 1755, murió en esta ciudad el 27 de junio de 1831. Se le llamaba comunmente «Monsieur Vincent», en recuerdo de su paso por la comunidad de los lazaristas. Consagró la mayor parte de su vida a la fundación y dirección de la *Réunion au Sacré Coeur*. El P. Chaminade tenía, como veremos más adelante, plena confianza en su experiencia del estado religioso (Cf. Bertrand, *Hist. des Séminaires*, t. II, cap. IV y VI).

<sup>18</sup> François Décubes, nacido el 26 de octubre de 1764, antiguo vicario de Portets, en la reorganización del clero como «buen sujeto, que tiene celo, piedad e instrucción». Fue nombrado para el cuidado de Merignac en 1803.

<sup>19</sup> Jean Boyer, nacido el 30 de enero de 1759, vicario de Carignan en Benauges antes de la Revolución, trabajaba en Burdeos desde su vuelta de España. «Ampliamente instruido, dócil, de excelente carácter», dicen las notas de 1802. Fue nombrado vicario de Saint-Pierre de Burdeos. No hay que confundirlo ni con el vicario general Joseph Boyer ni con otro Joseph Boyer, vicario de Saint-Martial y originario de la diócesis de Auch.

<sup>20</sup> Era también el que proponía a sus discípulos. He aquí los términos en que nos ha llegado un pasaje de una de sus conferencias a las Hijas de María de Agen: «San Felipe hizo un bien infinito por la manera agradable que llevaba sus Congregaciones. La reunión comprendía dos partes, de las que la primera se

En el modesto apartamento de la calle Saint-Siméon, como en el Oratorio, se hablaba sin coacción; se edificaba y se instruía por la exposición de diversas cuestiones de dogma, apologética o historia de la Iglesia; se escuchaba la palabra querida del director; se recogían sus recomendaciones. El P. Chaminade no tenía la elocuencia que arrastra a las masas, pero su palabra lenta estaba llena de sentido, era oportuna y delicada, y sobre todo llena de unción; encantaba, persuadía y provocaba en el fondo del alma un eco saludable.

Como en el Oratorio, se oraba en común: la oración predilecta era el Oficio Parvo de la Inmaculada Concepción, ramillete de flores que un piadoso franciscano del siglo XV o XVI había recogido en el parterre de las sagradas Escrituras en honor del glorioso privilegio de la Madre de Dios, y que el celo de san Alfonso Rodríguez había extendido por toda la cristiandad<sup>21</sup>. Como en el Oratorio también, la música religiosa, que se dirigía a los sentidos, dejaba en las almas deliciosas impresiones que las elevaban sin ablandarlas. Tenía además más valor por el hecho de que, por prudencia, había sido desterrada de los oratorios, durante los largos años de la persecución. Los jóvenes cantaban con entusiasmo esos cánticos que despertaban en sus almas un fervor viril. Les gustaba sobre todo el *Canto de la Congregación*, que tenía el ritmo del *Canto de marcha*, y que un cambio de letra había transformado en un canto de reunión de los servidores de la Virgen Inmaculada<sup>22</sup>.

El P. Chaminade estimó su tarea cumplida sólo a mitad cuando organizó las reuniones para los jóvenes. Desde el principio se había preocupado también de las jóvenes: la vocación inesperada de Marie-Thérèse de Lamourous a la Misericordia obstaculizó sus primeros planes. Pero pronto tomó de nuevo confianza y comenzó las reuniones ese mismo año 1801<sup>23</sup>; tuvieron el mismo éxito que las de los jóvenes. Los ejercicios de una y otra rama de la Congregación eran totalmente distintos. Cada una tenía, todos los domingos, su misa e instrucción especiales. Las jóvenes recitaban en francés el Oficio del Sagrado Corazón de María, tomado de una antigua congregación de señoras, dirigida, como la de los artesanos, por los padres capuchinos. Por lo demás, el mismo nombre de Inmaculada Concepción, el mismo agrupamiento en fracciones según la diversa condición de cada una, el mismo espíritu en el conjunto y en los detalles. Las primeras listas de la Congregación de las jóvenes han desaparecido; no sabemos los nombres de las fundadoras. Marie-Thérèse de Lamourous no tardó en prestarles su colaboración; se inscribió en la Congregación con sus colaboradoras, y pronto se convirtió en la *Madre*, es decir la principal dignataria. Conservó sus funciones hasta el año 1809 aproximadamente.

Esta nueva creación clausuraba la serie de trabajos del P. Chaminade durante el año 1801. ¿Nos puede extrañar que le venciese el peso de tantas fatigas y cayese enfermo? El P. Fabas, el principal de los subadministradores de la diócesis de Bazas le reprochaba con razón que no se cuidaba bastante. Le escribía el 29 de enero de 1802: «He sabido con dolor que usted ha tenido una enfermedad grave de la que todavía está convaleciente. Le deseo muy sinceramente su pronto restablecimiento y le ruego que se cuide en el futuro para no privar a la Iglesia, por un celo poco moderado, del gran bien que usted le procura con sus trabajos continuos»<sup>b</sup>.

El 2 de febrero estaba recuperado y celebraba en medio de sus queridos jóvenes el aniversario de su primera consagración a María. Los congregantes habían alcanzado la cifra de 99. Pidieron al P. Chaminade que admitiese a la consagración a uno de sus compañeros que todavía estaba en el período de prueba: así se completó el centenar. La fiesta revistió ese carácter de

---

dedicaba a la instrucción. San Felipe no hacía nunca él la instrucción, que duraba media hora o tres cuartos de hora. Daba enseguida un patrón para la semana y terminaba con una exhortación conmovedora que levantaba los espíritus. Todo el mundo se retiraba satisfecho. Había siempre afluencia de personas, porque el espíritu encontraba allí alimento y porque el corazón se llenaba de buenos sentimientos». En esta exposición se podrá reconocer el método del propio padre Chaminade.

<sup>21</sup> Cf. P. Debuchy, S.J., *Recherches sur le Petit Office de l'Immaculée Conception*, artículo de la Revista *Précis historiques*, año 1886 (Bruselas).

<sup>22</sup> La mayor parte de los cánticos de la Congregación eran reminiscencias profanas a las que se adaptaban letras piadosas. Era la costumbre de la época. Así hicieron los Misioneros de Francia, sacando partido de las melodías populares menos religiosas para hacer penetrar en las masas el conocimiento y el amor de las verdades de la religión. *El Canto de la Congregación, citado aquí, tenía la música de la "Marsellesa"*, cfr. *Carta 33, de 28 de febrero de 1809, Lettres, t. I, p. 49.*

<sup>23</sup> Un cuadro de la Congregación de las jóvenes lleva la fecha del 2 de junio de 1801.

<sup>b</sup> *AGMAR 20.1.90.*

agradable intimidad que resulta del perfecto acuerdo de todos los corazones y de todas las voluntades.

El fervor era grande: el propio P. Chaminade lo manifestaba cuando recordaba este feliz día<sup>24</sup>. Contemplando esta hermosa juventud conquistada para Dios y la virtud brotaba de sus labios la exclamación del libro de la Sabiduría: «*Quam pulchra est casta generatio cum claritate*» y la traducía en estos emocionados términos<sup>25</sup>: «En el siglo más pervertido que nunca, del seno de la corrupción, en medio de todos los vicios, se ve nacer una generación casta, una generación virtuosa; dice ser la familia de la purísima María; todo muestra, en efecto, la nobleza y dignidad de su divino nacimiento. En ella sólo se ve el alejamiento del vicio y la inclinación a la virtud; todos los miembros de esta familia se aman tiernamente y están habitualmente reunidos en el Corazón de la divina María. Si la diferencia de caracteres, la vista de algún defecto personal pudiera a veces enfriar las relaciones de unos con otros, para restablecer la paz y la unión no necesitan más que pensar que son todos hermanos, engendrados en el seno maternal de María».

Afuera se apaciguaban las cosas, el Concordato empezaba a ejecutarse, las iglesias se volvían a abrir al culto católico y, el día de Pascua del año 1802, Francia entera cantó en una común alegría el *Te Deum* de la Resurrección.

Los nombramientos episcopales, trabajosamente elaborados, por fin salían. La sede de Burdeos, pretendida por el obispo constitucional Lacombe, fue asignada, como ya sabemos, al antiguo arzobispo de Vienne, monseñor d'Aviau<sup>26</sup>. No se podía haber hecho una elección mejor. Vicario general de Poitiers, su país de origen, monseñor d'Aviau fue elevado a la sede arzobispal de Vienne en el momento de la Revolución. En cuanto tomó posesión tuvo que salir para el exilio. Después de haber vagado durante mucho tiempo por los caminos de Italia, volvió a su diócesis mucho antes del apaciguamiento definitivo. Evangelizaba en las montañas del Ardèche cuando una carta de Portalis le comunicó los planes que se tenían sobre él. Hubiera preferido el retiro o la tranquilidad de una sede secundaria, pero el gobierno amenazaba al cardenal Caprara con nombrar a Lacombe; para evitar esta posibilidad, monseñor d'Aviau sacrificó sus preferencias y aceptó.

Llevaba a Burdeos la reputación de un santo. A la experiencia de sus sesenta y seis años, unía esa moderación que caracteriza a los espíritus superiores y que era muy necesaria en un tiempo y en una ciudad en que los constitucionales provocaban tempestades, como el párroco de Saint-Seurin, que declaraba desde el púlpito que no cedería más que a la fuerza si le quitaban la parroquia<sup>27</sup>.

El nuevo arzobispo hizo su entrada solemne en la ciudad el 25 de julio de 1802, y el 15 de agosto tomó posesión de su catedral provisional, Saint-Dominique<sup>28</sup>, en espera que la antigua sede metropolitana, Saint-André, fuese vaciada de las huellas de las mascaradas revolucionarias y provista de los objetos necesarios para el culto. En las dos ceremonias, el arzobispo observó, en medio de las manifestaciones de la gente, la presencia de una juventud entusiasta, presagio de consuelo para el futuro. Era la Congregación de la calle Saint-Siméon. La fama de su celoso director había llegado ya al prelado. Cuando, pasando por París, se encontró con monseñor de Cicé, su predecesor<sup>29</sup>, habló con él de Burdeos y, «entre los nombres que oyó más a menudo y más afectuosamente salir de la boca de su interlocutor», estaba el del P. Chaminade: «¡Qué hombres o, mejor dicho, qué ángeles son estos señores!, decía monseñor de Cicé; han hecho un bien inmenso en mi diócesis!»<sup>30</sup>.

<sup>24</sup> Memoria redactada por él en 1848, p. 22. *Carta 1510, de 18 de octubre de 1848, Lettres, t. VII, p. 646.*

<sup>25</sup> *Manuel du Serviteur de Marie*, edición de 1804, p. 5. *EP, v. 1, p. 84.*

<sup>26</sup> Charles-François d'Aviau du Bois de Sanzay, nacido el 7 de agosto de 1736 en el castillo de Bois de Sanzay cerca de Thouars, alumno de los jesuitas en la Flèche y en Poitiers, después de los sulpicianos en el Seminario de Angers, consagrado obispo de Vienne el 3 de enero de 1790, fue uno de los primeros en enviar al Papa su dimisión cuando se firmó el Concordato. Fue nombrado para el arzobispado de Burdeos el 9 de abril de 1802 e instituido canónicamente el 2 de junio. Murió con gran fama de santidad, el 11 de julio de 1826. Su *Vida* fue escrita por el padre Lyonnet, futuro obispo de Valence, después arzobispo de Albi, 2 vol., Lecoffre, 1847.

<sup>27</sup> Fisquet, *France pontificale, diocèse de Bordeaux*, p. 442.

<sup>28</sup> La iglesia actual de Notre-Dame.

<sup>29</sup> Venía de Londres e iba a tomar posesión de su nueva sede de Aix.

<sup>30</sup> Lyonnet, *Vie de Mons. d'Aviau*, t. II, p. 276 y 277.

Los vicarios generales, de Laporte y Boyer, no habían dejado de llamar la atención a su antiguo pastor sobre el trabajo del P. Chaminade. Al nuevo le describían así en sus notas confidenciales<sup>31</sup>: «El P. Chaminade ha permanecido siete años en Burdeos, donde ha prestado importantes servicios: este sacerdote, respetabilísimo por su celo y sus virtudes, tiene grandes medios para hacer el bien y merece ser distinguido desde todos los puntos de vista». Hicieron ver al arzobispo que de las cinco obras entonces existentes en Burdeos, las dos más florecientes y más fecundas en frutos de salvación, la Congregación y la Misericordia, estaban dirigidas por él, y con las otras tres tenía una relación estrecha: la *Providence* de la señora Lalanne era administrada por la misma Junta de caridad que la Misericordia; la *Réunion au Sacré-Coeur* de la señorita Fatin, fundada en parte por inspiración suya, estaba dirigida por un congregante de sus amigos, el P. Vlechmans, y la *Association du Sacré-Coeur* de las señoritas Vincent estaba también llevada por los sacerdotes de su entorno, Rauzan, Micheau y Momus.

Monseñor d'Aviau sólo tenía el temor de que el P. Chaminade, ahora que estaban reorganizadas las diócesis, pensase en volver a Périgueux. Pero precisamente la sede de esta ciudad, unida a la sede de Angulema, había sido asignada al demasiado famoso Lacombe. Al escoger entre el antiguo metropolitano constitucional del Sudoeste y el venerable monseñor d'Aviau, el P. Chaminade no podía dudar. Además, había contraído con Burdeos lazos demasiado estrechos como para romperlos: así pues no se planteó marcharse. Sus discípulos pretenden que monseñor d'Aviau hubiera deseado asociarlo a la administración de la diócesis y conservarlo cerca de su persona<sup>32</sup>. Si ese fue el plan del prelado, renunció a él ante las objeciones que se le hicieron. Fuera de los cuadros regulares del clero parroquial, los intereses de la regeneración cristiana de la diócesis exigían la presencia de sacerdotes auxiliares, encargados de llevar las ovejas a sus pastores. Por su título de Misionero apostólico, el P. Chaminade se consideraba como investido para este apostolado por el mismo Soberano Pontífice. Pedía continuarlo por el medio tan eficaz de su Congregación y por las otras obras que, a su lado, podrían completar la primera. Mejor que nadie, monseñor d'Aviau comprendía este lenguaje, que le agradaba. A pesar de sus doscientas parroquias privadas de pastores, consideró más útil para la religión el ministerio apostólico al que se dedicaba el P. Chaminade y le dejó plena libertad para ejercer su misión.

Sin embargo, no podía olvidar los servicios del sacerdote que había administrado la diócesis de Bazas, que había llevado a un gran número de juramentados al redil y que había operado en Burdeos un bien ya considerable con sus asociaciones de piedad. Al reconstituir el Capítulo de su iglesia metropolitana (27 de junio de 1803)<sup>c</sup>, inscribió, uno de los primeros, el nombre del P. Chaminade: señal de estima cuyo valor se verá especialmente acrecentado con la confianza que el santo arzobispo testimoniará en todo momento al P. Chaminade y de la que tendremos más de una prueba a lo largo de este relato.

## Capítulo 12: La extensión de la Congregación (1802-1803)

En cuanto la autoridad legítima decidió que estuviese en el puesto al que le destinaban sus aptitudes y sus inclinaciones, corroborando así la llamada directa de la Providencia, el P. Chaminade se dio con más entrega todavía, si cabe, a sus queridos congregantes. Las dos ramas de la Congregación experimentaron un notable incremento. Un informe dirigido al gobierno por el vicario Prairie de Terre-Noire, pocos meses después de la llegada de monseñor d'Aviau a Burdeos, sitúa en trescientos el número de sus miembros<sup>33</sup>.

<sup>31</sup> Archivos del arzobispado.

<sup>32</sup> Notas de Serment. *AGMAR* 17.4.328, p. 9.

<sup>c</sup> *El relato de la toma de posesión de 12 canónigos titulares y de 24 canónigos honorarios se encuentra en el "Annuaire catholique de la ville et du diocèse de Bordeaux" 1899, pp. 34-35. AGMAR CH 4.169.*

<sup>33</sup> *Note des Réunions et Associations pieuses que Mgr l'Archevêque a trouvées établies à Bordeaux et dont il juge utile la conservation au bien de son diocèse.* Este informe, conservado en los archivos del arzobispado, señala la congregación como la más importante de las cinco obras existentes en la diócesis de Burdeos; de estas cinco obras hemos hablado en el capítulo anterior.

El P. Chaminade ¿limitará su acción a la juventud? Si se dejase llevar sólo por su celo, no dudaría en abarcar todas las edades, porque el apóstol se debe a todos con su palabra y sus sudores<sup>34</sup>. Pero su prudencia le aconsejaba poner límites donde su celo no los pondría. Había comprobado que el ministerio de la juventud bastaba para absorber todas sus energías y nunca tendría demasiado tiempo para dedicarse a ello. Al clero de las parroquias y a los predicadores de misiones corresponde el cuidado de llevar a Dios a las generaciones que han llegado a la edad madura y de preservar a las que se inician en la vida; él se limitaría al círculo restringido que se había trazado, al menos durante todo el tiempo que las indicaciones de la Providencia no le impulsaran a franquear esos límites.

Sin embargo, las funciones que había ejercido y la estima de que gozaba le habían creado relaciones entre las personas de todas las edades. Un buen número de hombres frecuentaba el modesto apartamento de la calle Saint-Siméon. Entre ellos, unos pertenecían a esa élite de cristianos inquebrantables, que habían pasado sin doblegarse todo el período revolucionario y que, en cuanto sus sentimientos tuvieron libertad para manifestarse, venían a buscar apoyo en él porque apreciaban su sabiduría, unción y doctrina. A este grupo pertenecían Claude Héliès, que había alojado al P. Boyer durante la mayor parte de la Revolución; François Duchesne de Beaumanoir, abogado, antiguo subdelegado general del intendente de Guyenne, sobre todo hombre de bien, dedicado a toda clase de buenas obras tanto en Burdeos como en Martillac, donde residía habitualmente<sup>35</sup>; Léon Lapause, antiguo magistrado, alcalde de Saint-Loubès, amigo particular del P. Chaminade, del que no se separó hasta su muerte.

Otros, después de largos extravíos, cansados de las quimeras de la Revolución, avergonzados de haber capitulado, y ávidos de esa paz que todas las proclamas de la filosofía no habían podido procurarles, venían a rehacer su existencia turbada ante un hombre de sentido, prudencia, experiencia y bondad, como era el P. Chaminade. De éstos, el más interesante para nuestra historia es un abogado bordelés, David Monier, que jugará un papel activo al lado del P. Chaminade, por lo que merece que le dediquemos nuestra atención unos momentos.

Nacido en Burdeos el 7 de noviembre de 1757, David-Jean Monier había hecho la carrera de derecho y se había inscrito como abogado en 1789, el mismo año que el futuro ministro Laîné. No podríamos asegurar que su educación fue cristiana. En todo caso, descuidó las prácticas religiosas, se enamoró de las doctrinas de los filósofos y se puso a extenderlas con todo el ardor que le comunicaba su temperamento combativo; sus preferencias iban por Juan Jacobo Rousseau. Cuando llegó la Revolución, la saludó como la aurora de los nuevos tiempos, como la realización próxima del contrato social, como la llegada del reino de la paz y de la libertad entre los hombres. Para extender su campo de acción, fue a París con sus amigos los diputados girondinos, se mezcló en sus maniobras políticas y se dedicó también a empresas de librería en favor de sus autores preferidos.

Pero pronto su entusiasmo se enfrió; el triunfo de la Montagne y los excesos del Terror le inspiraron el asco por sus amigos de antes, y en uno de esos giros que son habituales en las naturalezas ardientes, se lanzó de lleno a la reacción. Urdió intrigas para la restauración de la monarquía; emprendió diversos viajes a Alemania e Italia como agente del conde de Provenza, el futuro Luis XVIII, y, durante el Directorio, estuvo mezclado en los intentos de ganar a Barras para la causa de los Borbones. Implicado en el complot de Cadoudal, fue detenido por la policía del Primer Cónsul. Sin embargo, los cargos contra él no parecieron suficientes a la justicia y fue liberado. Entonces, decepcionado de la política que le había pagado tan mal, volvió a tomar el camino de Burdeos.

«Hombre de mucho espíritu, de una actividad juvenil, de una intrepidez casi audaz, que decía y persuadía lo que quería en la más brillante conversación, que había visto todo en su siglo y no había olvidado nada, avezado en los asuntos más importantes y más espinosos»<sup>36</sup>, adquirió rápidamente una gran notoriedad en Burdeos, y su bufete de la plaza Sainte-Colombe fue muy frecuentado. En materia religiosa, continuaba como había sido siempre, indiferente y escéptico. Su vida privada se había alejado cada vez más de las prácticas cristianas; alimentaba respecto a

<sup>34</sup> San Pablo, Rom 1,14.

<sup>35</sup> Marie-François Duchesne de Beaumanoir había nacido en Vitry-le-François el 22 de julio de 1756. Fue objeto, como el padre Chaminade, de una curación milagrosa en Verdélais, en 1819. Murió el 19 de junio de 1830.

<sup>36</sup> *Dictionnaire des Ordres religieux*, t. IV, col. 747.



ellas sus viejos rencores de filósofo y, como la mayor parte de los iniciadores del movimiento de 1789, había modificado sus opiniones políticas pero no su actitud religiosa.

Cuando le pusieron en relación con el P. Chaminade, no pudo rehusar su estima a este sacerdote. Pronto le dio su confianza y poco a poco se dejó llevar a las ideas cristianas. Hizo un largo retiro bajo la dirección de su nuevo guía<sup>37</sup> y salió de él transformado como un ciego que ha recobrado la luz. Su conversión fue radical y llevó una orientación completamente nueva a su vida. En lo sucesivo, y hasta su muerte, su actividad se dedicaría a obras de caridad y propaganda religiosa; se uniría a su director espiritual con lazos de una amistad y agradecimiento tan vivos que le consagraría su tiempo y sus talentos. De ahora en adelante lo encontraremos siempre con el P. Chaminade y, aunque a veces las desviaciones de su carácter pueden hacer su colaboración peligrosa, no dejará de ser un auxiliar precioso por sus vastos conocimientos, su celo ardiente y su capacidad consumada.

Los hombres que de diversos lados llegaban así al P. Chaminade ambicionaban, también ellos, el título de servidores de María. Admitirlos en la Congregación de los jóvenes hubiera sido una imprudencia: la Congregación habría perdido su carácter propio y su libertad de acción. Agruparlos en congregación separada era imponer al director una nueva carga, perjudicar a las obras de juventud y sobre todo exponerse a dañar la edificación parroquial, si la agrupación se dejaba dominar por miras estrechas.

Para escapar a estos graves inconvenientes, sin privar a estos hombres de buena voluntad del beneficio de la asociación, el P. Chaminade adoptó una solución intermedia. El día de Navidad del año 1802, creó la *Agregación de los padres de familia*, que debía ayudar a la Congregación. La Agregación, además de consagrar a sus miembros al culto de María Inmaculada y preocuparse de su santificación personal, se proponía como fin principal edificar a la juventud y prestarle todos los servicios espirituales y temporales que estuviesen en su poder. Los reglamentos lo declaraban formalmente. Decían: «El crecimiento y la perfección de la Congregación de los jóvenes llega a ser desde este momento el objeto de su corazón; nada de lo que puede interesar a los jóvenes de la Congregación les es extraño: trabajar en su edificación en la piedad, en su apoyo en la sociedad civil, es su deber de predilección»<sup>38</sup>. Sin embargo, no debían inmiscuirse en nada del gobierno de la Congregación; se contentarían con poner a disposición de sus menores el apoyo de su experiencia, de su situación y de sus relaciones, y no ejercerían sobre ellos más que una autoridad moral. Comprendida así, la Agregación, lejos de perjudicar a la Congregación de los jóvenes, le aportaba una colaboración útil<sup>38</sup>.

La Agregación no invadía los derechos e intereses de las parroquias. No tenía celebraciones propias el domingo; al contrario, sus miembros eran invitados a dar ejemplo de asiduidad a las celebraciones de su parroquia. Además no iba a desarrollarse en proporciones inquietantes para las parroquias; debía agrupar sólo a una elite, porque obedecía a un ideal de virtud más austero que el que se proponía a los jóvenes. Exigía una vida cristiana más intensa, una fe más práctica y operante, una constancia mayor en medio de las fluctuaciones del mundo. Le fue asignada como fiesta patronal Nuestra Señora de los Mártires (13 de mayo).

Los seis primeros agregados que pronunciaron su acto de consagración, el 25 de diciembre de 1802, fueron los señores Lapause y Heliès, que ya conocemos, un comerciante llamado Moreau, un fundidor de cera, J. Feuillade, y un jefe de despacho, Bernard Guineneau. La asociación creció rápidamente y pronto contó con nombres conocidos, como por ejemplo F. Duchesne de Beaumanoir, el escultor Vincent, el notario Rauzan, padre del célebre predicador, el abogado David Monier, Guillaume Brochon, una de las glorias de la abogacía de Burdeos, que honraba con este acto de piedad el ocaso de su hermosa carrera<sup>39</sup>. Entre ellos se encuentran muchos médicos y cirujanos, como Trocard, Bordeyron, Antony, Laplante, Mestivier, Labaille,

<sup>37</sup> Carta del padre Chaminade al padre Caillet el 5 de julio de 1835. El padre Chaminade nos enseña que a esta clase de hombres es útil proporcionar tres cosas en el momento de su conversión: «una biblioteca, un jardín y una iglesia». *Error en la fecha: se trata de la carta 354, de 5 de julio de 1825, Lettres, t. II, p. 72.*

<sup>a</sup> *AGMAR 45.6.2; también en EP, v. 1, p. 50.*

<sup>38</sup> No tenía Prefecto: el primer dignatario llevaba el nombre de Asistente.

<sup>39</sup> Murió en 1814, a la edad de ochenta y cinco años. El ilustre Ferrère dijo sobre su tumba: «Nada podría dar una idea de la extensión de su saber y de sus luces; no ha habido asunto importante desde hace cuarenta años sobre el que su razón, siempre consultada, no haya fijado la opinión de los tribunales y del público» *Biographie Féret, art. Brochon (Guillaume), p. 103.*

Cahill. Por lo demás, estaban representadas todas las profesiones, hasta los oficios más humildes, y así en la Agregación de los padres de familia se realizaba la misma idea de fraternidad cristiana que había presidido la organización de la juventud.

A esta Agregación el P. Chaminade unió a sacerdotes respetables por su edad o por sus trabajos, que deseaban consagrar también su persona y sus obras a la Virgen Inmaculada. Una buena parte del clero se apresuró a imitar el ejemplo dado, en el origen de la Congregación, por los sacerdotes Rauzan, Vlechemans, Décubes, Jean Boyer y François Pineau.

Desde 1803, acudía al oratorio de la calle Saint-Siméon el venerable «patriarca» Noël Lacroix que, de vuelta de Portugal, donde había estado exiliado, sintió un gran consuelo al ver a su hijo espiritual reemprender su obra de Sainte-Colombe. Se apresuró a darle una muestra de aprobación, inscribiéndose él mismo entre los hijos de María y haciendo revivir en medio de ellos las agradables emociones de los tiempos antiguos. Ejercía el ministerio en la parroquia de Saint Paul y era feliz de tener ocasión de dedicarse todavía a la juventud y formar para el P. Chaminade futuros congregantes<sup>40</sup>. Al lado del P. Lacroix se encuentran otros veteranos del sacerdocio, como el P. Micheau, originario de la Vendée, a quien las circunstancias había llevado a trabajar en Burdeos durante el Terror, y siguió allí tras el restablecimiento del culto.

A estos ancianos se juntan sacerdotes que están en plenitud de fuerzas: un compañero de exilio del P. Chaminade, el cordelier Jacques Pinot; algunos sacerdotes con los que había estado unido en la Revolución por una labor común: su fiel amigo, Joseph Boyer, en otro tiempo administrador de la diócesis, ahora canónigo titular y pronto (1808) vicario general de monseñor d'Aviau; Antoine Martegoutte<sup>41</sup>; Joseph Laboual<sup>42</sup>, sacerdote de los más calificados de la diócesis, que ejercía el ministerio en Saint-Eloi; Joseph Momus<sup>43</sup>, vicario en Saint-Michel con François Pineau; el P. Cossour, vicario en Saint-Pierre con Jean Boyer, discípulo del P. Lacroix. Varios párrocos de Burdeos fueron también a la capilla de la calle Saint-Siméon a pronunciar su acto de consagración: el párroco de Saint-Pierre, Toucas-Poyen, famoso ya antes de la Revolución cuando era párroco de Saint-Genès de Talence, mezclado con honor en las disputas teológicas suscitadas por el juramento de fidelidad a la Constitución civil del clero<sup>44</sup>, que fue enseguida profesor de filosofía en la Facultad de Burdeos; el párroco de Sainte-Eulalie, Bergey, y el párroco de Saint-Martial, Pierre Drivet.

Este último pertenecía en cierta manera al grupo de sacerdotes de Mussidan que instintivamente se habían agrupado en torno al P. Chaminade. La diócesis de Burdeos se vio favorecida con excelentes nuevos elementos por la elección de Lacombe para las sedes reunidas de Angulema y Périgueux. Muchos sacerdotes originarios de esas diócesis no estaban interesados en trabajar bajo la dirección de un obispo que reservaba sus simpatías para los antiguos constitucionales. Fueron acogidos con los brazos abiertos por monseñor d'Aviau y llegaron a ser preciosos auxiliares suyos en la penuria extrema de obreros apostólicos que padecía la diócesis de Burdeos<sup>45</sup>.

Pierre Drivet y su hermano Jean, aunque originarios de la diócesis de Burdeos, habían sido educados los dos en Mussidan, donde fueron contemporáneos de los hermanos Chaminade<sup>46</sup> y trabaron amistad con ellos. Pierre Drivet volvió a la diócesis de Burdeos<sup>47</sup>, pero su hermano Jean quedó en el Périgord y se agregó a la Misión de Périgueux, donde adquirió la reputación de predicador distinguido. Se retiró a España durante la Revolución y tuvo como compañero de exilio en León a uno de sus cohermanos de la Misión, Pierre Bouny, también antiguo alumno de Mussidan, pero quince años mayor. Al volver del exilio, se establecieron los dos en

<sup>40</sup> [Taillefer], *Vie de M. Lacroix*, p. 52.

<sup>41</sup> Después del Concordato ligado a la parroquia Santa Eulalia y después capellán de prisiones.

<sup>42</sup> Originario de la diócesis de Bazas, pronto canónigo de Burdeos.

<sup>43</sup> Nacido en Puch (Lot-et-Garonne), municipio que dependía entonces de la diócesis de Condom; llegó a Burdeos en 1792 y ya no dejó esta diócesis.

<sup>44</sup> Vivie, *Hist. de la Terreur*, t. I, p. 69. Cf. Bertrand, *Hist. des Séminaires*, t. I, p. 198. Véase también en H. Lelièvre, *Les Ursulines*, p. 42, su hermosa conducta para con su predecesor, el párroco. constitucional de Saint-Pierre.

<sup>45</sup> Además de los cuatro que vamos a nombrar, otros cuatro sacerdotes de la diócesis de Périgueux, Chrétien, Dutard, Richard y Véchambre, trabajaban como vicarios en la ciudad de Burdeos.

<sup>46</sup> Habían nacido en 1758 y 1762.

<sup>47</sup> Fue párroco de Solignac en Benauges y no abandonó la diócesis durante la Revolución. Cf. Bertrand, *Hist. des Séminaires*, t. II, p. 27 y siguientes.

Burdeos y obtuvieron el permiso de continuar el ministerio de la predicación para el que estaban especialmente dotados. Los dos se consagraron al culto de la Virgen Inmaculada en el oratorio de la calle Saint-Siméon.

Otro sacerdote del grupo de Mussidan era todavía más próximo del P. Chaminade: su propio hermano Luis. A su vuelta de España, y después de una corta estancia en la diócesis de Burdeos, Luis volvió a su diócesis de origen, a pesar de su repugnancia por el pastor que le imponía el Concordato. Primero fue propuesto para la parroquia de Chancelade<sup>48</sup> y después fue nombrado capellán del hospicio de Périgueux. Quería demasiado a la juventud como para que ésta no acudiera a él; en poco tiempo ejerció sobre los alumnos del colegio tal influencia que provocó las quejas de los antiguos constitucionales. Todavía fue peor cuando vieron que la capilla del hospital era más frecuentada que sus iglesias: denunciaron el abuso al obispo, que, sin otra razón, pronunció la prohibición contra la capilla. Luis Chaminade comprendió el alcance de este rigor<sup>49</sup>. Périgueux estaba a punto de dividirse por él: prefirió desaparecer y se retiró a Burdeos hacia el final del año 1803. Ayudó durante algún tiempo a su hermano hasta que monseñor d'Aviau apeló a su abnegación al constituir el seminario diocesano.

Sin ir más lejos en esta enumeración, aunque la lista de sacerdotes consagrados a María no se ha agotado, notemos cómo la aportación de esta elite del sacerdocio hace honor a quien supo provocarla y cómo fue eficaz, tanto para completar el papel de los Padres de familia para con los jóvenes como para secundar al mismo director de la Congregación en el conjunto de su apostolado.

Lo que para los jóvenes era la Agregación de los Padres de familia, para las jóvenes lo fue la *Asociación de las Damas del Retiro*. Esta nueva agrupación tenía exactamente las mismas intenciones: las asociadas debían interesarse por sus jóvenes compañeras de la Congregación, sostenerlas con sus consejos y sobre todo sus ejemplos. Su organización se inspiraba en los mismos principios: el número de asociadas era restringido, los reglamentos rigurosos, más rigurosos incluso que los de los Padres de familia. Se proponía a las asociadas como práctica cotidiana la preparación a la muerte y se les invitaba a un retiro mensual, el primer miércoles de cada mes.

El origen de esta Asociación parece tener relación con la fundación de la obra de Marie-Thérèse de Lamourous y las damas patrocinadoras de la Misericordia parece que formaron el primer núcleo. Se les ve reunirse en la capilla de la Misericordia, el segundo viernes de cada mes, para hacer un retiro en común y prepararse a la muerte<sup>50</sup>. Un poco más tarde la Asociación se instaló en el oratorio del P. Chaminade, como sus demás obras. Los nombres de las fundadoras no son conocidos porque han desaparecido las listas de estos primeros tiempos. Las *responsables* más antiguas parecen haber sido las señoras Fourniol, Pitras y de Noiret<sup>51</sup>.

El P. Chaminade preparaba relaciones frecuentes entre las Damas del Retiro y las jóvenes, como entre los Padres de familia y los jóvenes, para estrechar los lazos de una cordialidad recíproca. Los mayores eran siempre invitados a las asambleas generales de los jóvenes. Se encontraban en algunas comuniones generales, celebradas en distintas parroquias de la ciudad. En la fiesta de Pentecostés la cita era en la catedral Saint-André y, a la tarde de ese mismo día, los Padres de familia se unían a los jóvenes en una asamblea plenaria, para renovar su pacto de amistad. Los discursos de esta solemnidad en 1804 han llegado hasta nosotros. El señor Duchesne de Beaumanoir, respondiendo en nombre de los Padres de familia al orador de la juventud, Laborde, se felicitaba de ver en este encuentro fraternal realizarse la profecía de santa Hildegarda que anunciaba la formación «de instituciones de justicia y de paz tan nuevos y tan poco

<sup>48</sup> Eug. Chaminade, *Le R.P. Guillaume-Joseph Chaminade*, Périgueux, 1894 (folleto), p. 4.

<sup>49</sup> Su caso no era un caso aislado: en Cognac, otro sacerdote, llamado Sabouraud, que fue probablemente compañero de exilio del padre Chaminade en Zaragoza, sufría por parte de monseñor Lacombe una suerte semejante y por motivos análogos. Un poco más tarde monseñor Lacombe se negaba a recibir al padre Lambert y a los misioneros que habían tenido éxitos consoladores en Burdeos.- Se anuncia una próxima publicación de una Vida de monseñor Lacombe; será instructiva respecto a las concesiones a las que se vio forzada la Iglesia en esos tiempos difíciles.

<sup>50</sup> Existe un folleto impreso que data de este primer período de la Asociación, titulado *Exercices d'un jour de retraite*, imprenta Léon, sin fecha. Probablemente es del padre Chaminade. *EP*, v. 1, p. 78-81.

<sup>51</sup> El padre Chaminade daba un título de *afiliados* o *afiliadas* a las personas del mundo que, sin poder agregarse a los Padres de familia o a las Damas del Retiro, querían participar en cierta manera en sus buenas obras. Esta especie de Tercera Orden de la Congregación nunca se organizó como asociación.

conocidos que los hombres testimoniarán su admiración» «Sí, señores, decía en su discurso, nosotros seremos vuestros padres y tutores, vuestro apoyo y vuestro sostén en la sociedad. En adelante seréis para nosotros hijos queridos, jóvenes hermanos que amaremos y ayudaremos con nuestros consejos y con todos nuestros medios». ¡Espectáculo admirable este concurso de todas las edades y de todas las condiciones en una perfecta comunidad de ideas y de sentimientos, al salir de una tormenta fratricida, en que se había sembrado a manos llenas el odio y la división! ¡Espectáculo infinitamente consolador para el P. Chaminade, enamorado de este ideal de unión y de caridad que el evangelio ha propuesto a la humanidad y que no es una quimera, puesto que los primeros cristianos lo realizaron!

Lo que más le agradaba era ver que las diversas categorías sociales se aproximaban en la Congregación, sin que se apreciase inconveniente alguno. Para evitar susceptibilidades, no se había contentado con repartir a los miembros de una misma asociación en varias *fracciones* y había distribuido las fracciones en dos *divisiones* que respondían poco más o menos a las carreras liberales y a las profesiones manuales. Por medio de estas distinciones más nominales que reales, había conseguido una unión perfecta que justificaba la novedad de su empresa.

Mentalidades tristes le habían asegurado que el bien no podía hacerse más que manteniendo barreras infranqueables entre las diversas clases de la sociedad. Le decían que así habían procedido las congregaciones en tiempos pasados, separando a los amos de los criados, las profesiones liberales de los oficios manuales. Pero a él no le habían conmovido esas razones y decía<sup>52</sup>: «Desde las catástrofes de la Revolución, ¿qué hombre sensato no ve que las palancas que movían el mundo moral tienen necesidad, en cierta manera, de otros puntos de apoyo? Otros tiempos, otras costumbres».

El P. Chaminade tenía un espíritu perspicaz y no acariciaba la idea de ver al mundo volver sobre sus pasos. Presentía que el punto de apoyo nuevo sobre el que debía colocarse la palanca del bien era el acercamiento de las clases sociales. Sin perder el tiempo en disertar sobre las ventajas o inconvenientes del nuevo régimen social que, de modo manifiesto, tendía a este acercamiento, lo miraba como un hecho irreversible. Después de todo, y para él esto era lo esencial, no encontraba, en las consecuencias legítimas de este hecho, nada que no estuviese en armonía con el espíritu más puro del cristianismo. Hace observar que la Iglesia no reconoce «en sus templos, en la distribución de sus sacramentos» ninguna distinción de categoría o de fortuna. Sin embargo, como no pretendía impulsar la tesis igualitaria hasta excesos contrarios al evangelio mismo, creaba «en la Congregación tantas divisiones y fracciones como eran necesarias para reunir en los mismos grupos a las personas afines, sin separarlas del cuerpo». Y añadía: «Hace falta prudencia y flexibilidad». Él poseía esas cualidades en alto grado y probó que su principio *unión sin confusión* no era una quimera en su aplicación.

También, decía, «¿qué ventaja se deriva para la religión e incluso para el Estado de la admisión de personas de una clase inferior en una asociación en que ven personas de categoría más elevada! ¿Qué ejemplo para ellos, qué estímulo! ¡Cuánto bien pueden hacer por su parte las personas distinguidas a las clases trabajadoras, tan numerosas y tan interesantes!». Efectivamente, en el oratorio de la calle Saint-Siméon se comprobaba este maravilloso resultado: las diversas fracciones no formaban entre ellas más que una misma asociación, y las diversas asociaciones más que una única y misma Congregación, vivificada por ese espíritu de familia que admite las diferencias sociales sin debilitar la cordialidad recíproca, y que pone en todos los labios esta única palabra dirigida al jefe de la familia: *Padre nuestro*.

Cuando un día se quiso asimilar una de sus congregaciones de las jóvenes a las congregaciones llamadas de Santa Ángela, el P. Chaminade no lo consintió y dijo<sup>53</sup>: «Dudo mucho que se consiguiese restablecer estas congregaciones de vírgenes tal como existían en el siglo XVI». Éstas no tenían por objeto más que formar maestras y monitoras para cuidar a las asociadas: «eran las congregaciones de los jefes que querían gobernar», mientras que las asociaciones «de

<sup>52</sup> En una *Memoria* redactada más tarde en defensa de las Congregaciones. *Se trata de la "Réponse aux sept questions ou difficultés..." de 1824 (AGMAR 47.4.10, al final de la respuesta a la 2<sup>ème</sup> question, que es el texto llamado b, porque existe otro texto más elaborado en AGMAR 47.4.9, llamado a). En los párrafos siguientes el P. Simler aporta algunos extractos de uno y otro texto. Ambos textos se encuentran en EP, v. 1, p. 643-645.*

<sup>53</sup> A Mille de Trenquelléon, 19 de marzo de 1817. *La carta va dirigida a la Mère de Trenquelléon, carta 89, Lettres, t. 1, p. 155-156.*

hoy son las congregaciones de las que son gobernadas; aquellas eran, si se quiere, la enseñanza de las virtudes; pero éstas son su comunicación rápida por el contagio del ejemplo, si se puede hablar así».

Pero en este acercamiento de las diversas edades y diversas condiciones, el P. Chaminade perseguía más que un fin de edificación mutua, y veía un instrumento de acción y de combate. Sobre todo en esto su Congregación difería de las asociaciones del mismo nombre: por ella pretendía no sólo la santificación de sus miembros, sino sobre todo contribuir a la regeneración cristiana de la sociedad echando en su masa la levadura del apostolado. Él mismo nos habla de sus planes: «En las antiguas congregaciones no se tenía como objetivo más que sostener en el buen camino, por una edificación mutua, a los cristianos piadosos. Pero en nuestro siglo, en la época de renovación en que estamos, la religión pide otra cosa de sus hijos. Quiere que todos, de común acuerdo, secunden el celo de sus ministros y, dirigidos por su prudencia, trabajen en reconstruirla. Es este espíritu el que se inspira en las nuevas congregaciones. Cada director es un misionero permanente, cada congregación una misión perpetua». Y añade: «El espíritu de celo y de propaganda es una de las características de las nuevas fundaciones».

Así pues, se ve que se trata de asociar a los laicos, y los laicos de toda condición, al apostolado de los sacerdotes. El P. Chaminade no lo oculta y escribe a una de las directoras de congregación: «Trabaje sin descanso en la misión. Haga de sus congregantes pequeñas misioneras, *jése es el fin!*». Pero añade una palabra de prudencia: «No lo diga»: el fin se puede conseguir sin necesidad de proclamarlo demasiado alto, por miedo a asustar a los congregantes con la grandeza de la tarea y a despertar susceptibilidades de los que tienen como única pesadilla el espíritu de proselitismo de la Iglesia.

Ya sabemos que la bandera de este apostolado común no es otra que la bandera de la Virgen Inmaculada y ya esta elección encierra todo un programa. La Virgen Inmaculada es presentada a los jóvenes como un modelo de pureza, como el ideal de integridad propuesto a nuestra pobre humanidad: la cinta blanca que cada congregante lleva debajo de su ropa le advierte que debe ser digno de Aquella a quien está consagrado. Más aún; la Virgen Inmaculada es la Virgen poderosa, victoriosa sobre el demonio, mostrada a nuestros primeros padres como el signo de la redención, el símbolo del triunfo de la verdad sobre el error, de la virtud sobre el vicio. Así pues, encarna la idea de las luchas del apostolado en todos los tiempos, pero más especialmente en la nueva edad que comienza.

Ésa era la profunda convicción del P. Chaminade: las nuevas luchas que la Iglesia iba a afrontar serían verdaderamente las luchas de la Virgen Inmaculada; dar a sus hijos esta señal de reunión era unir sus fuerzas a las de María y prestar sus brazos a María para que ella triunfe por ellos. Idea nueva y fecunda, sobreabundantemente justificada por la historia religiosa de nuestro siglo, y que el P. Chaminade expresaba en estos términos: «Las nuevas congregaciones no son solamente congregaciones *en honor* de la Santísima Virgen; son una santa *milicia* que avanza *en el nombre de María* y que quiere combatir a los poderes infernales bajo la protección de la que debe aplastar la cabeza de la serpiente». *María duce*, he ahí el grito de guerra de este nuevo ejército<sup>54</sup>.

Resumiendo los caracteres esenciales de su Congregación, el P. Chaminade la definía en estas líneas: «Es una asociación de cristianos fervientes que, para imitar a los cristianos de la Iglesia primitiva, tienden, por sus reuniones frecuentes, a no tener más que un corazón y un alma, y a no formar más que una sola familia, no sólo como hijos de Dios, hermanos de Jesucristo y miembros de su cuerpo místico, sino también como hijos de María, por una consagración especial a su culto y una profesión abierta del privilegio de la Inmaculada Concepción... Todas las reglas, todas las prácticas de esta asociación, todos los deberes generales y particulares, el espíritu mismo de proselitismo que anima a la Congregación, emanan de esta consagración a María Inmaculada»<sup>b</sup>.

<sup>54</sup> *Manuel du Serviteur de Marie*, edición de 1820, p. 315. *Aquí hay un error: en 1820, no hubo ninguna edición del "Manuel du Serviteur de Marie". La cita tampoco es de la edición de 1821, sino de la "Réponse aux difficultés..." de 1824, del texto llamado a (cfr. nota 20 de este capítulo) al final de la respuesta a la 3<sup>ème</sup> question (Ver EP, v. 1, p. 660. También hay que hacer notar que en la edición de 1821 del "Manuel du Serviteur de Marie", p. 315, hay una alusión expresa al lema "María Duce" (Cfr. AGMAR 62.11.1).*

<sup>b</sup> *Esta importante cita está sacada del escrito "Des Congrégations sous le titre de l'Immaculée Conception de Marie, Mère de Dieu", AGMAR 47.14B, también en EP, v. 1, p. 164.*

Así se nos presenta, desde 1803, la Congregación de la calle Saint-Siméon, «cuyas diferentes ramas, dice un contemporáneo<sup>55</sup>, englobaron insensiblemente toda la porción más cristiana de la ciudad»; cuerpo con órganos diversos, combinados para concurrir a un mismo fin, creación original y potente que hace honor tanto al espíritu de iniciativa y clarividencia del P. Chaminade como a su celo y a su infatigable ardor por el bien.

Se podrían temer trabas por parte de las autoridades civiles, muy recelosas en materia de asociaciones. No ignoraban la existencia de la Congregación. Pero el arzobispo, al hablarles de ella, había tenido cuidado de ponerla bajo su protección. La había presentado al ministro del Interior con colores que la podían hacer aceptable. El informe decía que es «una Congregación de jóvenes de catorce a veinte o veinticinco años, que se reúnan los domingos y fiestas, bajo la dirección de un celoso sacerdote, en un oratorio público, donde reciben la instrucción más especialmente conveniente para los peligros que les rodean. Se establecen entre ellos relaciones de grupo para preservarles de las malas compañías. En caso de enfermedad, se procuran entre ellos consuelos y ayudas temporales y espirituales. Los pobres son asistidos y se pone interés en procurar puestos de trabajo a los que se ven obligados a vivir con el sudor de su frente. Esta preciosa Congregación, que preserva o retira de la corrupción de una ciudad grande a más de trescientos jóvenes, podría todavía extender más su influencia tan útil para la restauración de las buenas costumbres. Necesita ser apoyada tanto desde el punto de vista de la política y de la policía como desde el punto de vista de la religión».

Así pues, el gobierno no inquietó a la Congregación. Receló menos de la nueva asociación por el hecho de que el P. Chaminade no se escondía. Por temperamento amaba la luz del día. Dice: «Todo lo que está escondido, todo lo que parece tener misterio, por muy bueno que me haya parecido, me ha repugnado siempre»<sup>56</sup>. En el caso presente, el secreto no habría respondido a sus proyectos, porque no se trataba, según sus propias palabras, «de reunir a algunos cristianos piadosos, sino de atraer al mayor número posible de hombres y jóvenes para aumentar cada vez más este pequeño número de cristianos verdaderamente piadosos». Con ese fin, las puertas tenían que estar muy abiertas. Además, eso era una garantía. Sigue diciendo: «Como las asambleas son públicas, pueden ser vigiladas fácilmente, si se quiere, por las autoridades eclesiásticas y civiles, lo que debe alejar todo temor a que produzcan celos a unas y otras». Efectivamente, la policía no encontró nada que censurar y dejó hacer.

El P. Chaminade aspiraba a una aprobación más alta, la de la Santa Sede misma, acompañada de favores espirituales capaces de excitar el fervor de sus congregantes. Su Congregación llevaba el mismo nombre que la antigua Congregación de los artesanos, dirigida por los capuchinos. Pidió que gozase de los mismos privilegios y solicitó para su obra todos los favores concedidos por la bula del 13 de mayo de 1783 a la Cofradía de los artesanos. Expuso sus deseos al Papa en una súplica que empieza así: «Santísimo Padre, desde hace algunos años la Iglesia de Jesucristo ha tenido el consuelo de ver establecerse y aumentar considerablemente de día en día, en la ciudad de Burdeos, una reunión de la juventud, de uno y otro sexo, bajo los auspicios de la invocación de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María, Madre de la Juventud. Sacerdotes y laicos de edad madura y de piedad sólida se han entregado particularmente a la animación y a la estabilidad de esta saludable obra, y todo hace esperar que, mediante la gracia de Dios, este interesante vivero de servidores de María está llamado a propagar el espíritu de religión y de fervor en los diversos estados de la sociedad que está destinada a ocupar un día»<sup>c</sup>.

El cardenal Caprara representaba a la Santa Sede en París y había recibido de Pío VII los más amplios poderes para los asuntos de Francia<sup>57</sup>. A él le fue enviada la súplica que Mons. d'Aviau apostilló en estos términos: «Tengo el honor de atestiguar a Su Eminencia, Monseñor Cardenal Legado de Su Santidad, que la piadosa Asociación para la que es presentada esta humilde súplica, merece por su regularidad y su fervor que le sean concedidas gracias especiales. En Burdeos, el 26 de mayo de 1803»<sup>d</sup>.

<sup>55</sup> El padre Rigagnon. Manuscrito ya citado.

<sup>56</sup> Nota para la policía en 1809. *Cfr. AGMAR 1.1.38, EP, v. 1, p. 253-254.*

<sup>c</sup> *Carta 26, de 26 de mayo de 1803, Lettres, t. I, p. 36-37.*

<sup>57</sup> Conservó estos poderes hasta el 17 de mayo de 1808.

<sup>d</sup> *Lettres, t. I, p. 38.*

La respuesta no se hizo esperar. Con fecha de 2 de junio de 1803, el Cardenal Legado respondió al P. Chaminade que la bula del 13 de mayo de 1783 conservaba su vigencia en favor de la nueva Congregación y que le era aplicable «de la misma manera y en la misma forma» que lo había sido a los Padres capuchinos. Las indulgencias que le concedía eran las mismas que las de la Congregación *Prima Primaria* de Roma.

Desde ese día, la Congregación de Burdeos tenía su carta auténtica. El P. Chaminade escribió los privilegios en el formulario de oraciones que publicó hacia esta época bajo el título de *Manuel du Serviteur de la très pure Vierge Marie, Mère de Jésus*<sup>58</sup>. El discurso preliminar consagrado a celebrar en términos emocionados la devoción a María refleja la alegría de ver a la Virgen Inmaculada servida con tanta diligencia. Una nota se expresa así<sup>59</sup>: «Esta emulación, que muestra desde hace cuatro años a la juventud consagrarse al servicio de la purísima Virgen María, toma todos los días nuevos caracteres de fervor, y la edad madura, juntándose a la juventud, considera una gloria entregarse al servicio de la Inmaculada». En la obra, los deberes de los congregantes están expuestos con precisión, después vienen las prácticas de piedad y los cánticos que se utilizaban en las reuniones.

Vamos a ver ahora en acción a un cuerpo tan bien constituido y dirigido con tanta sagacidad y prudencia.

### Capítulo 13: La Madeleine (1804)

Los progresos de la religión se notaban cada día más en Burdeos. De acuerdo con el gobierno, monseñor d'Aviau invitó a su clero, en una carta del 12 de enero de 1804, a volver a vestir el hábito eclesiástico. En la cuaresma siguiente hizo que se predicara en todas las parroquias de la diócesis el jubileo extraordinario que el Papa Pío VII había concedido a la Iglesia de Francia. Dice un testigo<sup>60</sup>: «Quizá nunca el clero trabajó tanto». El P. Chaminade y los sacerdotes de la Congregación, especialmente Rauzan, Drivet y Bouny, tuvieron una gran parte en esos trabajos.

Los resultados fueron muy consoladores y la Congregación conoció un crecimiento considerable. Hizo tantas conquistas que tuvo que pensar en encontrar un local que respondiese a su importancia creciente.

Desde hacía tiempo los locales de la calle Saint-Siméon eran demasiado pequeños para contenerla. Habían en la antigua iglesia Saint-Projet, donde se reunía, antes de la Revolución, la cofradía del Culto perpetuo de la Virgen; la parroquia había sido suprimida con el Concordato y el edificio quedaba disponible. Pero los gastos de compra y de reparación habrían sido considerables, y además el gobierno no estaba dispuesto a devolver para el culto más edificios que los necesarios para el servicio parroquial. A falta de una cosa mejor, la Congregación se trasladó momentáneamente a una casa de la calle de la Merci, a unos metros de su primera sede.

Esta provisionalidad no duró mucho, porque monseñor d'Aviau estaba tan interesado en la prosperidad de la obra que buscó unos locales que le asegurasen su futuro funcionamiento regular y su progreso. En el mes de agosto de 1804 le ofreció un local de condiciones muy favorables: el prelado proponía al P. Chaminade un oratorio oficialmente reconocido, la pequeña iglesia de la Madeleine, o de la *Magdaleine*, si se quiere seguir la ortografía de su tiempo.

Este edificio no tenía nada en común, salvo el nombre, con el célebre colegio de los jesuitas de Burdeos; pero no estaba lejos de él próximo a Cours des Fossés. Antes de la Revolución había servido de oratorio a un convento de Madelonnetes<sup>a</sup>, dedicado a recoger a las mujeres arrepentidas y a él estaba anexionada una casa de educación<sup>61</sup>. El convento fue vendido por lo-

<sup>58</sup> Burdeos, Imprimerie Léon, 1804. *AGMAR* 62.8.1.

<sup>59</sup> Página 4. *EP*, v. 1, p. 83, note 26.

<sup>60</sup> Notas manuscritas del padre Rigagnon.

<sup>a</sup> «*Madelonnettes*» en francés designa a las religiosas que acogían a las mujeres arrepentidas.

<sup>61</sup> A. Dupré ha escrito una monografía detallada de las *Madelonnettes à Bordeaux* en la *Revue catholique de Bordeaux*, nº de marzo de 1887. Las religiosas fueron dispersadas en la Revolución; una de ellas, Adelaida, se unió a Marie-Thérèse de Lamourous cuando se fundó la Misericordia.

tes en 1793; la iglesia le tocó a un negociante, Elie Lafargue, que la empleó como almacén durante el resto de la Revolución.

Con el Consulado se alquiló y fue una de las primeras que se reabrió al culto. Ente los eclesiásticos que la frecuentaban se cita al P. Chaminade, que a veces ejercía su ministerio de penitenciario respecto a los sacerdotes juramentados<sup>62</sup>. No tardó en convertirse en la sede oficial de la parroquia Sainte-Eulalie, estando la iglesia del mismo nombre en manos del clero constitucional. El párroco católico, Monsec, venerable anciano, había reunido primero a sus feligreses en la iglesia de los irlandeses. Pronto prefirió la Madeleine donde el P. Roulier, su vicario, desplegó toda la majestad del culto y atrajo una gran afluencia de fieles. Estaba ayudado por un antiguo beneficiario de Sainte-Eulalie, Jaure, y sobre todo por el antiguo párroco de Canéjan, Cauderès, cuyas predicaciones atraían a mucha gente a la Madeleine, «lo que, según hace notar un contemporáneo<sup>63</sup>, no hace mucho honor al gusto de las devotas bordelesas», pero que prueba la avidez del pueblo por la palabra santa, de la que durante tanto tiempo se había visto privado. Después de que el Concordato hizo cesar el culto constitucional y las nuevas circunscripciones fueron definitivamente decididas (1803), la parroquia Sainte-Eulalie recobró su antigua iglesia. Pero la Madeleine continuó sirviendo de iglesia parroquial para una circunscripción vecina, la parroquia Saint-Eloi, mientras se acababan las reparaciones de la iglesia de este nombre, o sea, hasta el mes de agosto de 1804<sup>64</sup>.

Así pues durante cuatro años no había cesado de celebrarse con solemnidad el servicio religioso en la Madeleine, aunque, cuando la parroquia Saint-Eloi dejó la capilla sin servicio, los habitantes del barrio se quejaron. Hicieron ver a monseñor d'Aviau el alejamiento de sus respectivas parroquias Sainte-Eulalie, Saint-Paul y Saint-Eloi, y solicitaron la continuación del servicio divino en la Madeleine. Sus quejas fueron llevadas al prefecto, que no puso ninguna objeción y, por decreto del 14 de agosto de 1804, el arzobispo erigió la Madeleine como capilla de ayuda.

La ocasión era única para el P. Chaminade. También el arzobispo había pensado en él y en su Congregación: el mismo día que el arzobispo publicaba su decreto designaba al P. Chaminade para el servicio del oratorio. La Congregación tomó posesión al día siguiente y celebró allí la Asunción de la Santísima Virgen.

No podían haber encontrado mejor local para lo que se proponían. La Madeleine estaba situada en el corazón de la ciudad y, al mismo tiempo, estaba disimulada en una calle lateral, la calle Lalande. Construida en el siglo XVII, ofrece la gran ventaja de tener una nave única, ensanchada por las capillas del crucero y por los huecos que, entre los pilares, simulan naves laterales, disposición muy favorable para las reuniones de mucho número y para la palabra pública. En el presbiterio se abre el antiguo coro abovedado de las religiosas, amplia sala que se repite en el primer piso. Por lo demás, la construcción es sólida y desafía a los años. Su arquitectura es de buen gusto, las grandes líneas dibujan un conjunto armonioso, la bóveda pasablemente alta se eleva en el cruce del crucero con la nave y comunica al edificio un aspecto despejado, bastante raro en las iglesias de este estilo<sup>65</sup>.

La Congregación no se instaló allí hasta el mes de noviembre; el prefecto de la Gironda, Delacroix, al autorizar el mantenimiento de la Madeleine como capilla auxiliar, había añadido, en una carta al arzobispo<sup>66</sup>: «La cesión de este edificio sólo puede ser provisional. La ciudad de Burdeos necesita edificios públicos para distintos centros; es posible entonces que, pronto o tarde, reclame la Madeleine. Los solicitantes deben contar con ello y no comprometerse en gastos que se convertirían en pura pérdida». No se comprometieron hasta no estar seguros de que no sería inquietados.

<sup>62</sup> H. Lelièvre, *Les Ursulines*, p. 158.

<sup>63</sup> *Notas* sobre los sacerdotes fieles redactadas por el P. de Laporte para monseñor d'Aviau en 1802 (archivos del arzobispado). El P. Cauderès fue nombrado párroco de Libourne y murió en estas funciones el 9 de junio de 1805.

<sup>64</sup> Todos estos hechos se sacan de un registro de la parroquia Saint-Eloi.

<sup>65</sup> En el momento en que escribimos estas líneas, la Madeleine está a punto de ser cortada por la prolongación de la calle Duffour-Dubergier. *Efectivamente, de 1901 a 1903 se construyó en Burdeos una nueva calle, Cours Pasteur, que, aparte de suprimir gran parte del edificio anexo, cortó en bisel la entrada de la iglesia.*

<sup>66</sup> 21 thermidor año XII, 9 de agosto de 1804 (Archivos del arzobispado).



En noviembre siguiente, el P. Chaminade hizo con los herederos Lafargue un contrato de alquiler por cinco años<sup>67</sup>; compró el mobiliario de la capilla al párroco de Pessac, que era su propietario, y se propuso hacer desaparecer las huellas dejadas por la Revolución. Eran grandes gastos para una bolsa vacía. Pero la Providencia vino en su ayuda: los congregantes renovaron el suelo y los altares y dejaron el edificio en estado de decente limpieza, esperando que les procurasen adornos más ricos. El P. Chaminade trajo las reliquias que tenía en la iglesia de los recoletos de Périgueux y las que había traído de España<sup>68</sup>. Encima del altar mayor colocó la hermosa Virgen de piedra que había decorado el pórtico de la iglesia de las Hijas de Nuestra Señora en la calle del Hâ, y que había sido salvada del vandalismo revolucionario<sup>69</sup>.

Por su parte, monseñor d'Aviau quiso dar al director de la Congregación una carta de autenticidad cuyos términos nos revelan la estima que tenía por el P. Chaminade y su obra. Dice en un decreto del 12 de noviembre de 1804: «Deseoso de dar al P. Chaminade, canónigo honorario de nuestra iglesia metropolitana, un testimonio público de nuestra satisfacción por su celo en formar en las buenas obras y en la piedad a la juventud confiada a sus cuidados, y para darle los medios de extender y perpetuar los frutos de la buena obra que dirige desde hace varios años con éxito y edificación, (Nos) le hemos nombrado y nombramos responsable del oratorio auxiliar instituido por nosotros en la capilla llamada de la Magdeleine, con el encargo de atenerse a nuestro decreto del 12 de noviembre de 1804, concerniente al servicio divino que debe tener lugar en dicha capilla».

Otro decreto, fechado el mismo día, recordaba la petición que había sido dirigida al arzobispo «por un gran número de fieles de las parroquias Saint-Paul, Sainte-Eulalie y Saint-Eloi para conseguir la continuación de la ayuda religiosa en la capilla de la Madeleine»; mencionaba «el sentimiento del prefecto del departamento de la Gironda en lo que le concernía», y organizaba el culto en esta capilla no sólo para los fieles del barrio, sino sobre todo para la Congregación. Permitía solemnizar las principales fiestas de la Virgen y sobre todo la de la Inmaculada Concepción: «Esta última fiesta, dice el decreto, será celebrado con octava; habrá exposición del Santísimo Sacramento de la mañana a la tarde el mismo día de la fiesta, exposición en la misa y en las vísperas y bendición los demás días de la octava». El primer miércoles de cada mes se autorizaba la bendición del Santísimo Sacramento para las Damas del Retiro.

A estos primeros favores se irán añadiendo otros poco a poco: la autorización para celebrar solemnemente la fiesta de san José, patrono secundario de la Congregación y patrono de su director, para distinguir la fiesta de Nuestra Señora de los Mártires, reservada a los Padres de familia, la fiesta del Santo Nombre de María, etc.; monseñor d'Aviau no sabía negar nada al P. Chaminade, por lo mucho que apreciaba el bien que se hacía en la Madeleine.

La Congregación, sobre todo desde que se encontraba a gusto en su nuevo local, era para la ciudad de Burdeos un hogar de edificación, esperando que ejerciese una influencia más inmediata y tangible en la renovación de la vida cristiana. Sólo ver a esta juventud, virtuosa sin fanfarronada, creyente sin superstición, era un ejemplo tanto más eficaz cuanto más raro resultaba. Sin respeto humano, estos jóvenes venían cada mes a sentarse en la santa Mesa, tanto en la Madeleine como en una de las parroquias. Se hacían presentes en las procesiones y en las ceremonias públicas: con su sola presencia y con su porte, eran una predicación viviente.

Pero la Congregación edificaba sin salir de su casa, con el simple espectáculo de sus reuniones y por la unción de sus celebraciones: este apostolado indirecto y discreto respondía más que ningún otro a los gustos del P. Chaminade. Vamos a revivir, en la medida que nos lo permitan los documentos, la fisonomía de la Madeleine en esta época.

Durante la semana, las celebraciones están destinadas especialmente a los fieles del barrio, para los que ha sido erigido el oratorio de ayuda: aparte de la misa de cada día, no se celebra más que la bendición del viernes por la tarde con el canto del *Stabat Mater*.

<sup>67</sup> Elie Lafargue había muerto en 1800, Cap Français (Santo Domingo). Después de este primer arriendo, el Padre Chaminade renovó el alquiler cada cinco años hasta 1820, fecha en que la Madeleine, al ser reconocida por ordenanza real, pudo ser comprada sin inconveniente alguno; el acta de compra es del 20 de abril de 1820.

<sup>68</sup> Se sospecha que dejó en la catedral numerosas reliquias traídas de España; se encontrarían en la capilla de Saint-Charles.

<sup>69</sup> Esta iglesia precisamente acababa de pasar a manos de los protestantes (8 de febrero de 1804).

El domingo es el día de la Congregación. Desde las seis de la mañana en verano, a las siete en invierno, la calle Lalande se anima; una juventud un poco ruidosa llega de diversos lados y se dirige a la Madeleine. Entra en las salas y primero acude a su director, que tiene para cada uno una palabra amable, una mirada afectuosa. Después se dirige a la capilla.

Los reglamentos establecen que las dos divisiones entran una después de otra. En este punto los reglamentos son letra muerta y no han sido observados nunca: los congregantes de condición más elevada no permiten la desigualdad «para no mortificar, dice uno de ellos, a alguno de sus compañeros menos acomodados»<sup>70</sup>. Lo mismo sucede en la capilla: a pesar del reglamento, todos quieren estar mezclados, y el P. Chaminade lo ve con buenos ojos. Sólo los dignatarios tienen lugares de elección; el prefecto y sus asistentes tienen sus sitios en el presbiterio. Se recita primero el Oficio Parvo de la Inmaculada Concepción, seguido del *Memorare*, de la oración *O Domina mea*, de la antífona a san José *Fidelis servus*; después empieza la misa. El P. Chaminade se reserva el celebrarla él mismo siempre; dos congregantes le ayudan. Sube al altar; enseguida los tres primeros dignatarios se acercan y, entregándole el cuaderno que encierra los nombres de todos los congregantes, el prefecto le dice: «Señor director, los jóvenes dedicados al culto de María se encomiendan a sus sufragios: ¡que sus nombres puedan ser trasladados del altar del Cordero inmolado al Libro de la vida!». El cuaderno queda en el altar durante todo el santo sacrificio.

Después del evangelio, el P. Chaminade se vuelve, lo lee en francés y después comenta el texto con palabras llenas de sentido y acierto. Estas cortas homilias hacen las delicias de los oyentes: sencillas y familiares, empiezan poniendo de relieve las parábolas o las figuras del texto inspirado para dar un punto de apoyo a las imaginaciones; después se elevan a las verdades más altas, que presentan con un aspecto original, y que a menudo acompañan con análisis psicológicos encantadores. La fe práctica es la conclusión ordinaria, y también la devoción a María o la necesidad de la oración. La homilía no debe durar más de un cuarto de hora: un dignatario es el encargado por el director de velar por ello y de hacerle una señal convenida cuando hayan transcurrido trece minutos. En este detalle se reconoce al hombre de orden y también al hombre de experiencia que conoce a la juventud.

Si hay comunión general, el prefecto pronuncia en voz alta los actos de antes de la comunión. Después esta juventud se acerca a la santa Mesa, mostrando, con su actitud recogida, su desprendimiento de los placeres mundanos y su fidelidad a Cristo y a sus leyes. Los acentos conmovedores de los cantos, la soberbia voz del congregante Quentin Loustau, lanzando bajo las bóvedas de la iglesia las notas vibrantes del cántico «Mi Bien Amado no aparece todavía», añaden a la ceremonia un encanto penetrante al que no pueden quedar insensibles los jóvenes corazones.

Este conjunto de escenas edificantes se repite en la misa de las jóvenes, que sigue a la de los jóvenes. Todo está acabado a la hora de las celebraciones de la parroquia, para que los congregantes que puedan tengan facilidad para ir a ellas.

En la fiesta de la Inmaculada, no se ahorra ningún esplendor, en la medida que lo permita el modesto presupuesto de la Congregación<sup>71</sup>. El decreto arzobispal autoriza el canto en la misa mayor. Los Padres de familia consideran un deber asistir y los sacerdotes congregantes acompañar al celebrante. La ceremonia comienza con una imponente recepción de congregantes. La misa es cantada y en ella se ofrece el pan bendito. Ese día monseñor d'Aviau no deja de estar en medio de sus hijos; si no puede presidir la ceremonia de la mañana, se le reserva su parte de pan bendito y, al salir de la celebración, se lo llevan el prefecto y sus asistentes. El Santísimo Sacramento está expuesto durante todo el día, y los congregantes se turnan en la adoración. En Vísperas, entre el sermón y la bendición, el prefecto, revestido con sus insignias, la banda blanca y la medalla de plata dorada<sup>72</sup>, renueva, al pie del altar y en nombre de todos, el

<sup>70</sup> Nota de los antiguos prefectos sobre el reglamento de 1817.

<sup>71</sup> El día mismo de la Inmaculada Concepción estaba reservado a las jóvenes, el domingo dentro de la octava a los jóvenes, y el día de la octava a los Padres de familia.- No era menor la solemnidad en la fiesta de san José y en las Cuarenta horas.

<sup>72</sup> Esta medalla, de cinco centímetros y medio de diámetro, llevaba en el anverso una Virgen Inmaculada en relieve con la inscripción: *A la Santísima Virgen María, Madre de la juventud*. En el reverso estaban grabados el nombre del prefecto y la fecha de su elección, con esta divisa: *La Sabiduría protege a la Congregación*. Hemos tenido en nuestras manos la medalla de Lafon, cuarto prefecto, elegido el 2 de enero

acto de consagración a la Virgen Inmaculada. Y, detalle conmovedor, en todas las celebraciones del día se reserva un sitio de honor, debajo del púlpito, a dos pobres, que representan en medio de la Congregación las obras de caridad a las que se entrega.

Si la Madeleine edificaba con la solemnidad de las celebraciones litúrgicas, no edificaba menos e instruía más directamente en sus asambleas del domingo por la tarde. Recuérdense las reuniones fraternales de la calle Saint-Siméon, cuya fisonomía recordaba al Oratorio de san Felipe Neri. Trasladadas a la Madeleine, estas reuniones conservaron su sello de cordialidad y edificación mutua, aun revistiendo un carácter un poco más solemne, que les imprimían a la vez la naturaleza del lugar y el número creciente de asistentes.

Su objetivo, como el de las reuniones del Oratorio, era preservar e instruir a la vez. Pero, mientras que san Felipe destinaba a ellas las horas de ocio de después de comer, las más peligrosas para los jóvenes romanos, el P. Chaminade les dedicó las primeras horas de la noche, que son cuando el placer atrae y seduce en nuestras grandes ciudades de Francia.

Al pedir a los jóvenes el sacrificio de estos placeres engañosos, había que ofrecerles una compensación, y dar satisfacción a la actividad de su edad y a ese gusto por la escenificación que es innato en los bordeleses. El P. Chaminade les dejaba, al menos en apariencia, el cuidado de prever y organizar todo. Les encargaba de hacer solos o casi solos todos los actos de la velada: música, cantos, discursos, todo ello les correspondía organizar. Lo mismo que el alma se esconde detrás de los órganos, y no por eso opera con menos eficacia, así el director, que inspira todo, se borra y deja a sus discípulos el placer de la iniciativa.

Cuando llega la noche, la Madeleine se ilumina, el Santísimo Sacramento es retirado del sagrario y depositado en el altar del antiguo coro de las religiosas. En el presbiterio, dos mesas señalan, una, en el lado de evangelio, el sitio del director rodeado de los sacerdotes consagrados a María; la otra, en el lado de la epístola, el sitio del prefecto y de sus asistentes. Los congregantes se colocan en la nave siguiendo las indicaciones de los oficiales de orden. Si llega algún Padre de familia que merece una distinción, tiene su sitio reservado junto a la balaustrada del coro. En el fondo las sillas libres son ofrecidas a los fieles siempre ávidos de un espectáculo tan nuevo. Los oficiales de honor tienen el encargo de introducir a las personas importantes que vendrían para alentar con su presencia esta reunión de la juventud. A menudo monseñor d'Aviau sorprende a sus hijos; tiene su sillón en el coro entre el director y el prefecto; pero no preside, como tampoco el director: los jóvenes están en su casa<sup>73</sup>.

El prefecto abre la sesión con la recitación del *Veni Sancte*. Se empieza con cantos; a veces música y letra son obra de artistas de Congregación. Después el secretario propone a la imitación de los congregantes el Santo de la semana; destaca sus virtudes con la exposición fiel de su vida ordinaria y deja en los espíritus la impresión de un modelo accesible para todos. Tenemos algunos esbozos de este tipo, y son notables por su preocupación de la verdad histórica.

Un canto o una poesía reposa la atención y la prepara para la parte importante de la velada, el discurso que leerá uno de los jóvenes. Como en el Oratorio, la palabra corresponde indiferentemente a uno de los jóvenes eclesiásticos o laicos, porque desde muy pronto la Congregación cuenta en sus filas con aspirantes al sacerdocio. Lo más a menudo es un laico el que *instruirá* a sus cohermanos. Efectivamente, el discurso tiene siempre un fin de enseñanza religiosa, aunque en formas muy diversas. Toma a menudo la forma de diálogo, para animar la exposición, y entonces intervienen en el discurso tres o cuatro congregantes. La variedad es todavía mayor en la elección de los temas: van pasando temas de apologética, moral, historia de la Iglesia, vida religiosa del tiempo. Lo esencial es no situarse como maestro que enseña, mantener la atención despierta y comunicar al discurso el aire suelto, a veces punzante de una entrevista.

Eso se conseguía a menudo, a juzgar por las muestras que han llegado hasta nosotros. Algunos manifiestan cierta calidad y, en algunos pasajes, hay una delicadeza literaria y una elocuencia que no debe sorprendernos demasiado, puesto que constituye una de las cualidades nativas del bordelés. Pocos de estos discursos están firmados. Entre los autores que conocemos,

---

de 1802.

<sup>73</sup> De paso por París a monseñor d'Aviau se le negó la entrada a las reuniones de la Congregación del padre Delpuits. Le dijeron: «Nos veríamos muy honrados con su presencia, incluso demasiado honrados, pero debemos permanecer en una posición humilde y no hacer nada que perjudique a esta humildad» (Geoffroy de Grandmaison, *La Congrégation*, p. 65). Evidentemente en Burdeos y en París no se veían las cosas de la misma manera.

los mejores son los eclesiásticos Lalanne, Collineau y Goudelin, y Marc Arnozan, así como los nombres que encontraremos a continuación. En la época en que estamos, el orador de renombre en la Madeleine es Hyacinthe Lafon, del que tenemos dos diálogos sobre la incredulidad, otro sobre los deberes de los jóvenes, y un cuarto, no menos destacado, sobre los espectáculos. Este último fue compuesto con ocasión de la llegada a Burdeos de una compañía de teatro famosa y apartó del teatro a un gran número de jóvenes. Tendremos ocasión de volver sobre el autor de estos discursos a propósito de la supresión de la Congregación, para la que sus imprudencias proporcionaron el pretexto. Los temas morales más frecuentemente abordados son: la amistad, el filosofismo, las asambleas del mundo, los principios religiosos, etc. A veces el tema es histórico, como el discurso sobre las órdenes religiosas hospitalarias, sobre el establecimiento de la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz. Otras composiciones combaten los prejuicios del día: entre ellas, el animado diálogo sobre la superstición, donde son atacados los calumniadores del viernes. A veces la pérdida de un congregante ofrece la ocasión de un elogio fúnebre, que es otra forma no menos eficaz de enseñanza.

No hace falta decir que el P. Chaminade, con su prudencia proverbial, no permitía ninguna improvisación y que veía todos los discursos para asegurarse de la exactitud de la doctrina y de la oportunidad de las alusiones. Se sentía con la responsabilidad de custodiar la enseñanza, para no dar pie a las críticas que podrían venir de las autoridades eclesiásticas o civiles.

Antes de despedir a sus jóvenes, no dejaba de dirigirles una palabra de afecto y de aliento: la tarde estaba doblemente ganada, quitada al mal y dada a Dios, además de las conquistas que el espectáculo de estas reuniones atraía a la Congregación y de los prejuicios que se desvanecían en el espíritu de bien de los oyentes que habían venido como simples curiosos.

Entre las manifestaciones de la Madeleine, no olvidemos la que tenía lugar cada año hacia el comienzo del invierno, en noviembre o inmediatamente antes de la fiesta de la Inmaculada Concepción. Era el retiro al que todos los hombres de buena voluntad, congregantes o simples cristianos, eran invitados y venían durante ocho días seguidos a oír todas las tardes una instrucción sobre las verdades fundamentales. El P. Chaminade experimentaba un gran consuelo presentando a su santo arzobispo, al final de los retiros, varias centenas de hombres ávidos del Pan de los fuertes.

La víspera de la clausura se invitaba a todos los que habían participado en el retiro a renovar solemnemente las promesas de su bautismo. Finalmente, el último día de estas felices jornadas, atribuyendo a la Virgen Inmaculada toda la gloria de este prodigio, le consagraba el fruto de sus labores. En una conmovedora ceremonia que él llamaba «la renovación de la alianza con la santísima Virgen», los que habían hecho el retiro eran invitados a sellar sus resoluciones contrayendo nuevos vínculos con la Madre de Dios. Delegaba en su diácono para hablar de María y pronunciar en nombre de todos la fórmula de la *alianza*, después recibía en el altar al prefecto y a sus asistentes, y éstos, en nombre de los congregantes presentes, renovaban su consagración especial al culto de María Inmaculada.

Necesariamente todos estos medios de edificación tenían que producir en las almas resultados profundos. Su espectáculo sostenía al apóstol en trabajos que la naturaleza consideraba excesivos, porque experimentaba lo que cuesta impregnar las almas del verdadero espíritu del cristianismo, sobre todo cuando es preciso arrancarlos simultáneamente de las seducciones de la vida y de la atmósfera de hostilidad o indiferencia formada por diez años de revolución e impiedad.

Pobrementemente alojado, frente a su iglesia, en el n° 65 de la calle Lalande<sup>74</sup>, pertenecía totalmente a sus congregantes. Se describía a sí mismo haciendo el retrato del verdadero director de congregación<sup>75</sup>: «Es preciso que esté siempre en su casa, con la puerta abierta para todo el que viene, entregado totalmente a cada uno como si fuese el único asunto importante para él... Si no se entrega con esa plenitud y ese abandono, me atrevo a asegurarle que nunca conseguirá los frutos, que su congregación no se mantendrá o no hará más que languidecer». En estas líneas nos revela uno de los secretos de sus éxitos: su fidelidad a estar a disposición de todos era tan conocida que tenía la fama de no salir nunca de su cuarto.

<sup>74</sup> Esta casa es el n° 9 actual, que va a desaparecer por la apertura de la calle Duffour-Dubergier.

<sup>75</sup> *Mémoire en faveur de la Congrégation* (1824). *Se trata de la "Réponse aux difficultés..." de 1824 (AGMAR 47.4.9, en la respuesta a la 6<sup>me</sup> question, del texto más elaborado, llamado a, [véase la nota 20 del capítulo precedente]). Se puede consultar la cita en EP, v. 1, p. 665.*

La amabilidad de su acogida y el encanto de su conversación ejercían en los jóvenes una gran fascinación. Encontraban en él al consejero, al verdadero amigo y al padre, y se daban a él con la generosidad de su edad. A cambio recibían una dirección prudente y adecuada. Se apartaba la política de estas conversaciones, así como los negocios: lo que no impedía poner a disposición de sus hijos espirituales sus pequeños recursos y su crédito para ayudarles en los momentos difíciles. Pero su influencia era sobre todo, o mejor dicho, exclusivamente religiosa, porque incluso cuando bajaba a asuntos de la tierra, no era más que con el fin de llegar con más seguridad a las almas y llevarlas a Dios. Para conseguir conversiones y progresos en la vida cristiana, no recurría a sacudidas que estremecen y hacen que las almas vuelvan por el momento para recaer enseguida en sus antiguos extravíos, al faltarles convicciones sólidas y hábitos arraigados. Prefería una acción lenta pero continua, un progreso insensible que va conduciendo al alma poco a poco hasta una vida verdaderamente sobrenatural.

Confesaba a la mayor parte de los jóvenes, y los sacerdotes de la Congregación estaban a disposición de los demás. Como veremos más adelante, llevaba a algunos a la práctica de los consejos evangélicos, pero todos recibían, con principios uniformes, una dirección destinada a llevarles a la profesión de un verdadero cristianismo, del cristianismo basado en una fe profunda, viva, activa, fuente de otras virtudes, del proselitismo y de todas las buenas obras.

Para engendrar esa fe en las almas, además de la oración, de los sacramentos y de la dirección espiritual, consideraba que la instrucción religiosa era el medio más eficaz: instruir era uno de los rasgos característicos de su método. Estimaba que en este siglo de filosofía, razonamiento y crítica ya no basta la fe «del carbonero», y que el sentimiento es un apoyo frágil para las convicciones religiosas, cuando son combatidas a la vez por el libertinaje de las costumbres y del espíritu. Así pues, daba a sus congregantes una enseñanza religiosa tan completa como posible, aprovechando todos los medios accesibles a su celo.

El *introduccionista* tenía como misión especial dar a los "aspirantes" y a los "aprobanistas" una primera formación religiosa. El *jefe de fracción* contaba entre las atribuciones más importantes de su cargo el cuidado de visitar a los miembros de la fracción y facilitarles estudios religiosos procurándoles libros que estuviesen en relación con sus aptitudes intelectuales. La lectura era fuertemente recomendada; el *Manual del servidor de María* insistía en este punto. Se podían encontrar un gran número de buenos libros para poner en manos de los jóvenes. El P. Chaminade espigaba en el siglo XVIII para recoger las obras que no habían envejecido demasiado y que respondían a su plan.

La enseñanza colectiva se daba en las sesiones del domingo por la tarde que hemos descrito. También se daba, de una manera más familiar y más adaptada a las diversas necesidades, en las reuniones particulares de cada fracción o de cada división. El P. Chaminade tomaba preferentemente el evangelio del domingo, que servía de punto de partida para explicaciones dogmáticas, apologéticas o morales. Le gustaban también conferencias de tono muy sencillo, pero dialogadas, para las que había previsto un cierto número de objeciones o preguntas que uno de los asistentes estaba encargado de hacerle<sup>76</sup>. Gracias a todos estos medios, era imposible que un joven o una joven frecuentase durante algunos meses la Congregación sin apuntalar su fe con conocimientos precisos y suficientes para resguardarle de los peligros más comunes a los que le exponía el espíritu del mundo.

Además, la fe estaba sostenida por las obras: el P. Chaminade se empeñaba en no negarle este alimento indispensable. En el aspecto de asistencia corporal, recomendaba ante todo a los congregantes que se ayudasen y apoyasen mutuamente; es el orden la caridad recomendado por la sagrada Escritura. La mezcla de las diversas categorías en la Congregación facilitaba el ejercicio de este deber. La relación del arzobispado de las obras existentes en la diócesis en 1803 hacía notar, como se recordará, que en la Congregación, «los pobres son asistidos y se pone interés en procurar puestos de trabajo a los que se ven obligados a vivir con el sudor de su frente. En caso de enfermedad, los cohermanos se procuran entre ellos consuelos y ayudas temporales y espirituales». Si un congregante enfermo se encontraba solo, era constantemente velado por uno de sus cohermanos. Si moría, toda su división le acompañaba en el último descanso, y un servicio fúnebre, celebrado en la Madeleine ante toda la Congregación, aliviaba su alma en el Purgatorio. En esta asistencia mutua, los Padres de familia aportaban a los jóvenes una ayuda

---

<sup>76</sup> Entre los papeles del Padre Chaminade hemos encontrado muchas notas destinadas a conferencias de este tipo.

preciosa, prestándoles el apoyo de su consejo y de su influencia. A los pobres les aseguraban el ejercicio gratuito de sus funciones: el médico Trocard, el abogado David Monier y otros se ponían a su entera disposición.

La caridad se ejercía también fuera de la Congregación. Se cuidaba a los enfermos tanto en el hospital como a domicilio. Se visitaba y mantenía a pobres, y hemos visto que éstos estaban representados por dos de ellos en la fiesta de la Inmaculada Concepción. Los jóvenes y las jóvenes rivalizaban dedicación y entrega en estas obras de misericordia, a las que Nuestro Señor ha prometido la recompensa eterna. No nos detenemos aquí porque estas obras en Burdeos no diferían de lo que eran en todas partes en las cofradías del mismo tipo.

Los Padres de familia se habían reservado la visita más delicada de las prisiones. Esta obra, creada en 1804, encontró obstáculos por parte de las autoridades y no pudo ser regularizada y conseguir sus frutos hasta la Restauración. Por el contrario, la asociación de panaderos de Burdeos, patrocinada por los Padres de familia y más especialmente por David Monier, prosperó desde el principio. Tenía su sede en una de las salas de la Madeleine y se reunía a la vez como cofradía y como corporación profesional. La gerencia de sus intereses temporales no era una preocupación pequeña para David Monier, en estos tiempos de guerra con Inglaterra en que a menudo faltaba el trigo, forzosamente subía el precio del pan y se encontraba entre las necesidades del comercio, el clamor de la plebe y las exigencias de las autoridades. Por supuesto que, además de atender a los intereses materiales de esta buena gente, se preocupaba todavía más de sus intereses espirituales. La fiesta patronal de la cofradía era la fiesta de san Pedro y san Pablo, y se solemnizaba con resplandor en la Madeleine.

Esta última obra era, como se ve, una obra mixta, a la vez caritativa, social y religiosa. En general, durante este primer período de la Congregación, se daba preferencia a las obras de celo sobre las obras de caridad, por considerar más urgentes las primeras al salir de la crisis de impiedad e ignorancia religiosa que había sido la Revolución. Además, el fin último de la Congregación era el apostolado, es decir la difusión de la verdad y del bien en una sociedad que se había vuelto casi pagana. En consecuencia, todos los congregantes eran invitados a ejercer el celo según sus aptitudes, su carácter y su situación. Todos no estaban llamados a predicar directamente la doctrina cristiana, pero todos debían, por el ejemplo y la influencia individual, hacerla conocer y amar. No debían descuidar ninguna ocasión favorable para este ministerio: una palabra, una carta de amistad y aliento, una lectura sugerida, eran medios que estaban al alcance de todos.

Como la caridad, el celo tenía que seguir un orden regular. Debía ejercerse primero con los próximos, después con los congregantes, y finalmente con las personas extrañas. Respecto a las familias, el P. Chaminade insistía en la formación cristiana de los inferiores, criados y obreros. En la Congregación no admitía como dignatarios más que a verdaderos apóstoles, que tuviesen la preocupación constante del bien espiritual de sus cohermanos. Les habituaba a ello con lo que él llamaba *misiones*. Dice<sup>77</sup>: «En la Congregación se llama *misión* al encargo dado secretamente a dos o tres de los congregantes más fervientes de ver y mover a los jóvenes más tibios, más dejados, y de traer de nuevo a los que se hayan extraviado». Además, abrazaba todas las obras compatibles con la edad y tiempo libre de estos jóvenes. Cuidaba de modo particular de las primeras comuniones atrasadas y de la floreciente obra de los postulantes, de la que hablaremos en el capítulo siguiente.

Este cuadro de la actividad de la Madeleine se va a completar con la exposición de los resultados extraordinarios que consiguió la Congregación en la ciudad de Burdeos.

---

<sup>77</sup> Nota redactada en 1809. *Se trata de "Observations fournies par M. G.-J. Chaminade sur divers articles de l'inventaire de ses papiers (AGMAR I.1.38). EP, v. 1, p. 253.*

## Capítulo 14: La Congregación y la renovación religiosa de Burdeos (1804-1809)

Trescientos jóvenes y otras tantas jóvenes, sesenta padres de familia e igual número de madres cristianas: así se distribuye la legión de apóstoles enrolada bajo la bandera de la Virgen Inmaculada para contribuir a la restauración de la fe en la ciudad de Burdeos.

¿Coronó el éxito sus esfuerzos? Para responder a esa pregunta, no olvidemos que esta conquista no es como la de una batalla: se consigue con resultados progresivos, a menudo imperceptibles. Si se quiere medir el terreno ganado en esta clase de combates, hay que irse al final de la acción, con el riesgo de no discernir ya la parte de cada héroe en el éxito final. Hay que situarse a la distancia de varias generaciones para darse cuenta de los cambios registrados en el estado moral o religioso de una ciudad o de una región. En Burdeos, bajo el episcopado del cardenal Donnet, cincuenta años después, es cuando se hacen palpables los efectos de la regeneración cristiana comenzada bajo el primer Imperio, y entonces los historiadores menos prevenidos en favor de la religión constatan «los nuevos triunfos de la Iglesia católica en Burdeos»<sup>78</sup>.

¿Qué parte en estos triunfos corresponde a la Congregación? A esta pregunta responderemos primero con palabras del propio P. Chaminade en defensa de la Congregación. Decía en 1824<sup>79</sup>: «Ya se sabe el buen espíritu que reina en Burdeos y cómo en general va unido a la religión y a los buenos principios. No decimos que es obra de la Congregación, pero se nos permitirá creer en el testimonio de personas ilustres, que piensan que un solo núcleo de gente de bien en una ciudad populosa puede sostener poderosamente los buenos principios y mantenerlos, como una columna sostiene un edificio, aunque no sea más que una pequeña parte».

Además de esta influencia que escapa más o menos al control, el P. Chaminade, si su modestia se lo hubiese permitido, habría podido señalar las huellas visibles que la Congregación, desde su origen y durante todo el Imperio, había marcado en su camino. No queremos hablar aquí de las conversiones de hombres cada día más frecuentes, de costumbres cristianas recobradas en muchos hogares, de la disminución de la licencia en una juventud demasiado habituada al placer, ni del éxito notable de las misiones predicadas por los Padres de la Fe<sup>80</sup>, al que la Congregación contribuyó con la eficacia de su ejemplo y de su celo. Tenemos todavía pruebas más tangibles todavía de la influencia de la Congregación en la creación de diversas instituciones religiosas de la época: la Congregación no fue ajena a alguna de ellas y a varias le proporcionó todos sus elementos. El cardenal Donnet lo constataba un día, en 1869, cuando, visitando la Madeleine y conversando con los religiosos sobre su Fundador, decía: «Era un hombre eminente el respetable P. Chaminade; no le conocíamos, no le apreciábamos, no sabíamos todo lo que le debemos. Y sin embargo, si nos remontamos a todas nuestras obras bordelesas, el nombre del P. Chaminade está inscrito a la cabeza de todas ellas»<sup>81</sup>.

En relación a sus obras, el papel de la Congregación estaría bien definido como el pilón de una fuente que recoge aguas abundantes y alimenta enseguida todos los canales que se inyectan en él. Así, la Congregación recibe en su seno una juventud numerosa que ella forma y distribuye después en las obras diversas que solicitan su concurso. Sus libros de registro dan fe de ello porque, a pesar de sus lamentables lagunas, proporcionan preciosas informaciones.

Los conventos de mujeres fueron los primeros en reconstituirse en Burdeos, gracias primero a la tolerancia y después a un reconocimiento oficial del gobierno. Cuatro de ellos existían desde el tiempo del Concordato; dos se dedicaban a obras de caridad, la Providencia y la

<sup>78</sup> Título de uno de los capítulos de la *Histoire de Bordeaux*, de Camille Jullian, p. 750 y siguientes.

<sup>79</sup> *Memoria* en favor de la Congregación. *Se trata de la "Reponse aux difficultés..." de 1824 (AGMAR 47.4.9, en la respuesta a la 3<sup>ème</sup> question). EP, v. 1, p. 658.*

<sup>80</sup> Especialmente en 1806.

<sup>81</sup> Testimonio del P. Benoit Meyer. *El cardenal Donnet debió hacer una declaración parecida en más de una ocasión. Lalanne en un proyecto de discurso al Capítulo General de 1868 AGMAR 16.6.339 ya alude a ella. Meyer la recoge de una reunión de varios sacerdotes de la diócesis con el arzobispo en la biblioteca de la Madeleine (AGMAR 17.5.21; 17.5.60). La cita que pone el P. Simler no es textual.*

Misericordia, y las otras dos a la enseñanza, la Reunión del Sagrado Corazón y las Hijas del Sagrado Corazón. Como es lógico, tuvieron las primicias de la Congregación.

El orfanato de la Providencia no había dejado de existir durante la Revolución, pero, al salir de la tormenta, su situación era muy precaria. La señora Lalanne estaba todavía en el exilio. Para salvar su obra, el comité de caridad creado en 1801 por el P. Chaminade y los vicarios generales en favor de la Misericordia, tomó también el orfanato bajo su protección. Además las dos obras eran hermanas, puesto que la señorita de Pichon, primera inspiradora de la Misericordia, había sido originariamente colaboradora de la señora Lalanne. Este estado de cosas duró varios años, hasta que la señora Lalanne, a su vuelta de España, volvió a tomar la dirección y la responsabilidad de su orfanato. Gracias al P. Chaminade, encontró en el seno de la Congregación dos colaboradoras que, unidas a las antiguas, hicieron reflorar su fundación como en los tiempos más prósperos.

Más difícil y más delicada era la elección de vocaciones para la Misericordia. Sin embargo, el P. Chaminade las encontró en la Congregación: una de ellas, la señorita Rose Bidon, puede ser tenida con razón como una de las fundadoras de la obra. Marie-Thérèse de Lamourous reclutaba también a las directoras de su casa en su propia familia<sup>82</sup>. Todas, viniesen o no de la Congregación, quisieron ser inscritas en ella y participar de sus ejercicios. Marie-Thérèse de Lamourous les daba el ejemplo con su dedicación sin límites a la Congregación y con el celo con que cumplía sus funciones de *Madre*.

Las comunidades enseñantes, más todavía que las casas de caridad, encontraron en la Congregación un auténtico vivero de vocaciones, precisamente porque el apostolado era su carácter distintivo. La Reunión del Sagrado Corazón de la señorita Fatin y del P. Vlechemans, las Hijas del Sagrado Corazón de la señorita Vincent las tuvieron en abundancia. Estas últimas se establecieron cerca de la Madeleine y, dirigidas por dos sacerdotes congregantes, Micheau y Momus, se identificaban tanto con la Congregación que, a ejemplo de la Misericordia, se inscribían en bloque, con las señoritas Vincent a la cabeza. Entre ellas murió, aunque sin pertenecer formalmente a la institución, la que sucedió a Marie-Thérèse al frente de la Congregación, la señorita Lacombe: más adelante encontraremos ocasión de edificarnos con sus santos ejemplos. Sin entrar en las discusiones que provocaba esta comunidad<sup>83</sup>, el P. Chaminade no sabía más que una cosa, y es que realizaba un bien inmenso en la educación de los niños del pueblo. Entre ella y la comunidad de la Reunión educaban de seiscientos a setecientos niños en tres de las parroquias más populosas de la ciudad.

Por otra parte, no estaban solas: poco después de la instalación de monseñor d'Aviau, las Ursulinas<sup>84</sup> y las Hermanas de San Vicente de Paúl se reconstituyeron como comunidad. Las primeras tomaron de nuevo su obra de educación principalmente en favor de las jóvenes de clase media, pero también abrieron algunas clases gratuitas. Las segundas recogieron a los niños abandonados, y se consagraron sobre todo a la asistencia de los enfermos; volvieron a los hospitales, donde se les unieron las Hermanas de Nevers. Finalmente el mismo Carmelo no tardó en abrirse de nuevo. A cada una de estas cuatro comunidades, que eran las que existían en Burdeos en 1810, la Congregación proporcionó un buen número de miembros: las listas lo atestiguan.

Más aun, instituciones ajenas a Burdeos se alimentaban en esta misma fuente: en varias ocasiones encontramos, junto al nombre de una congregante, menciones como estas: religiosa de Poitiers, religiosa de Pons. Las que llevan esta última acotación eran las hijas de la señorita Bédouret<sup>85</sup>: no nos puede sorprender ver al P. Chaminade prestar su colaboración a una obra de la que había sido el primer inspirador en tiempo de la Revolución, en el retiro 1796 del que hemos hablado al lector.

---

<sup>82</sup> Queremos nombrar a las señoritas Labordère, de las que una, Laure, le sucedió en el gobierno de la Misericordia.

<sup>83</sup> Las señoritas Vincent tuvieron adversarios en el clero y hasta en el arzobispado. Se les reprochaba, con razón o sin ella, de caer en un misticismo exagerado. Su comunidad se llamaba entonces *hermanas de Nuestra Señora*, así como la Reunión se llamaba *Reunión de beneficencia*, para evitar el nombre del Sagrado Corazón, que producía recelo en el gobierno. Como la Providencia de la señora Lalanne, la comunidad de las señoritas Vincent se unió más tarde al Sagrado Corazón de la señora Barat; los Padres de la Fe trabajaban en esta fusión desde 1806.

<sup>84</sup> H. Lelièvre, *Les Ursulines*, último capítulo.

<sup>85</sup> Fundadora de las Ursulinas del Sagrado Corazón. Véase más arriba en el capítulo 6.



La reconstitución de las obras de educación para los chicos fue laboriosa y lenta. El P. Chaminade les aportó una colaboración más inmediata y personal. No había ninguna orden religiosa de hombres dispuesta a dedicarse a la infancia para educarla en los principios de la fe. La Revolución había suprimido todas las instituciones de este tipo y todavía seguía inspirando el decreto del 3 messidor año XII (23 de junio de 1804) prohibiendo todas las que se reconstituyesen sin contar con el agrado del gobierno. Es verdad que pronto una de ellas debía franquear la barrera que se le oponía; pero, mientras se esperaba, había que suplir su ausencia en la medida que las circunstancias lo permitiesen.

En las parroquias, el clero mostraba una buena voluntad extraordinaria, pero cedía bajo el peso de sus múltiples ocupaciones. Los sacerdotes congregantes daban el ejemplo de dedicación a este fructífero ministerio, y entre ellos Rauzan y Lacroix. El P. Rauzan, que era el primer predicador de la diócesis, no se desdeñaba de abajarse a los niños y prepararles a la primera comunión: «Hijos míos, sed hombres», repetía a sus pequeños oyentes ávidos de oírle y de preguntarle, y tuvo la alegría de formar muchos hombres y cristianos<sup>86</sup>. Noël Lacroix no juzgaba indignas de su ciencia, de su talento y de su edad las ocupaciones que absorbían la mayor parte de su tiempo en provecho de los niños de coro de la parroquia Saint-Paul. Ponía a sus niños bajo la protección de María, y, como el P. Rauzan, preparaba en la Madeleine a futuros congregantes<sup>87</sup>. A estos abnegados sacerdotes, el P. Chaminade juntó algunos de sus jóvenes, catequistas voluntarios que se dedicaron a la obra de las primeras comuniones.

Pero él aspiraba a más, quería una institución capaz de tener a los niños bajo la saludable influencia de la Iglesia, sobre todo desde su primera comunión hasta los dieciséis años, que era la edad requerida para ser admitido en la Congregación. Durante esos cuatro o cinco años de intervalo, el niño, medio emancipado de la tutela de sus padres, estaba expuesto, casi condenado a sufrir en las oficinas o en los talleres, influencias perniciosas y a tomar costumbres funestas para su fe y su virtud. Para preservarles del contagio ¿había que abrirles las puertas de la Congregación? El P. Chaminade no lo creía: eso hubiese sido exponerse a alejar a los jóvenes, ofendidos por verse confundidos con los niños.

La solución de esta dificultad fue la creación de la destacada obra de los *postulantes*, verdadero "círculo juvenil" que prepara para el "círculo" de los mayores. Los congregantes se encargaban de su funcionamiento. Un de ellos fue encargado por el P. Chaminade de la dirección de la obra con el título de *introducción de postulantes*. Algunos congregantes, escogidos entre los más capaces y más entregados, fueron designados ayudantes para presidir los juegos y las reuniones, y el consejo de la Congregación les concedió pequeños créditos. El éxito fue inmediato: cientos de niños acudieron a la Madeleine, reclutados por los sacerdotes congregantes de las diferentes parroquias, o venidos por propia iniciativa, atraídos por el incentivo de los juegos y de las distracciones de todo tipo que se les ofrecía. Se les divertía, se les llevaba de paseo, se organizaban grandes juegos, sea a la sombra de los plátanos de Saint-Laurent sea en los bosques de pinos vecinos; de vez en cuando se les daba una pequeña merienda, que pagaba la Congregación,

En realidad, los postulantes constituían una Congregación en pequeño. El domingo tenían su misa; todos los meses una comunión general; después de un tiempo de prueba, hacían una profesión de fe en los privilegios de María y eran admitidos, por la bendición del P. Chaminade, al beneficio de las indulgencias. Se reunían cada quince días en una pequeña asamblea calcada sobre la de la Congregación, y todos los días recitaban sea el Oficio Parvo, como los congregantes, sea la corona de la Inmaculada Concepción, encantadora oración compuesta de tres *Pater* y nueve invocaciones a María Inmaculada en unión con los nueve coros de los ángeles. Así se realizaba un bien inmenso: los niños eran apartados de las tentaciones de su edad, la Congregación encontraba una fuente de reclutamiento segura y los jóvenes se ejercitaban en la práctica de un apostolado fácil y fructífero.

Pero no era eso todo. En esta época como en la nuestra el círculo juvenil no podía suplir a la escuela cristiana. Burdeos tenía entonces una docena de escuelas, que en general no funcionaban bien; los maestros no estaban suficientemente formados, sobre todo en el aspecto religioso, y además estas escuelas no se dirigían al pueblo, porque todas eran de pago. Dice un con-

<sup>86</sup> Entre ellos el Padre J.-B. Lacombe, que cita estas palabras. Delaporte, *Vie de M. Rauzan*, p. 34.

<sup>87</sup> *Vie de M. Lacroix*, p. 52.

temporáneo<sup>88</sup>: «Los hijos del pueblo recorrían los diversos barrios como tropas indisciplinadas, ultrajando a los ancianos, insultando a los que pasaban, entregándose en el puerto a un pillaje habitual, extendiéndose por los campos de alrededor donde dejaban siempre desoladoras pruebas de su paso, ofreciendo también dentro de la ciudad, en el jardín público o en las dependencias del Château-Trompette, el espectáculo de combates a menudo sangrientos a que se entregaban los niños de los diversos barrios y que sólo la intervención de la fuerza pública podía detener».

El P. Chaminade no podía ser testigo de este desorden sin buscar el medio de remediarlo. La tarea era difícil, porque no se trataba sólo, como para la obra de los postulantes, de reclutar jóvenes dispuestos a sacrificar su jornada del domingo. La empresa exigía una dedicación más completa, el sacrificio de todo su tiempo, de su vida por consiguiente, al servicio de los hijos de los pobres. Esta dedicación se encontró en dos de los mayores de la Congregación, los dos prefectos del primer año, Louis-Arnaud Lafargue y Guillaume Darbignac.

Eran viejos amigos, íntimamente unidos desde la época de las guerras de la República. Habían servido juntos en el ejército de los Pirineos, y los dos habían sido gravemente heridos, Lafargue al comienzo de la campaña, y Darbignac a la entrada de los franceses en Tolosa. Lafargue había sido repatriado enseguida; Darbignac, dejado por muerto, atribuía su salvación a la protección de María, de la que llevaba el escapulario. Eran de los más antiguos y más fieles discípulos del P. Chaminade: hemos encontrado a uno de ellos junto a él desde el año 1796, es decir desde su vuelta del servicio militar.

Los dos tenían asegurado su porvenir con los puestos que ocupaban en el comercio. Pero el ejemplo de su director, sus lecciones, así como el secreto movimiento de la gracia, les empujaban hacia un ideal más alto. No fueron sordos a la llamada de Dios y pidieron en 1804<sup>89</sup> al P. Chaminade hacer un retiro de algunos días, bajo su dirección, para estudiar su vocación. Las puertas de la soledad de Saint-Laurent les fueron abiertas. Allí, en el recogimiento y la oración, decidieron abandonar la carrera de comercio para entregarse a la educación de los hijos del pueblo. Uno tenía treinta y cinco años y el otro treinta y tres.

El P. Chaminade pensó que la mejor regla que podía dar a los dos jóvenes era la de Juan Bautista de la Salle, teniendo en cuenta además que Lafargue había sido educado en los Hermanos en su juventud y sentía una atracción por este Instituto. Así pues, se hizo traer esta regla de Toulouse, donde se había conservado, y Lafargue la copió de su puño y letra. Enseguida, sin ninguna demora, los dos jóvenes abrieron en la calle Etuves una escuela casi gratuita a la que los niños acudieron desde el primer día. Monseñor d'Aviau estaba encantado con esta iniciativa, y no pudo menos que testimoniar su admiración por la dedicación de los nuevos maestros, al mismo tiempo que por su talento para inculcar a sus alumnos los principios de la doctrina cristiana. Guillaume Darbignac sobre todo destacaba en esta enseñanza<sup>90</sup>.

Aunque observaban la regla de los Hermanos, no llevaban su hábito. El Instituto de las Escuelas cristianas no había sido todavía restablecido en Francia, o al menos en Burdeos se ignoraba que lo hubiese sido. Al comienzo del año 1805 se supo que el Santo Padre, pasando los Alpes para venir a coronar a Napoleón, había traído con él al Hno. Frumence, vicario general de la Congregación, con la misión de reconstituir el Instituto en Lyon, bajo la protección del cardenal Fesch. Era la mejor noticia que podía recibir el P. Chaminade. Acogió la vuelta de los Hermanos como un beneficio señalado de la Providencia y poco después, de acuerdo con monseñor d'Aviau, se puso en relación con el Hno. Frumence con la intención de que aceptase a sus dos discípulos como miembros del Instituto que renacía y que enviase a Burdeos un religioso antiguo capaz de formarles en los usos y en las tradiciones de su orden. Las negociaciones no tuvieron éxito a la primera. El Hno. Frumence no tenía más que cinco o seis Hermanos a su disposición. Pero monseñor d'Aviau y el P. Chaminade no se desanimaron, y cuando el P. Rauzan fue a Lyon a predicar la cuaresma de 1806, le encargaron que insistiese hasta conseguir el objetivo. El P. Rauzan logró su misión: el Hno. Frumence envió a Burdeos a dos religiosos, de los que uno, el Hno. Serafín, fue nombrado director de la pequeña comunidad. Llegaron vestidos con el hábito tradicional del Instituto, que el emperador acababa de autorizar a petición de su tío el cardenal

<sup>88</sup> El padre Rigagnon, manuscrito ya citado.

<sup>89</sup> O incluso en 1801 o 1802, si las informaciones de la Secretaría general de los Hermanos de las Escuelas cristianas son exactas.

<sup>90</sup> Todas las informaciones precedentes están sacadas de la Memoria Rigagnon.

nal Fesch. Lafargue y Darbignac se unieron a ellos y tomaron los nombres de Hno. Eloy y Hno. Paulino.

Monseñor d'Aviau nombró al P. Chaminade superior eclesiástico de la comunidad. Escogió a dos religiosos, uno de ellos el Hno. Paulino, para las clases elementales de su seminario y enseguida se puso de acuerdo con el alcalde de Burdeos, Lafaurie de Monbadon, para restablecer en la ciudad las antiguas escuelas de los Hermanos, que tan prósperas habían sido antes de la Revolución. La propuesta fue acogida favorablemente por el consejo municipal, en la sesión del 3 de julio de 1806, y se decidió la creación de cuatro escuelas.

Esta decisión exigía un rápido incremento de la comunidad. El P. Chaminade entró en correspondencia con el Hno. Frumence para la apertura inmediata de un noviciado en Burdeos<sup>91</sup>. Para facilitar la ejecución del proyecto, ofreció su finca de Saint-Laurent para alojar allí a los novicios; monseñor d'Aviau concedió los recursos materiales necesarios, y el P. Chaminade encontró vocaciones entre sus congregantes de la Madeleine: «a los dos primeros, dice el P. Rigagnon<sup>92</sup>, se les juntaron jóvenes piadosos y fervorosos, miembros adictos de esta Congregación que ha extendido por Burdeos tanto esplendor y buenas obras. Así se formó el pequeño pero excelente núcleo de este noviciado, en el que todos los que lo formaban parecían más ángeles que hombres».

Este noviciado, del cual fue nombrado director el Hno. Paulino, es el primero del Instituto de los Hermanos de las Escuelas cristianas que fue regularmente establecido en Francia, después de la Revolución. Prosperó tanto que en 1811, la casa de Saint-Laurent se había quedado demasiado pequeña y hubo que pensar en dejarla. Como Burdeos no era el centro de una Provincia, sino que dependía del Visitador de Toulouse, el noviciado fue transferido<sup>93</sup> a esta última ciudad. Hasta el final, el P. Chaminade había sido el superior eclesiástico y había conservado la dirección espiritual; enviaba regularmente a monseñor d'Aviau y a las autoridades civiles los informes oficiales de la comunidad<sup>94</sup>. El cambio de lugar del noviciado no disminuyó en nada su afecto por los Hermanos; continuó ayudándoles con todas sus fuerzas, y el Hno. Alphonse, que tanto hizo por el desarrollo de sus escuelas en Burdeos, siempre hablaba con veneración y agradecimiento del P. Chaminade y de sus favores.

Grande fue también la preocupación del P. Chaminade por el reclutamiento y formación de los ministros del altar. Y esta predilección venía de lejos; se había manifestado ya en el joven director del seminario de Mussidan; había impulsado al entregado misionero, durante los años de la Revolución, a cultivar con un cuidado especial las almas llamadas por Dios al servicio del altar. Nos son ya conocidos los nombres de Joffre, Damis y Bouet, pero muchos otros le deben a él, después de a Dios, su vocación. Esperaba con impaciencia el día en que monseñor d'Aviau tuviese la posibilidad de abrir un seminario a los aspirantes al sacerdocio. Pero su espera no era ociosa: había puesto sus ojos en algunos congregantes que le parecían llamados por Dios, y les mantenía en el deseo y en la estima de tan alta vocación; les recomendaba la lectura y meditación de las páginas del *Servidor de María* que les enseñaba sus deberes con relación a la llamada de Dios y a conservar su vocación con el cuidado que se pone en guardar un tesoro precioso.

---

<sup>91</sup> Parece que la negociación fue difícil, teniendo en cuenta que no existía aún ningún noviciado en Francia. En las notas suministradas por el P. Chaminade a la policía en 1809, sobre unas cartas del Hno. Frumence que le fueron encontradas, se expresa así: «Fue preciso encontrar y formar sujetos para las diversas escuelas que la ciudad pedía. Primero el Hno. Frumence había sido prevenido contra las medidas (propuestas). Yo le escribí y escribí al mismo tiempo al P. Rauzan pidiéndole que fuese a verle. Se llegó a un perfecto acuerdo, en cuanto Rauzan fue escuchado, como consta por las cartas del Hno. Frumence». Estas cartas datan del final de 1807 y determinan así la época en que se abrió el noviciado. (*AGMAR 1.1.38; cfr. EP, v. 1, p. 251*)

<sup>92</sup> Manuscrito ya citado.

<sup>93</sup> El Hno. Paulino conservó en Toulouse la dirección del noviciado. Murió el 6 de mayo de 1813, con sólo 41 años de edad. El Hno. Gerbaud, entonces Superior general, decía de él que era digno de ocupar los más altos cargos en el Instituto. En cuanto al Hno. Eloy (1771-1847), dirigió sucesivamente las casas de Burdeos, Auch y Montpellier. En el Capítulo General, tenido en Lyon en 1816, fue nombrado Asistente del Superior general. Como se ve, los discípulos del P. Chaminade le hicieron honor en el Instituto de los Hermanos de las Escuelas cristianas. Debemos estas informaciones a la amabilidad del Hno. Justinus, secretario general del Instituto.

<sup>94</sup> Los archivos del arzobispado guardan varias cartas del P. Chaminade respecto al noviciado de los Hermanos. El P. Chaminade dejó de hacer los informes del noviciado el 27 de abril de 1811.

Monseñor d'Aviau se lamentaba viendo, por una parte, la penuria de buenos sacerdotes y, por otra, las dificultades que retrasaban la apertura del seminario. Doscientas parroquias estaban sin pastor, y muchas otras estaban servidas por ancianos debilitados por la edad y las enfermedades<sup>95</sup>. El buen prelado sufría por esta situación y, desde 1802, estaba tramitando ante el gobierno la consecución de un local adecuado. Sólo en 1804 se atendió su petición, dejándole el antiguo convento de los Capuchinos; pero este edificio no estaba en condiciones de ser ocupado inmediatamente. El arzobispo inauguró su seminario diocesano en un local provisional, en la calle de Rohan, el miércoles de Pascua, 4 de abril de 1804. Todo el personal, directores y alumnos, había sido proporcionado por la Congregación del P. Chaminade<sup>96</sup>.

Monseñor d'Aviau se había dirigido primero, para encontrar directores, a los antiguos institutos religiosos que se dedicaban a este tipo de obras. Había sondeado a los Lazaristas, antiguos directores del seminario de la Misión en Burdeos, después a los Sulpicianos, sus propios maestros en Angers. Pero ni unos ni otros estaban en situación de aceptar el ofrecimiento por falta de personal. Buscó en su propio clero a los elementos mejor preparados para estas difíciles funciones y no tardó en elegir a estos sacerdotes venidos de la diócesis de Périgueux, amigos del P. Chaminade y sus ayudantes en el apostolado de la Congregación<sup>97</sup>. Además habían sido directores de seminario en Périgueux o en Mussidan, y su saber no era inferior a su celo.

Jean Drivet, destacado sacerdote, de quien, según las notas oficiales de 1802, «no se conocía más defecto que una salud muy delicada», había sido educado en el seminario de Mussidan, y después se había agregado a la Misión de Périgueux. Su elocuencia le hizo ganar el sobrenombre de nuevo Crisóstomo. Monseñor d'Aviau le nombró superior. El P. Bouny, también antiguo miembro de la Misión de Périgueux, así como elocuente e infatigable en su tarea, fue nombrado ecónomo y profesor de moral<sup>98</sup>. Finalmente Luis Chaminade, tomando la dirección de los estudios, aportó a sus colegas el concurso de su experiencia en la enseñanza y de su talento de educador. Un profesor laico, el señor Momus, completó el cuerpo profesoral: era el hermano del P. Joseph Momus. El nombre de Timothée Momus aparece en los libros de registro de los congregantes del año 1801, con indicación de su profesión de profesor<sup>99</sup>.

Los alumnos que tenían que formar el primer núcleo del seminario eran tan difíciles de encontrar como los maestros. Observa el biógrafo de monseñor d'Aviau<sup>100</sup>: «Nunca esta región había sido fértil en vocaciones clericales, el espíritu aventurero de los viajes terminaba apartando del santuario a los que el afán de lucro y de placer seduce a la entrada de la vida bajo el cielo de la Gironda». El momento parecía menos propicio que nunca: no había todavía una escuela cristiana en que los jóvenes pudiesen recibir el germen de esta santa vocación. El buen prelado acudió naturalmente al P. Chaminade: ¿no era la Congregación un vivero muy indicado para conservar y hacer florecer las semillas que la gracia habría extendido en una sociedad tan desprovista de vida sobrenatural?

La confianza del arzobispo no estaba equivocada. Una de estas vocaciones, la de Denys Joffre, nos es ya conocida de hace tiempo. Otro discípulo fiel del P. Chaminade, uno de los doce del 2 de febrero de 1801, François-Joseph Tapy, había manifestado desde el principio su vocación de seminarista. Ayudaba como acólito al Padre Chaminade en la capilla de la calle Saint-Siméon<sup>a</sup>, y hacía de padrino con los niños que se presentaban al bautismo sin él. Murió joven, después de una larga enfermedad, en 1809, no habiendo tenido más que una vez el consuelo de celebrar la santa Misa. Jérôme Labrouche entró en la Congregación pocos meses después de François Tapy, lo mismo que Jean-Antoine Richon y Jacques Loustalet. Estos cinco jóvenes fueron las primeras piedras del edificio del seminario con otros dos, Filleau y Duclos, que no tenían todavía la edad requerida para ser recibidos como congregantes. A otros cuatro llevó el P.

<sup>95</sup> Todavía en 1807, de 491 sacerdotes en activo, 78 tenían más de sesenta años, y 117 entre cincuenta y sesenta.

<sup>96</sup> Sobre lo que concierne al Seminario y sus orígenes, se puede consultar la obra de L. Bertrand, *Histoire des Séminaires de Bordeaux et de Bazas*, especialmente el tomo II, p. 40 y siguientes.

<sup>97</sup> Véase más arriba, capítulo 12.

<sup>98</sup> Pierre Bouny era un convertido del protestantismo. En 1814 dimitió de sus funciones. Murió el 13 de mayo de 1827 a la edad de ochenta y un años. L. Bertrand, *Histoire des Séminaires*, II, p. 356.

<sup>99</sup> Creemos poder identificar con el congregante Thimotée Momus al profesor del seminario que Bertrand designa con el nombre de P.-M. Momus.

<sup>100</sup> Lyonnet, *Vie de Mgr d'Aviau*, II, p. 636.

<sup>a</sup> Fue en el oratorio de Arnaud Miqueu. Véase mi apostilla a la nota 15 del capítulo 11.

Lacroix en el mes de agosto siguiente; dos solamente tenían la edad para ser congregantes, y uno de ellos, Etienne Labelle, está en las listas, que son muy incompletas; los otros dos eran postulantes, como todos los muchachos del P. Lacroix. Finalmente los dos seminaristas externos Raymond Richon y Pierre Dalga, que se agregaron pronto a los once primeros<sup>101</sup>, están igualmente inscritos en los libros de registro de la Congregación.

Así fue fundado el seminario. Cuando, para la apertura de curso de octubre siguiente, se instaló en los edificios de los Capuchinos, las parroquias rurales proporcionaron su contingente de vocaciones, pero la Congregación, siempre fecunda, llevó al santuario un tercer grupo de jóvenes, no menor de cinco, además de uno de Mussidan y de un natural de Périgueux que muy probablemente fueron atraídos al seminario por los hermanos Chaminade.

La Congregación continuó haciendo lo que había hecho al principio: cada año dio al seminario un número de vocaciones, que fueron de las mejores. Nos es imposible hacer una enumeración de esta piadosa juventud; sólo la lista de los nombres que tenemos sería larga, y volveremos a encontrar a algunos de ellos a lo largo de este relato. En 1808, los seminaristas que seguían frecuentando la Congregación, eran lo suficientemente numerosos como para constituir una fracción especial.

La dirección del seminario quedó en manos de los miembros de la Congregación hasta la llegada de los sacerdotes de San Sulpicio en 1814. El P. Drivet consumió en sus funciones de Superior lo que le quedaba de fuerzas y de salud: expiró el 4 de marzo de 1808, en brazos de Denys Joffre. Su sucesor fue el venerable P. Lacroix, que no hizo más que pasar por el seminario: tuvo la desgracia de no gustar al emperador, y fue obligado a renunciar a sus funciones y desaparecer. Sin embargo, dejó una huella duradera de su corto paso: por su interés, la fiesta de la Inmaculada Concepción, que, como sabemos, era la fiesta principal de la Congregación, se convirtió en la fiesta patronal del seminario<sup>102</sup>. Al alejarse, cedió el puesto a otro sacerdote de los primeros inscritos en la Congregación, el P. Vlechmans, que siguió de superior hasta la llegada de los sulpicianos.

Así no es extraño que el P. Chaminade se encontrase como en su casa cuando iba al seminario. A pesar de sus ocupaciones que absorbían ya todo su tiempo, a veces daba una conferencia o un retiro, y conseguía tan bien convencer a los jóvenes de la santidad de su vocación que el obispo de Agen quiso a toda costa confiarle un retiro en su propio seminario.

Pronto tuvo el consuelo de ver no sólo a sus colaboradores sino también a sus discípulos dedicarse con ardor a esta obra por excelencia de la formación clerical. El primero cronológicamente que le dio este consuelo fue Timothée Lacombe, prefecto de la Congregación en 1805. Resistió a las llamadas del mundo y entró a los veintisiete años en el seminario, acabó su teología en San Sulpicio de París y volvió a Burdeos en 1812, decidido a consagrarse a la educación de los clérigos. Primero fue ecónomo del Seminario Menor, recientemente separado del Mayor por monseñor d'Aviau, y no descansó hasta conseguir para los dos establecimientos un gobierno y una administración estables. El Seminario Mayor fue confiado a los sacerdotes de San Sulpicio, y los jesuitas aceptaron la dirección del Seminario Menor. Entonces, libre de toda responsabilidad, Timothée Lacombe recorrió las regiones del Centro más ricas en vocaciones sacerdotales, y llevó al seminario una legión de clérigos. Para provocar en la misma diócesis vocaciones más abundantes, fundó, en 1821, las *pequeñas comunidades de clérigos*, y encontró en varios miembros del clero de Burdeos y Libourne dignos imitadores y celosos auxiliares. Su amor a María le llevó a los Padres del Beato Grignon de Monfort en Saint-Laurent-sur-Sèvre, pero no pudo permanecer allí a causa de su débil salud, y se retiró a Verdélais, a la sombra de otro santuario de la Virgen, para continuar allí su labor de educador de clérigos. Le vemos dirigirse en 1836 al P. Chaminade pidiéndoles colaboradores. Murió en 1856<sup>103</sup>.

Otro Lacombe, Jean.Baptiste<sup>104</sup>, llegó a ser una de las glorias de la diócesis. Su nombre es inseparable del Seminario Menor de Bazas. Esta casa fue fundada en 1807 por monseñor

<sup>101</sup> *Histoire des Séminaires*, II, p. 45.

<sup>102</sup> El P. Lacroix murió el 29 de junio de 1813. El cronista Bernadau cuenta en sus *Tablettes* (p. 505) la afluencia de gente a su féretro y las muestras de veneración que le prodigaban.

<sup>103</sup> Fue uno de los más activos propagadores en Francia, y en particular en la diócesis de Burdeos, de la devoción del Via Crucis.- L. Bertrand, *Histoire des Séminaires*, II, p. 219, 222, etc.

<sup>104</sup> Un tercer Lacombe, llamado Martial, tesorero de la Congregación en 1805, cuando Timothée era el prefecto, trabajó también en el Seminario Menor hacia el final del Imperio.

d'Aviau para acrecentar el número de vocaciones, pero no pudo desarrollarse durante el Imperio; incluso fue suprimida por el gobierno en 1812. Uno de sus primeros directores había sido Joseph Momus, el sacerdote originario de Lot-et-Garonne que había trabajado con el P. Chaminade durante la Revolución y que, a primeros de 1801, se había consagrado a María en la Congregación<sup>105</sup>. El Seminario Menor había sido reconstituido durante la Restauración en el pueblo de Cadillac, después fue llevado a Bazas y aquí, bajo la dirección del P. Lacombe, el Seminario Menor llegó a un alto grado de prosperidad. El nuevo superior le consagró su vida. Cuando las ordenanzas de 1828 alejaron a los jesuitas del Seminario Menor de Burdeos, trasladó su casa a esta ciudad permaneció hasta su muerte, ocurrida en 1852, al frente de este establecimiento de donde la diócesis de Burdeos saca la mayor parte de su excelente clero. Jean-Baptiste Lacombe, como su primo Timothée, debía su vocación a la Congregación<sup>106</sup>. Dos de sus colaboradores en Bazas y en Burdeos, que se apellidaban los dos Martial, habían sido, como él, discípulos del P. Chaminade: uno, Guillaume-Elisée, llegó a ser obispo de Saint-Brieuc en 1858<sup>107</sup>; el otro, Jean-Baptiste-Joseph, murió siendo vicario general de la diócesis de Burdeos en 1881<sup>108</sup>.

Echando una ojeada rápida sobre las instituciones religiosas de Burdeos sobre las cuales se extendió la influencia directa o indirecta del P. Chaminade o de su Congregación en tiempo del Imperio, hemos llegado a nombrar casi todas las obras creadas en esta época. Nos quedan las casas de educación cristiana destinadas a la clase acomodada, y aquí también sería injusto no reconocer esa misma influencia.

Sin duda, el principal centro de ese tipo para chicos era el de la calle Permentade, llevado por el P. Martial, distinto de los dos precedentes y cuyas relaciones con el P. Chaminade no nos son conocidas. Pero otra casa de educación, la de la calle des Menuts, dirigida por el Sr. Estebenet, no era de reputación inferior y no tardaría en ocupar el primer puesto<sup>109</sup>. Jean-Baptiste Estebenet era uno de los doce primeros congregantes y uno de los tres prefectos del primer año. Su entrega al P. Chaminade y a la Congregación era sin reservas. Era feliz de llevar a sus alumnos a la Congregación cuando cumplían la edad requerida. En calidad de *decano* de los antiguos prefectos, era el consejero más escuchado. Quedó unido a la obra todo el tiempo que estuvo en Burdeos, es decir hasta la Revolución de 1830. No hace falta añadir que sus principios de educación eran conformes a los de su maestro y que de su casa salían cristianos bien templados. Además, su capellán, el P. François Pineau, era un congregante.

Entre los internados de chicas, el de las señoritas Gramagnac era el más prestigioso. No encontramos el nombre de estas señoritas en las listas de la Congregación que nos han llegado, por lo que no podemos decir si eran congregantes. Pero la correspondencia del P. Chaminade nos muestra que su acción se extendía también hasta ellas. Además eran las amigas, y una de ellas colaboradora de la señora Lalanne y de la señorita Pichon; esta proximidad nos prueba que el celo apostólico del P. Chaminade les alcanzaba al menos indirectamente.

Por la larga enumeración que precede, nos es fácil comprobar que tenía razón el cardinal Donnet cuando atribuía al P. Chaminade una parte capital en la fundación de todas las obras diocesanas. Pero aquí no se trata más que de obras del tiempo del Imperio, y la fecundidad de la Congregación no se limita a esta época.

<sup>105</sup> El P. Momus murió el 29 de enero de 1810, víctima de su caridad cuidando enfermos.- L. Bertrand, *Histoire des Séminaires*, III, p. 77.

<sup>106</sup> Acabó su formación literaria en la célebre institución del Sr. Liautard, futuro colegio Stanislas de París, e hizo sus estudios clericales en Saint-Sulpice. Se puede consultar para su biografía el tomo III de *Histoire des Séminaires*.

<sup>107</sup> No estuvo más que tres años en la sede episcopal de Saint-Brieuc y murió en 1861. Cf. su *Vie* por Poulain-Corbion, Saint-Brieuc, sin fecha.

<sup>108</sup> L. Bertrand, *Histoire des Séminaires*, t. III, cap. VI y VII.

<sup>109</sup> En 1810 el alcalde de Burdeos presidía la entrega de premios.

## Capítulo 15: La supresión de la Congregación (1809-1814)

El seminario, las órdenes religiosas, casi todas las instituciones que se proponían la restauración del espíritu cristiano en Burdeos se fundaban o se fortificaban a expensas de la Congregación y le iban quitando sucesivamente sus mejores elementos. El P. Chaminade, cuando se le hablaba de este peligro, se contentaba con responder: «Nosotros jugamos a *quien pierde gana*». Es verdad que la Congregación sufría con ello pero respondía a los planes de su fundación: como un árbol fecundo, prodigaba sus frutos en proporción a los cuidados de que era rodeada. Estaba en peligro de agotarse y el P. Chaminade no siempre veía el futuro sin inquietud. Dice él mismo: «La Congregación ha sufrido dos crisis, las dos por una causa parecida: una en 1805, como consecuencia de las numerosas vocaciones sacerdotales y religiosas salidas de su seno; la otra en 1817, cuando se fundó la Compañía de María, cuyos primeros miembros eran todos congregantes».

Por una coincidencia fastidiosa, con la primera crisis de la Congregación el P. Chaminade se vio en un apuro personal extremo. Desde su vuelta de España vivía en una pobreza cercana a la escasez; prácticamente la viña de Saint-Laurent era su único recurso; sus obras eran para él una ocasión de gastos y no de ingresos. Además, cuando entreveía la posibilidad de hacer un bien, daba sin reserva, diciendo, para responder a los que le tachaban de imprudente, que él trabajaba para el más rico y generoso de los amos.

Ya había atravesado horas difíciles: sus congregantes se habían dado cuenta y acudieron en su ayuda organizando una colecta; los Padres de familia, en particular los señores Lapoujade y Lalanne (de la calle des Menuts), se habían distinguido por su generosa diligencia<sup>110</sup>. Pero en este nuevo apuro, al comienzo del año 1806, se recogió en sí mismo y se preguntó si estaba bajo el efecto de una simple prueba o si las circunstancias por las que atravesaba revelaban los nuevos planes de la Providencia respecto a él. ¿No estaría llamado a reintegrarse en los marcos del clero diocesano? Con esta duda, redactó el proyecto de una organización provisional de la Congregación, según la cual doce jóvenes, escogidos entre los más fervientes y que practicasen los consejos evangélicos, serían constituidos guías de sus cohermanos u guardianes de las tradiciones. La duda duró poco. El propio P. Chaminade nos cuenta cómo se recobró<sup>111</sup>: «Vendí algunos objetos, de los que en rigor podía prescindir; recibí dinero de mi familia; me repuse de este gran apuro y todo siguió como estaba».

Por otra parte, la Congregación reparó sus pérdidas con una rapidez inesperada. Las listas de inscripción de esta época se han perdido, pero los registros de tesorería acusan un estado de prosperidad. Eran los días más hermosos del Imperio. Los ecos de Iéna y Tilssit retumbaban hasta Burdeos que, en su orgullo patriótico, olvidaba por un momento que su puerto estaba vacío y su comercio parado. La religión volvía a ocupar su sitio en todas las fiestas nacionales. Los poderes públicos la rodeaban de consideraciones suficientes para atraerle el respeto y la simpatía de las masas, pero también lo bastante discretas para no provocar represalias de parte de los rezagados de la filosofía y de la Revolución.

Los jóvenes bordeleses se dejaban ganar por el ejemplo de la virtud franca y desinteresada de los congregantes; la enseñanza religiosa dada en las escuelas de los Hermanos empezaba a hacer sentir su benéfica influencia: todos los días venían al P. Chaminade nuevos adeptos. Las salas resultaban demasiado pequeñas, y fue preciso agrandarlas y crear otras nuevas. Fue la edad de oro de la Congregación: los jóvenes alcanzaron la cifra de trescientos a cuatrocientos; las jóvenes la de doscientas cincuenta, sin contar a las postulantes y afiliadas<sup>112</sup>. Entre los perfectos de esta época brillante<sup>113</sup>, destacamos los nombres de Martial, Timothée y Patrice La-

<sup>110</sup> Testimonio del P. Chaminade, *Mémoire* del 18 de octubre de 1848. *Carta 1510, Lettres, t.VII, p. 637-638*.

<sup>111</sup> Notas destinadas a la policía y redactadas en 1809. (*AGMAR I.1.38; cfr. EP, v. 1, p. 253*)

<sup>112</sup> Son cifras del interrogatorio a Lafon en 1809.

<sup>113</sup> Los cargos se renovaron primero tres veces y luego dos veces al año. He aquí la lista que hemos podido reconstruir de nuestros documentos mutilados: 1801, Luis-Arnaud Lafargue, Jean-Baptiste Estebenet, Guillaume Darbignac; 1802, Hyacinthe Lafon, Martial-Renaud Lacombe, Bernard Rotis; 1803, Hyacinthe Lafon, Etienne Ferlat; 1804, Marc Arnoz en los dos semestres; 1805, Timothée Lacombe, Hyacinthe Lafon; 1806, Quentin Lostau en los dos semestres; 1807?; 1808, Pierre Goudelin; 1809, Patrice Lacombe. *Parece ser que la reconstrucción de esta lista no es del todo exacta.*

combe, los tres miembros de esa notable familia de hombres de negocios que tan grandes pruebas dio de su espíritu cristiano; de Marc Arnozan, Quentin Lostau y Pierre Goudelin, que podremos conocer mejor a continuación; finalmente de Jean-Baptiste-Haycinthe Lafon, que está íntimamente ligado a la historia de las desgracias de la Congregación.

En 1808 empezaba a ensombrecerse el horizonte. Un duelo personal fue para el P. Chaminade como el preludio de los males que iban a golpear a todo lo que le era querido, la religión, la patria, la Congregación. El 29 de abril de 1808 se durmió en el Señor su hermano Luis, a la edad de cincuenta años. Desde su llegada a Burdeos estuvo encargado de las funciones de prefecto de estudios del seminario. La llegada de varios jóvenes cuyo insuficiente conocimiento del latín les impedía seguir con fruto las clases regulares llevó al superior, P. Lacroix, a crear para ellos una sección especial, especie de seminario menor y rogó a Luis Chaminade que tomase la dirección. Luis aceptó este cargo por generosidad. Le costaba, a su edad y con una salud deteriorada, volverse a poner *a la rueda*, según la pintoresca expresión con la que designaba la vuelta periódica a los mismos ejercicios escolares.

Pronto su pecho se vio afectado. Obligado una primera vez a detenerse, apenas estaba convaleciente cuando vino el arzobispo a celebrar la misa en el seminario y él creyó poder asistir de los alto de una tribuna. Vino una recaída, y no dejó de recibir a sus amigos, hablando con ellos ampliamente del tema ordinario de sus conversaciones, las bondades del Señor. Una nueva imprudencia le resultó mortal. El arzobispo iba a presidir los exámenes del seminario; Luis creyó un deber llamar a todos los alumnos, uno tras otro, para acabar su preparación. Sus fuerzas le traicionaron y cayó en síncope de larga duración. Su hermano, sus amigos y sus alumnos que acudieron a él no oyeron salir de sus labios más que estas palabras: *In viam pacis*. Efectivamente la hora del descanso y de la paz eterna llegaba para este fiel servidor.

Sin embargo, recobró por algunos días los sentidos y la palabra. En este corto intervalo, tuvo ocasión de dar a sus discípulos una útil lección que uno de los seminaristas<sup>114</sup> cuenta en estos términos: «Poseedor de una hermosa biblioteca en la que figuraba la Enciclopedia, Luis Chaminade notó, en el punto culminante de sus sufrimientos, que un seminarista que le velaba había tomado un volumen de esta obra para hacer una lectura. El enfermo, que no había hablado desde hacía dos días, sintió que le venían las fuerzas ante el temor de ver a este seminarista sacar falsos principios en estas lecturas peligrosas, y dijo con fuerza: «¡Déjelo, es un mal libro, le prohíbo tocarlo!»

«Su muerte, añade el mismo testigo, cubrió el seminario de auténtico duelo. El equilibrio de su carácter, sus amables atenciones, su piedad le habían hecho querido a todos». Piénsese en el dolor de su hermano José. El panegirista del difunto pudo con razón comparar el desgarramiento producido entre los dos hermanos a la ruptura violenta producida por la tempestad entre dos ramas que, salidas del mismo árbol, se juntan con sus ramos y se entremezclan en todos los sentidos. Fue la Congregación quien oyó estos conmovedores acentos en una de sus sesiones del mes de mayo de 1808. El abogado David Monier fue el orador; había pedido al mismo P. Chaminade algunas notas biográficas de su hermano. La elocuente exposición de la vida y las virtudes del difunto terminaba con esta peroración: «¿Qué más os diré? Yo he visto su cuerpo, llevado en ofrenda al pie del altar, rodeado de una numerosa juventud que le lloraba, ofreciendo su rostro la expresión de la santidad... Dios se acordará de que al insinuar el espíritu de piedad en su joven hermano (José), fue la causa primera de nuestra piedad, que su ejemplo nos arrastró al culto de la augusta María, que él mismo se asoció a nuestra consagración al pie de este altar. Él se dignará, en el goce de todos los bienes, velar por esta Congregación donde Dios quiso mostrarle como su luz, y después retirarlo. Será nuestro poderoso protector, mientras que su hermano que nosotros veneramos, su más querido amigo, su igual, nos será conservado por la Providencia para ser nuestro director en la tierra»<sup>115</sup>.

<sup>114</sup> El P. Rigagnon. Manuscrito ya citado. Cf. L. Bertrand, *Histoire des Séminaires*, II, p. 103.

<sup>115</sup> David Monier ofreció al P. Chaminade el manuscrito de esta oración fúnebre con esta dedicatoria: «Usted, a quien yo llamo Padre y no se desdeña de llamarme a veces hijo suyo, acepte este esbozo imperfecto de la vida del mejor de los amigos, del más querido de los hermanos, del sacerdote más piadoso que le haya seguido (en la Congregación), como obsequio de mi respeto, de mi veneración, de la amistad que me ha permitido, cuyos sentimientos se confunden, se unen a los de pesar y de más vivo dolor». *Este manuscrito se encuentra en AGMAR 17.1.175*.



El P. Chaminade tenía entonces también otras preocupaciones; la prosperidad de la Madeleine, la fama de sus ceremonias inspiraban recelo en las parroquias vecinas. Algunos párrocos, aun alabando el celo del P. Chaminade y el bien que realizaba, y guardándole afecto personalmente, se quejaban en el arzobispado, e incluso en la prefectura<sup>116</sup>, de las «usurpaciones» de la Madeleine, «especie de decimocuarta parroquia independiente de la jurisdicción de los párrocos»<sup>117</sup>. Cada nuevo favor concedido a la Madeleine creaba dificultades.

Es verdad que monseñor d'Aviau no se conmovía gran cosa por ello, como prueba esta encantadora nota con apostilló en 1809 una nueva petición del P. Chaminade: «Los almanaques del nuevo año han dado lugar a observaciones que me han sido hechas sobre el gran número de días de devoción unidos a la capilla de la Madeleine, y sus mayores privilegios respecto a las iglesias parroquiales. Concedo la exposición para la Vísperas de la Purificación, esperando que no aumente sensiblemente el escándalo». Por ese lado, el P. Chaminade podía estar tranquilo y dejar que hablasen: tenía conciencia de no lesionar ningún derecho, de no trabajar más que para Dios y, en definitiva, por el bien de las mismas parroquias.

Del lado del poder temporal podía creerse en paz. En la Congregación - era un principio admitido - se descartaba sistemáticamente toda cuestión política. No era, por su parte, indiferencia por las cosas de su tiempo y de su país. Era simplemente sabiduría: sabía que la política agita las almas sin engrandecerlas, y que es un obstáculo a la unión. Y la unión en el bien era su primera preocupación: *Quaerite primum regnum Dei*, acostumbraba a decir. Buscad primero el Reino de Dios, sed hombres concienzudos: Un carácter formado en la escuela del deber está siempre dispuesto a prestar a su país los servicios que debe.

Sin embargo, no podía impedirse ni impedir a los demás ver y oír. Supo con dolor la ocupación de Roma por las tropas francesas (10 de febrero de 1808) y la hostilidad creciente del Emperador respecto al Papa. Algunos meses después, oyó las últimas aclamaciones con las que Burdeos saludaba al dueño de Francia al salir para Bayona, luego vio llegar el doloroso cortejo de soberanos destronados de España, y, después de ellos, millares de prisioneros, primeras víctimas de una guerra injusta<sup>118</sup>.

El P. Chaminade rivalizó en generosidad con sus cohermanos en el sacerdocio y con toda la población para prestar a estos infortunados los servicios que necesitaban. Para él era un primer medio de reconocer la deuda contraída con España, que fue tan hospitalaria durante los años de exilio. Amontonados en los edificios públicos, pronto los prisioneros sufrieron el tifus. La dedicación del P. Chaminade y de su Congregación, así como la del buen arzobispo y su clero, se mantuvo constantemente. El vicario general, Paire de Terre-Noire, dejó la vida en ello. El P. Chaminade cayó gravemente enfermo, pero se levantó antes de terminar el invierno.

Este año 1809, que empezaba tan tristemente, iba a traerle otras pruebas. La menor de ellas fue el accidente ocurrido el Jueves Santo en la Madeleine. Así lo cuenta él en la posdata de una carta fechada el mismo día<sup>119</sup>: «No había metido todavía esta carta en el sobre, cuando ha ocurrido un gran accidente en nuestra pequeña iglesia de la Madeleine. Hacia las ocho de la tarde, media hora después de los oficios, se ha producido fuego en el monumento. El incendio ha consumido una gran parte de objetos preciosos. El que da puede quitar, el que quita puede dar de nuevo. ¡Sea siempre bendito su santo Nombre!»

Unos días más tarde supo la destitución de su amigo Noël Lacroix, superior del seminario, así como del vicario, Thierry, y del secretario del arzobispado Delort: el emperador no los había juzgado *buenos teólogos*, es decir lo suficientemente flexibles en la cuestión del divorcio. Soplaban vientos de persecución. Efectivamente, el 10 de junio de 1809, el emperador procla-

<sup>116</sup> «Las reuniones de la Madeleine eran muy numerosas. Los párrocos de las distintas parroquias de Burdeos se habían quejado de ello más de una vez porque impedían las reuniones de las parroquias en sus iglesias». Boletín de policía del 24 de noviembre de 1809, Archivos nacionales, A.F. 1507.

<sup>117</sup> Son los términos de una petición de ocho párrocos, en 1803, para que monseñor d'Aviau prohibiese al P. Chaminade dar la bendición del Santísimo Sacramento y predicar a puertas abiertas en la iglesia Saint-Projet, donde debía establecerse. (Archivos del arzobispado)

<sup>118</sup> En Burdeos la opinión era favorable a los españoles: en la feria de 1809 se vendían tabaqueras con la efigie de Carlos IV, y la policía veía en ello un indicio de oposición (Boletín de policía del 20 de noviembre de 1809).

<sup>119</sup> 28 de marzo de 1809 a Adela de Trenquelléon. *Carta 34, Lettres, t. I, p. 53.*

maba la anexión pura y simple de Roma al imperio francés. Al día siguiente hacía quitar al Papa de su capital y lo arrastraba de etapa en etapa hasta Grenoble, para llevarlo después a Savone.

A la anexión de Roma, el Papa respondió con una bula de excomunión, y la policía tomó las precauciones más minuciosas para impedir su divulgación. Pero no pudo impedir que la bula llegase a Lyon y París en las botas del marqués Eugène de Montmorency<sup>120</sup>. Algunos congregantes de París, entre los que se encontraba Alexis de Noailles, ayudados por antiguos caballeros de San Luis, retirados en los Inválidos y descontentos del régimen imperial, tomaron la tarea de hacerla copiar y extenderla por toda Francia.

La Congregación de Burdeos no había tenido, al principio, ninguna relación con la de París; las dos obras, comenzadas el mismo día, se habían desarrollado a espaldas una de otra. Sin embargo, en 1804 se estableció una «comuni3n de oraciones»<sup>121</sup> entre las dos congregaciones. Un lazo de la misma naturaleza se anudó con la Congregaci3n de Lyon, pero no hubo otro tipo de relaciones, tanto más teniendo en cuenta que entre la asociaci3n de Burdeos y las de París y Lyon había una diferencia sensible en los principios directivos<sup>122</sup>. A veces se recomendaban mutuamente jóvenes que iban de una ciudad a otra. Un motivo de este tipo dio lugar a la correspondencia entre Hyacinthe Lafon de Burdeos y Alexis Noailles de París, correspondencia que, como se verá, no tardó en cambiar de carácter.

Jean-Baptiste-Hyacinthe Lafon había nacido en 1766 en Pessac-sur-Dordogne<sup>123</sup>. Estaba destinado al estado eclesiástico y era diácono cuando le sorprendió la Revoluci3n. Se consagró a la enseñaanza y, con el Directorio, estuvo mezclado en las maniobras de una asociaci3n política que, con el nombre de *Instituto filantrópico, se proponía restaurar a los Borbones*. Era su primer paso en la carrera aventurera a la que le predisponía su temperamento. Sin embargo, en el Consulado y al comienzo del Imperio, pareció haber asentado la cabeza. Aunque no avanzase en las órdenes sagradas y continuase llevando el hábito civil<sup>124</sup>, se entregó sin reservas a un proselitismo exclusivamente religioso. Su celo y su capacidad hizo que sus cohermanos de la Congregaci3n le votasen varias veces para el puesto de prefecto. Sus composiciones gustaban mucho en las sesiones del domingo por la tarde en la Madeleine<sup>125</sup>.

Durante el a3o escolar 1807-1808 era profesor en el colegio de Figeac, y agregó a la mayor parte de sus colegas<sup>126</sup> a la Congregaci3n de Burdeos. Fue también él quien puso en relaci3n con el P. Chaminade a una asociaci3n femenina de jóvenes dirigida por una se3orita de los alrededores de Agen, Adela de Trenquelléon, lo que tuvo después consecuencias importantes. Al volver a Burdeos, fue preceptor en casa de un hombre de negocios de la ciudad, Jean-Baptiste Mareilhac<sup>127</sup>, y se mostró igualmente interesado por la Congregaci3n, pero ya entonces reanudó sus intrigas políticas. Su correspondencia con Alexis de Noailles que, a los ojos de sus

<sup>120</sup> Geoffroy de Grandmaison, *La Congrégation*, p. 105.

<sup>121</sup> Y no un lazo de afiliaci3n y dependencia de la Congregaci3n de Burdeos respecto de la de París, como parecen indicar dos pasajes de la obra de Grandmaison sobre *la Congrégation*, p. 229 y sobre todo p. 383.

<sup>122</sup> La divergencia más sensible estaba en la actitud que había que tener ante el gobierno. De la Congregaci3n de París tendremos pruebas en un fragmento del interrogatorio de Lafon, que citaremos más adelante. En lo que respecta a Lyon, leemos en una carta del prefecto de la Congregaci3n de esta ciudad al P. Chaminade: «Su asociaci3n actúa públicamente, la nuestra se ve forzada a obrar en secreto, con prudencia y discreci3n».

<sup>123</sup> Se encontrarán reseñas sobre Lafon en los principales diccionarios de Biografías. La menos inexacta es la del diccionario de Feller, edici3n de 1839. La de la *Biographie universelle et portative des contemporains* (1834) tiene más detalles. Completamos y rectificamos estos datos acudiendo a nuestros propios documentos, documentos tomados de los Archivos nacionales y de papeles que la familia ha tenido la amabilidad de poner a nuestra disposici3n.

<sup>124</sup> El caso no era único. En Burdeos mismo encontramos un ejemplo curioso en la persona de Barrès, el vicario general de monseñor d'Aviau, que replazará al P. Boyer en 1819. Era diácono en el momento de la Revoluci3n y siguió en empleos civiles hasta 1814. Su último puesto antes de su promoci3n al sacerdocio fue el de secretario general de la prefectura del Puy.

<sup>125</sup> Una nota que le escribió el P. Chaminade muestra su reputaci3n: «Se dice, mi querido prefecto, que usted tiene una *Pasi3n*. ¿Tendría usted el valor de predicarla el viernes santo en nuestro oratorio? Creo que se le escucharía con gusto e interés». Lafon se excusó en que necesitaría autorizaci3n del arzobispado. (Interrogatorio Lafon)

<sup>126</sup> Nau, Lacombe, Marcel y Brougnon-Perrière. Estos nuevos adeptos no eran menos fervientes. Volveremos a encontrar a Brougnon-Perrière entre los primeros miembros de la Compañía de María.

<sup>127</sup> J.-B. Mareilhac había sido alcalde de Burdeos en 1796. En 1809, era consejero general de la Gironda.

cohermanos de la Congregación, sólo tenía un fin religioso, trataba de los medios adecuados para derribar al «tirano». Sus cartas tenían dos partes, una ostensible para la Congregación, y la otra secreta, y Alexis de Noailles hacía lo mismo. Le escribía Lafon el 8 de enero de 1809: «He leído (a mis cohermanos) la parte de la carta que debía ser leída»<sup>128</sup>.

En julio de 1809, Lafon hizo un viaje a Bretaña durante el cual desplegó mucho celo para el establecimiento de congregaciones semejantes a la de Burdeos. A la vuelta, pasó por París. Se acababa de recibir la bula de excomunión. Alexis de Noailles no tuvo que hacer mucho para decidir a su amigo a propagarla en Burdeos; le entregó un ejemplar, así como una copia manuscrita de una obra que entonces se imprimía clandestinamente y se titulaba: «Correspondencia auténtica de la Corte de Roma con Francia, desde la invasión del Estado romano hasta el secuestro del Soberano Pontífice».

En cuanto llegó a Burdeos, Lafon transmitía a Noailles, en lenguaje cifrado, sus primeros éxitos<sup>129</sup>: «He comunicado a un gran número de literatos la última obra de M. de Laharpe, que no se conocía más que vagamente y que ha producido gran entusiasmo. He reunido a los favoritos de la Musas y se lo he dado a conocer; sacan extractos y lo dan a conocer a sus amigos. Hay que convenir en que Laharpe ha cuidado bien esta parte. ¡Qué fuerza! ¡qué vehemencia en todas las partes! En el momento en que le escribo, más de treinta personas están reunidas alrededor de una mesa para tomar notas».

Las alusiones son transparentes, incluso un poco pueriles. Según una carta del 29 de agosto, los *literatos* de la carta anterior, y que en ésta se convierten en *hombres de negocios*, aparecen en su mayor parte como sacerdotes de Burdeos. Está muy contento de sus disposiciones personales, pero les reprocha «que son débiles y flojos y que no se atreven a emprender nada por miedo a que la guerra les cause pérdidas», es decir, explica el propio Lafon en su interrogatorio, «hizo ver a algunos la necesidad de hacer imprimir, con las explicaciones necesarias, la parte resolutive de la bula; algunos lo aprobaban en particular, pero no querían obrar»<sup>130</sup>.

En cuanto a los congregantes, parece que sólo un pequeño número fue puesto al corriente del asunto. Ya hemos oído antes a Lafon decirnos que no les leía más que «la parte de la carta que debía ser leída». En su carta de 29 de agosto, escribía a Noailles con mucha reserva: «No confiéis ninguna de mis operaciones a nuestros amigos de Burdeos. No quisiera incluso, en caso de enfermedad, señalaros quienquiera que sea. Es raro encontrar hombres suficientemente versados en esta parte, suficientemente honestos, suficientemente reservados, y sobre todo suficientemente valerosos para correr los riesgos del azar en estos tiempos en que los ingleses bloquean nuestros puertos... Me veré obligado a recomendaros a algunos de nuestros amigos de Burdeos. Pero no les diga nada de nuestros asuntos. Son sin duda muy honestos, pero la honestidad no basta». Así pues, la Congregación no estaba al corriente de los acontecimientos que iban a arrastrar para ella tan dolorosas consecuencias.

En los últimos días de agosto, la policía descubrió lo que pasaba y detuvo a los antiguos militares Bernier y Briançon en los Inválidos, así como a tres congregantes del P. Delpuits, entre ellos Alexis de Noailles. La correspondencia requisada reveló el nombre de Lafon, y enseguida un mandato de arresto fue lanzado contra él.

El 19 de septiembre, a las seis de la mañana, dos agentes de la policía sorprendieron al inculpado en su apartamento<sup>131</sup>, y echaron mano de sus papeles sin que pudiesen impedir que echase por la ventana, a un tejado vecino, un papel que más tarde se supo que era la bula del Papa. El comisario general de policía de Burdeos, Pierre, hizo su informe sobre el arresto y en él denunció «una congregación de fanáticos dirigida por un señor Chaminade, que es el confesor del susodicho Lafon. Son estos congregantes los primeros que, con el señor Chaminade al fren-

<sup>128</sup> Archivos nacionales, F7 6538, dossier 1726. Geoffroy de Grandmaison ha publicado algunos extractos de este mismo dossier en el *Univers* del 24 de octubre de 1899.

<sup>129</sup> Carta del 22 de agosto de 1809. Lafon hacía llegar sus cartas a Noailles por medio del director de correos Auguié, que había conocido en Figeac.

<sup>130</sup> Estaba especialmente descontento de monseñor d'Aviau o más bien de sus vicarios: «Se han hecho reproches a uno de nuestros negociadores como jefe (el arzobispo), que está sordo y habla con dificultad, por no haber comunicado la obra Laharpe (la bula). Son sus primeros colaboradores que han obrado con esta libertad» (Carta de fin de agosto a una corresponsal anónima de la calle Saint-Jacques de París).

<sup>131</sup> Façade des Chartrons, nº 22, en el domicilio del Sr. Mareilhac.

te, han ido a visitar al señor Lafon a la prisión donde está detenido. Parece que hay una afiliación entre esta congregación y otra de esta especie en París»<sup>132</sup>.

La verdad era que el P. Chaminade había sido llamado por Lafon en ausencia de su confesor ordinario, que él se había dirigido a la prisión sin desconfianza, acompañado de algunos congregantes, y que no se escondía de esta gestión ni de todo lo que hacía en su Congregación. Sabía muy bien que si Lafon se había comprometido era el hecho de un individuo y no del cuerpo, que nunca se había mezclado, ni de cerca ni de lejos, en asuntos políticos.

Trasladado a París, Lafon sufrió un largo interrogatorio el 5 de octubre. La policía se informó minuciosamente de todo lo que concernía a la Congregación, del número de miembros y del objeto de las reuniones. No pudo descubrir nada de ese vasto complot, cuya trama creía haber descubierto. «Juro en mi alma y en mi conciencia, declaró Lafon, que en ninguna asamblea, tanto pública como particular, he tenido conocimiento de que se haya hablado contra el gobierno», Y como el juez de instrucción le tendiese una trampa insinuándole que él había recibido confesiones, replicó Lafon: «Persisto en mi respuesta anterior, y añado que el fin de estas asambleas ha sido siempre, que yo sepa, diametralmente opuesto a las inculpaciones citadas». Se argüía el secreto en que se envolvía Congregación de París para lanzar la misma sospecha sobre la de Burdeos. A lo que Lafon respondió: «Él (Noailles) quería que la Congregación de París no fuese conocida, para hacer un mayor bien. Nosotros, al contrario, en Burdeos, no hemos tenido nunca esos temores, porque nuestra Congregación ha estado siempre expuesta a las miradas de la policía».

Además, la policía sabía a qué atenerse: «He mantenido durante mucho tiempo en la Madeleine, confesaba el comisario general Pierre, un agente particular que se hizo congregante, y me ha hecho a menudo informes interesantes sobre lo que ocurría allí». Estos informes no debían ser comprometedores, puesto que - es el consejero de Estado encargado del asunto el que hace la observación - nunca han sido mencionados por el comisario Pierre.

El interrogatorio de Lafon dejaba de lado a la Congregación. Sus cartas y las de Noailles probaban hasta la evidencia que Lafon no hablaba con sus cohermanos de los asuntos políticos que se trataban en ellas<sup>133</sup>. Lafon fue encerrado en la Force, así como los otros inculcados de París, y por el momento, la Congregación de París no fue molestada.

Pero Napoleón, que era tenido diariamente al corriente de los descubrimientos de la policía, había decidido la ruina de las asociaciones religiosas. El 15 de septiembre había escrito a Bigot de Préameneu: «¡Quiero acabar con esto! Le hago responsable a usted si el 1º de octubre hay todavía en Francia misioneros y congregaciones»<sup>134</sup>.

Ya el P. Delpuits había prevenido la furia del Emperador y había suspendido, desde el 10 de septiembre, las reuniones de su Congregación. Por el contrario, el P. Chaminade esperaba los acontecimientos e incluso alimentaba la esperanza de escapar de los rigores imperiales por la lealtad de su actitud. Se equivocaba: el prefecto de la Gironda recibió una circular de Fouché, ministro de la policía, con fecha 4 de noviembre escrita en estos términos: «Señor, llamo su atención sobre unas asociaciones místicas que se establecen en diversas formas. He hecho detener en París a los principales miembros de estas asociaciones, llamadas *Congregaciones del culto de la Virgen María*. Se reunían en iglesias y, después de algunas prácticas de devoción, hablaban sobre cuestiones totalmente ajenas a la religión. El examen de sus papeles me ha hecho saber que buscaban extender sus afiliaciones a otras ciudades y que, para ello, tenían correspondencia con jóvenes sin experiencia, juguetes de pérfidos intrigantes. Estas asociaciones son contrarias al buen orden, así como a los verdaderos intereses y al espíritu de la religión. Le encargo velar para que ninguna reunión de esta naturaleza tenga lugar en las iglesias, que deben estar consagradas sólo a la oración y donde sólo los sacerdotes pueden ejercer funciones. Usted

<sup>132</sup> Informe de policía del 22 de septiembre.

<sup>133</sup> Cuando Noailles, en sus cartas, hablaba mal del que, en su lenguaje convencional, llamaba *el corredor de banca Juliano* (Juliano el apóstata), o de los éxitos militares del Imperio, Lafon no leía esos pasajes a sus cohermanos de la Congregación. Dice: «Son frases concernientes a la persona de Su Majestad el Emperador y Rey que yo he creído no deber comunicar, porque son contrarias al respeto que la religión ordena tener para con el jefe del Estado» (Interrogatorio del 5 de octubre).

<sup>134</sup> Como consecuencia de esta orden terminante los Misioneros de Francia del P. Rauzan fueron suprimidos y fueron retiradas las ayudas a las Misiones extranjeras. Los Padres de la Fe fueron disueltos en 1807.

disolverá sin demora las que pudieran existir en su departamento; requisará sus papeles y me hará saber particularmente quiénes son sus miembros. Le prevengo, señor, que daré cuenta a su Majestad lo más detallada posible de la manera en que esta orden será ejecutada».

Siguiendo las órdenes de esta circular, la sede de la asociación sufrió una visita domiciliaria, y requisaron todos los papeles sospechosos en casa del P. Chaminade y de un buen anciano, el Sr. Davasse, que le servía de secretario (17 de noviembre). El P. Chaminade explicó al comisario la organización y la razón de ser de la Congregación. El comisario comprendió o fingió comprender que no había nada que amenazase la seguridad del Imperio e invitó al director de la Congregación a redactar una pequeña memoria que pudiese poner en manos del ministro. El P. Chaminade se apresuró a satisfacerle y acompañó su memoria con la carta siguiente: «Señor comisario general, me di cuenta de que su corazón quedó conmovido con la exposición rápida que tuve el honor de hacerle sobre las consecuencias enojosas que traería la supresión de la Congregación. Usted sabe que me he sometido sin murmurar y habría permanecido en silencio si, testigo del bien que han operado las reuniones de la juventud, usted mismo no me hubiese invitado a hacer una pequeña memoria para ponerla en manos de su Excelencia el ministro de la policía general. Su invitación calmó la amargura de mi alma y me hizo esperar. En las reflexiones que me tomo la libertad de enviarle, no hablaré más que de la Congregación de los jóvenes, porque usted ha tenido la bondad de decirme ya que piensa que el gobierno dejaría subsistir las Congregaciones de las personas del otro sexo, y todo lo que se puede decir de la primera se aplica con mayor razón a la segunda».<sup>a</sup>

En la memoria se ponían de relieve dos ideas: por una parte, la utilidad incontestable de la Congregación para el mantenimiento y progreso de las costumbres públicas; por otra, el carácter público dado a la Congregación desde su origen. Después venía esta declaración: «El eclesiástico que tenía el título de director no ejercía sobre estos jóvenes más autoridad que la que nace de la confianza. Su conocido carácter, sus principios moderados, su conducta en todas las circunstancias de su vida, tanto durante la Revolución como después, eran una garantía para la autoridad. Si se mira a la Congregación en sí misma o en sus prácticas de piedad o en sus asambleas, no se encontrará nada que pueda hacer temer ni la exaltación en las ideas religiosas ni la relajación en el respeto y sumisión debidos a las leyes o a sus depositarios».

Por el examen detenido de los papeles requisados, el comisario Pierre pudo constatar una vez más que «este hogar de fanatismo»<sup>135</sup>, término con el que había designado a la Congregación, no era peligroso. Efectivamente, no encontró más que reglamentos, discursos morales, listas y otros documentos inofensivos. Sólo se hicieron algunas interpelaciones sobre el proyecto de reunión de los doce, redactado en 1806, en el que se fingió ver un intento de sociedad secreta. El P. Chaminade dio las explicaciones necesarias.

Monseñor d'Aviau se declaró en favor de la Congregación, pero encontró la oposición de las órdenes precisas del Emperador. El P. Rauzan, que estaba entonces en París y que conocía personalmente a Bigot de Préameneu, aconsejó al P. Chaminade, su amigo, que no se desalentara y animara a monseñor d'Aviau a hacer nuevas gestiones. Aunque le quedaban pocas esperanzas, el P. Chaminade redactó una segunda memoria que el arzobispo hizo llegar a París. Pedía que se exceptuasen de las medidas de rigor a la Congregación de los jóvenes y a la asociación de postulantes, ajenas una y otra a las quejas que se podían tener contra las asociaciones de los jóvenes.

En espera de la respuesta definitiva del ministro, el comisario general se mostró condescendiente y toleró provisionalmente las reuniones cuyo mantenimiento estaba tramitando el P. Chaminade. Pero pronto, el 24 de noviembre, recibió instrucciones del gobierno que no le dejaron libre para hacer esta concesión. El ministro declaraba seriamente<sup>136</sup> que «los niños no debían ser apartados de sus parroquias y recibirían en cada una, de sus párrocos y encargados, las instrucciones de que son capaces»<sup>137</sup>.

<sup>a</sup> Cfr. Carta 38, de 21 de noviembre de 1809, *Lettres t. I, p. 58-59. Sobre este asunto ver también J.V., t. III, p. 142 ss.*

<sup>135</sup> Informe del 18 de diciembre citado en el *Boletín de policía* del 24 de noviembre de 1809.

<sup>136</sup> *Bulletin de police du 24 novembre 1809*. Archivos nacionales, A. F. IV, 1507.

<sup>137</sup> Entre las otras Congregaciones suprimidas al mismo tiempo que la de París y Burdeos están las de Lyon y Montauban. La de los *Restauradores de la fe* de Lyon fue objeto de largos informes de policía, el 22 y 23 de noviembre de 1809. La principal queja contra ella era la de *mantenerse aparte*, según indicaba la propia

El P. Chaminade inclinó la cabeza bajo el golpe de la prueba. Para huir de la obsesiva visión de la Madeleine ahora desierta, se retiró casi completamente a Saint-Laurent, al noviciado de los Hermanos. Parece que viajó a París para abogar por la causa de su Congregación<sup>b</sup>. Pero comprendió que no había nada que esperar de un gobierno que convocaba un concilio nacional para hacer prevalecer su autoridad contra la del Papa. A este respecto escribió a monseñor d'Aviau<sup>138</sup>: «Monseñor, he sabido que el concilio estaba definitivamente fijado para el 8 o 9 de junio. Hasta entonces no dejaré de pedir a Dios que le llene del espíritu de fortaleza y de inteligencia que le será tan necesario en una circunstancia que será con toda seguridad la más importante y delicada de su vida». El P. Chaminade no se vio decepcionado en su expectativa. Napoleón se estrelló contra la inquebrantable oposición de monseñor d'Aviau, y, si no hizo de tener al prelado, fue únicamente porque «era considerado un santo»<sup>139</sup>.

Esperando el fin de la prueba, el P. Chaminade no abandonó su obra. Al haberse prohibido las reuniones, procuró mantener la Congregación en su fervor por medio de los dignatarios. En una carta del 27 de agosto de 1810<sup>140</sup>, habla en estos términos de la asociación de los jóvenes: «Era en general muy edificante; la Providencia ha permitido su supresión, yo no he murmurado, aunque haya sentido pesar por el bien que se hacía en ella. La virtud de sus miembros es ahora menos equívoca; debe de haber pocas que hayan olvidado su consagración al culto de la santísima Virgen. La señorita Lacombe sigue haciendo lo que hacía antes: lleva a la virtud y a la religión a todas las congregantes que se acercan a ella; algunas la ven a menudo, se diría que es su madre por la confianza e intimidad que reinan entre ellas».

En cuanto a la Congregación de los jóvenes, en el fondo estaba tan poco disuelta que sus libros de registros mencionan diferentes recepciones durante los años 1810, 1811 y 1812. Se podía decir con el P. Chaminade: «Todo marcha, aunque penosamente». Efectivamente, había que esconderse, cuidar todos sus pasos, por miedo a despertar las sospechas de una policía recelosa.

El P. Chaminade sostenía también a los congregantes alejados de Burdeos. Pero en esta correspondencia más que en ninguna otra era obligada una extrema prudencia. Aprovechó la circunstancia de la pérdida de una carta para dar a una de sus comunicantes, Adela de Trenquelléon, sabios consejos<sup>141</sup>: «Ya ve por este pequeño accidente con qué discreción hay que escribir. Haga todo el bien que pueda de viva voz, o por medio de otra persona, pero que sea verbal. Si tiene algo especial para decirme, espere a que nos encontremos. Yo escribo poco, prácticamente nada que no se pueda mostrar el gran día en caso de accidente».

A pesar de todas estas precauciones, una nueva tormenta estalló hacia finales de 1812. En octubre, después del fracaso de la campaña de Rusia, el imprudente Lafon, que seguía prisionero<sup>142</sup>, había colaborado en el golpe de estado intentado por el general Malet. Pudo escapar,

---

policía. En cuanto a la de Montauban, el *Boletín de policía del 27 de noviembre de 1809* dice que «estaba compuesta de artesanos y comerciantes, tenía como fin principal el alivio de los enfermos y había contribuido a destruir la miseria en la ciudad». Llevaba el nombre de Congregación del culto de la Virgen María y había sido fundada por el P. Imberties, que llegó a ser obispo de Autun.

<sup>b</sup> J.V., t. III, p. 155 opina que no hizo este viaje.

<sup>138</sup> 2 de mayo de 1811. *Carta 43, Lettres, t. I, p. 72*.

<sup>139</sup> C. Jullian, *Hist. de Bordeaux*, p. 700.

<sup>140</sup> A Adela de Trenquelléon. *El P. Simler reúne aquí dos extractos de dos cartas diferentes a Mlle de Trenquelléon: la carta 40, de 27 de agosto de 1810 (Lettres, t. I, p. 69), y la carta 44, de 24 de octubre de 1811 (Lettres, t. I, p. 74)*.

<sup>141</sup> A Adela de Trenquelléon, 19 de abril de 1812. *La fecha de la carta está equivocada, es la carta 44, de 24 de octubre de 1811, Lettres, t. I, p. 73-74)*.

<sup>142</sup> Alexis de Noailles había sido puesto en libertad el 8 de abril de 1810, gracias a la intervención de su hermano, Alfred, que servía al Emperador. Pero Lafon había sido mantenido en la Force. Solicitó en vano su libertad; en vano redactó el ministerio, el 8 de junio, una opinión favorable: el Emperador rehusó obstinadamente la gracia, incluso con ocasión de su matrimonio con la archiduquesa Marie-Louise. Todo lo que consiguió Lafon fue ser trasladado de la Force a la casa de salud del doctor Dubuisson, en el barrio Saint-Antoine. Aquí conoció al general Malet y preparó con él, Polignac, Bertier y Puyvert, el famoso complot del 23 de octubre de 1812. Por un instante se hizo dueño de la prefectura de policía, pero escapó a tiempo cuando supo el fracaso de Malet. Se quedó en París disfrazado de carbonero y consiguió despistar a la policía, aunque se puso precio a su cabeza. Se estableció en Louhans (Saône-et-Loire) y, con falso nombre, ejerció hasta la Restauración funciones en la enseñanza pública. Jugó un papel importante durante los Cien días en los departamentos del Este, al frente del partido realista, con Lemare del Jura y el marqués de Jouffroy d'Abbans.

pero su aventura atrajo por segunda vez la mirada desconfiada del gobierno sobre la Congregación de Burdeos, que no tenía nada que ver en el asunto. Esta vez la policía mostró un celo especial porque había sido sorprendida en falta en el complot. El P. Chaminade fue detenido, con el pretexto de que era el director de una Congregación a la que Lafon había pertenecido antes<sup>143</sup>. También fue detenido su amigo el abogado David Monier.

Fueron encarcelados los dos. Por segunda vez fueron requisados los papeles de la Congregación y pasados por la criba. Se buscó en vano un motivo cualquiera de acusación. Se vieron obligados a reconocer que no había ninguno, y los dos inculpados fueron puestos en libertad. Pero, a partir de este momento, la Congregación redobló su prudencia e hizo desaparecer todo signo aparente de vitalidad: no hubo recepción de congregantes hasta la Navidad del año 1813.

A estas tristezas se añadían las que acosaban a Burdeos. Desde hacía mucho tiempo la ciudad no había atravesado una crisis tan terrible; nunca el comercio había sido aniquilado hasta tal punto. Dos inviernos consecutivos en que la carestía fue extrema, los de 1812 y 1813, dieron a monseñor d'Aviau ocasión de renovar los prodigios de su caridad, y aunque no sepamos nada del P. Chaminade en esta época, es de suponer que él y sus congregantes no quedarían a la zaga.

El estado general de Francia no era como para levantar los ánimos: la frontera de los Pirineos era franqueada y la victoria de Orthez entregaba todo el sur a Wellington y a los ingleses. Las otras fronteras tampoco eran respetadas y en los primeros días del año 1814, el enemigo nos invadía por todas partes. El régimen opresor iba a zozobrar, pero amenazaba con arrastrar a Francia con su ruina.

## Capítulo 16: El restablecimiento de la Congregación (1814-1830)

Ocho días antes de la entrada de los aliados en París y un mes antes de la abdicación de Napoleón, Burdeos abrió sus puertas al duque de Angulema y aclamaba a los Borbones (12 de marzo de 1814). Era testimoniar su hostilidad respecto a un régimen que había vaciado su puerto y destruido su comercio. ¿No era también hacer un acto de patriotismo? La caída del Emperador era inevitable: Burdeos daba el apoyo de una manifestación espontánea al único gobierno posible en aquellas circunstancias, al mismo tiempo que recordaba a los aliados sus promesas y no les permitía disponer de Francia a su capricho.

Monseñor d'Aviau recibió al duque de Angulema a las puertas de la catedral y entonó el *Te Deum*, en medio de un entusiasmo indescriptible. Daba gracias a Dios por las muestras de paz dadas a su Iglesia después de esta segunda y terrible prueba; agradecía también la vuelta de la dinastía secular al trono de Francia. Aunque, siguiendo la doctrina del Apóstol, se había mantenido fiel a todo poder establecido, había guardado, en el fondo de su corazón, los sentimientos de una fidelidad hereditaria a la realeza a la que había servido su familia. En este día podía manifestar sus preferencias políticas, puesto que estaban de acuerdo con sus convicciones religiosas.

El P. Chaminade no tenía los mismos lazos en el pasado. Pero, al no haber conocido en los enemigos de la antigua dinastía más que perseguidores de la religión, saludó la vuelta de los Borbones como una esperanza de libertad y de triunfo para la Iglesia. Su agradecimiento al cielo se expresaba en términos emocionados en las siguientes líneas dirigidas a Adela de Trenquelléon: «La misericordia divina, querida hija, se ha manifestado a favor de Francia. Burdeos ha tenido sus primicias: ¿será porque en Burdeos el culto a la augusta María goza de gran venera-

---

La Restauración le recompensó con la cruz de la Legión de honor y con las funciones de subgobernador de los pajes. Retirado a Passac, su país natal, se hizo ordenar sacerdote en 1826 y murió el 15 de agosto de 1836. Era presidente de la *Sociedad de filosofía cristiana*. Escribió mucho sobre cuestiones de apologética, pero no hizo imprimir sus obras.

<sup>143</sup> Este arresto nos es atestiguado por el P. Lalanne, en el artículo *Société de Marie, Dict. des Ordres religieux*, IV, col. 745. Algunos pasajes de la correspondencia del P. Chaminade hacen alusión a ello. Sin embargo, tenemos razones para creer que este arresto tuvo lugar, no con ocasión del complot de Malet, como dice Lalanne, sino por las dificultades entre el gobierno y los panaderos de Burdeos durante las dos carestías que afligieron a Burdeos. Hay que recordar que la Asociación de panaderos tenía su sede en la Madeleine y que estaba dirigida por el P. Chaminade y el abogado Monier.

ción, porque es honrada e invocada habitualmente por un gran número de fieles de toda edad, de todo sexo y de todo estado? Me atrevería a creerlo si nosotros, hijos de María, fuéramos más fervientes en el servicio de Dios. Sin embargo, me alegro cuando pienso que ha sido un fiel congregante<sup>144</sup> quien ha hecho enarbolar sobre el campanario de Saint-Michel de esta ciudad la primera bandera blanca que yo creo que ha aparecido en Francia. Agarrémonos, querida hija, más que nunca al culto de nuestra divina Madre. ¡Sí, María es verdaderamente y constantemente nuestra Madre!».

Con el nuevo régimen, la Congregación ya no tenía que esconderse. El 30 de abril sus miembros firmaban en un *Libro de Oro*, que ha llegado hasta nosotros, una admirable «Convención de los jóvenes de Burdeos», en que se leía: «Dos cualidades pertenecen esencialmente a la religión católica: la verdad de la doctrina y la santidad de la moral. El cristiano tiene el deber de honrar la primera con la profesión abierta de su fe, y la otra con la pureza inviolable de sus costumbres; y, como hoy, para un joven que viva aisladamente en el mundo, existe una especie de imposibilidad de cumplir esos deberes tan importantes, están decididos a restablecer entre ellos la Congregación de los jóvenes con el título de la Inmaculada Concepción»<sup>a</sup>. Siguen las firmas, y a la cabeza la de «G. José Chaminade, director de dicha Congregación».

Una de las primeras recepciones fue la del obispo de Limoges, monseñor Philippe Du Bourg. Había conocido la Congregación en los días buenos del Imperio, cuando, en 1806, había venido para los ejercicios de un retiro eclesiástico, predicado por uno de sus vicarios. Al volver a pasar por Burdeos en 1814, quiso dar a María un testimonio público de su agradecimiento por la libertad devuelta a la Iglesia, y el 22 de mayo, en sesión solemne vino a arrodillarse ante el altar de María y pronunciar el acto de consagración, al mismo tiempo que su hermano José, antiguo caballero de Malta. El buen prelado dio, durante los Cien días, una nueva prueba de su devoción a María, haciendo voto de decir él mismo la misa en su catedral todos los días de fiesta de la Virgen y todos los sábados en que el oficio se dijese en su honor. Fue fiel a esta promesa hasta su muerte, ocurrida en 1822<sup>145</sup>.

Se reconstituyó cada una de las ramas de la Congregación. Los Padres de familia firmaron también una *Convención* para atestiguar su fidelidad a María y su dedicación a la juventud. Un fervor extraordinario animaba al cuerpo entero, y los retiros de otoño llevaron al P. Chaminade abundantes consuelos en compensación de las tristezas pasadas.

La Congregación de 1814 tenía el fervor de la de 1809, pero ya no tenía su apacible oscuridad. Su supresión había tenido demasiada repercusión como para que su despertar pasase desapercibido. Los mismos acontecimientos la ponían de relieve. Se constató el día en que tuvo lugar una celebración expiatoria en la catedral en memoria del rey mártir. Todos los órganos constitucionales se encontraban allí, así como la guardia nacional. El día de la celebración coincidió con el día de comunión general que se tenía costumbre de celebrar cada mes. Muchos de los congregantes pertenecían a la guardia nacional. En el momento de la comunión, salieron de las filas, reunieron sus armas en haces y se adelantaron con sencillez a la sagrada Mesa. Este espectáculo produjo una impresión profunda. A partir de ese día, la Congregación tuvo también su sitio oficial en las ceremonias religiosas; se le reservó el honor de llevar el palio en la procesión del Santísimo Sacramento.

Otras circunstancias contribuyeron a sacarla de la discreción en que se había desenvuelto hasta entonces. En el verano de 1814, dos personajes políticos, congregantes de París, Alexis de Noailles y Jules de Polignac, de paso por Burdeos, se presentaron en la Congregación. Los recuerdos del tiempo de la prueba contribuyeron a dispensarles una acogida solícita. Se les ofreció una medalla conmemorativa, con el título de prefecto honorario. En la primavera siguiente, el duque y la duquesa de Angulema vinieron a celebrar en la *ciudad del 12 de marzo* el aniver-

---

<sup>144</sup> Jean-Baptiste Estebenet, uno de los antiguos prefectos. Ninguno de los miembros del Comité que había preparado la proclamación del rey pertenecía a la Congregación. Pero Estebenet estaba inscrito en el grupo monárquico (O'Reilly, *Hist. complète de Bordeaux*, 2ª parte, t. II, nota 22). Durante la Restauración se hizo agregar a la Congregación de París (Grandmaison, *La Congrégation*, p. 142). Tenía en gran estima al P. Chaminade, pero no era dirigido por él. *La cita es de la carta 47, de abril de 1814, Lettres, t. I, p. 77.*

<sup>a</sup> *EP, v. I, p. 309-310.*

<sup>145</sup> [Jacques Berthelot], S.S.] *Eloge funèbre de Mogr Marie-Joseph-Philippe Du Bourg, évêque de Limoges*, 1822. Monseñor Du Bourg, originario de Toulouse, era obispo de Limoges desde el Concordato.



sario de esta fecha memorable. A la tarde de ese día, que era domingo, tres gentilhombres del séquito de los príncipes fueron admitidos a pronunciar su acto de consagración, en medio de la Congregación reunida: eran el vizconde de Montmorency, el marqués de Dampierre y el caballero de Mirambe.

Una noticia alarmante vino a turbar la fiesta. Napoleón había desembarcado en el golfo Jouan y avanzaba hacia París. El duque de Angulema corrió a organizar la defensa de la Provenza, mientras que la duquesa permanecía en Burdeos para mantener la fidelidad del Sudoeste. La conducta enérgica de la hija de Luis XVI, «el único hombre de su familia» según Napoleón, no pudo impedir la defección de las tropas. Quinientos voluntarios bordeleses mandados por el coronel de Pontac avanzaron hasta Saint-André-de-Cubzac, contra el mariscal Clauzel<sup>146</sup>. No fue más que un desfile, y Burdeos abrió sus puertas.

La Congregación, segura de sus buenas intenciones, siguió sus reuniones y tuvo todavía una recepción el 14 de mayo. Pero a partir de esta época, desaparece toda huella de vitalidad hasta septiembre. Es de suponer que la policía se acordó de los decretos de 1809 y le recordó que estaba disuelta. Según una tradición, el P. Chaminade habría abandonado Burdeos y se habría retirado a Périgueux, donde habría empleado su tiempo en restablecer en un convento de mujeres la regularidad comprometida por diversos abusos. Quizá se hicieron revivir contra él las prescripciones del Imperio que obligaban a los sacerdotes misioneros a volver a su lugar de origen<sup>b</sup>.

De todas formas, la borrasca sólo duró cien días, al cabo de los cuales la Congregación retomó el curso normal de actividad. El duque y la duquesa de Angulema volvieron a Burdeos en el mes de agosto de 1815. Tras su marcha, el P. Chaminade escribía a Adela de Trenquelléon<sup>147</sup>: «El señor vizconde de Montmorency, durante su estancia en Burdeos, ha sido uno de nuestros congregantes más cumplidores y edificantes. Le hemos dado el grado y el modesto título de prefecto honorario de la Congregación. Hemos hecho encuadernar dos ejemplares del nuevo Manual del Servidor de María para nuestros augustos príncipes. El señor de Montmorency se los ha presentado. La señora, al marchar, mandó enviarme unas cuantas flores de los ramos que había recibido. Nuestros jóvenes congregantes trabajan en este momento en poner cuatro ante el Santísimo Sacramento». La duquesa le había enviado, al mismo tiempo que estas flores, «un grabado enmarcado que puso sobre su chimenea».

Por esta misma época, el P. Chaminade fue invitado a bendecir solemnemente, en presencia del alcalde de Burdeos, una bandera bordada por las damas de la ciudad en recuerdo de los acontecimientos que habían tenido como escenario a Burdeos. En esta ocasión, en que habría sido tan fácil deslizarse por el terreno de la política, el orador supo circunscribirse al lenguaje que convenía a un ministro del altar. Decía al principio: «La Iglesia bendice con mucha más alegría estas banderas del agradecimiento, de la paz y de la felicidad que las banderas gloriosas, pero ensangrentadas, que llevan a la victoria: estas últimas están siempre regadas con nuestras lágrimas y van acompañadas de nuestras súplicas a Dios para que haga cesar por su bondad el azote de la discordia. ¡Qué grato es haber obtenido el signo de su clemencia y ver renacer la esperanza de esta prosperidad temporal que se concilia con todas las virtudes cristianas!» El discurso continúa con una llamada a esas virtudes que son las únicas que pueden atraer la bendición de lo alto». Terminaba diciendo: «Pueblos, que veis así la grandeza y la virtud en la tierra asociarse a la santa religión para cimentar vuestra felicidad, prosternaos ante la Majestad de este Dios que permite las tempestades y manda la calma. Prometed ante su trono esforzaros para no merecer su cólera»<sup>c</sup>.

<sup>146</sup> Muchos bordeleses, como el joven Xavier de Ravignan, y algunos congregantes de la Madeleine eran de la expedición y, entre ellos, el futuro Padre Lalanne, que compuso en esta ocasión su primera poesía. Cf. *Le collègue Stanislas, Notice historique*, Paris, 1881, p. 264.

<sup>b</sup> *Joseph Verrier dice que el P. Chaminade permaneció en Burdeos durante los Cien días, actuando con mucha prudencia y siempre vigilado por la policía imperial. En J.V., t. III, p. 231-365 hay un relato detalladísimo y con abundante documentación de los Cien días en Burdeos para enmarcar lo que hizo y sufrió el P. Chaminade, que precisamente fue arrestado y aprisionado en la fortaleza del Hâ al final de los Cien días, el 22 de junio de 1815. En EP, v. 1, p. 316-323, se reproduce todo el interrogatorio de la policía al P. Chaminade, que se conserva en AGMAR 219.6.21.*

<sup>147</sup> 7 de septiembre de 1815.

<sup>c</sup> *AGMAR 9.1.1. Reproducido en EP, v. 1, p. 314 ss.*

Es evidente que todas las simpatías del P. Chaminade están por el régimen restaurado, pero se ve igualmente cuáles son los motivos de sus preferencias: a sus ojos, la Restauración es la vuelta al respeto de las cosas santas y a la verdadera libertad, la del bien. Por eso, y sólo por eso, es monárquico. Lo dice claramente al final de una carta a Adela de Trenquelléon<sup>d</sup>: «Gritamos de todo corazón: ¡Viva el rey!, pero gritamos interiormente mucho más alto: ¡Viva la religión!». Otorga su confianza a los Borbones, como en 1802 la había otorgado al autor del Concordato y al protector de la Iglesia, y esta vez con menos reservas teniendo en cuenta que el nuevo gobierno profesa sentimientos aparentemente más religiosos.

Las misiones, severamente proscritas por el Imperio, volvieron a florecer por toda Francia, provocando la cólera de los antiguos jacobinos. El P. Rauzan, jefe de los Misioneros de Francia, se debía en primer lugar a su ciudad natal. Efectivamente, después de que Burdeos fue preparado por una serie de discursos de monseñor. Frayssinous, vino con sus cohermanos al final de la cuaresma de 1817. La misión fue inaugurada con gran solemnidad el 16 de marzo por monseñor d'Aviau, y duró hasta el segundo domingo después de Pascua, el 27 de abril. La afluencia de gente fue extraordinaria. Desde las cuatro de la tarde, los hombres se agolpaban en la catedral, para asegurarse un sitio para el ejercicio de las seis. El ardor se mantuvo hasta el último día, y el espectáculo de la procesión de clausura fue magnífico: guardias nacionales llevaban sobre sus espaldas la cruz gigantesca que fue erigida en el presbiterio de Saint-André, en recuerdo de esta memorable misión<sup>148</sup>.

Como es de suponer, los congregantes no permanecieron inactivos. Recogieron también para su asociación gran número de adhesiones. Desde 1815 el movimiento no se detenía: cuando la actitud favorable de las autoridades parecía adquirida en la Iglesia, la Congregación, como todas las instituciones religiosas, se beneficiaba de ello por la cooperación de muchas buenas voluntades que con otro gobierno se habrían mantenido apartadas. Los Padres de familia pasaron de la cifra de setenta a la de ciento veinte. Se subdividieron en dos secciones, divididas a su vez en varias fracciones, y revisaron sus estatutos con la pluma del infatigable David Monier, sin cambiar el fin primitivo. El mismo incremento se notó en las Damas del Retiro. Las jóvenes tuvieron diez fracciones de treinta miembros cada una.

En los jóvenes, el progreso fue todavía más sensible, hasta el punto que causó cierta inquietud al P. Chaminade. Sabía que la persecución provoca el fervor y que la paz engendra el relajamiento. Cuando la Iglesia está reducida a vivir en las catacumbas, cuenta con hijos menos numerosos, pero más fervientes y más valerosos, porque sólo su perseverancia supone una primera victoria conseguida sobre la opinión. Si el Estado restituye a la religión el puesto que le es debido, la masa, siempre borreguil, invade los templos, aportando, con sus ofrendas, gérmenes de flojera y a veces de hipocresía. El P. Chaminade sintió la necesidad de precaverse de este peligro y, cuando vio que la Restauración le llevaba oleadas de pretendientes, hizo más difícil el acceso a la Congregación.

A pesar de sus esfuerzos, no pudo impedir que el espíritu de fraternidad cristiana, tan característico del tiempo del Imperio, sufriese un retroceso. El número fue la causa de ello, así como el culto del privilegio que obtenía un nuevo período de favor. Le fueron dirigidas quejas respecto a la confusión de categorías en el seno de la Congregación. Se alegaba «la imposibilidad absoluta y demostrada de una unión perfecta entre jóvenes de condiciones diametralmente opuestas, como un hombre de negocios y su tonelero, un burgués y su sastre o su zapatero, un joven bien educado y otro educado en la incivilidad y rudeza del bajo pueblo»<sup>149</sup>. Este lenguaje afligió al P. Chaminade. Pero, como venía de jóvenes cuyo buen espíritu no era dudoso, creyó que debía ser condescendiente y consintió en establecer una distinción más completa entre las dos divisiones de la Congregación: en adelante, no se encontraron más que en las celebraciones religiosas y en las asambleas de los domingos por la tarde.

Hasta entonces había prefectos honorarios de la segunda división que la representaban en el consejo de antiguos prefectos; se pidió al director que se les excluyese. Se negó a ello, diciendo a los antiguos prefectos que «al menos ellos debían sobresalir en estos sentimientos de delicadeza». Aprovechó incluso esta circunstancia para expresar la idea que tenía sobre las con-

<sup>d</sup> Carta 55, de 7 de septiembre de 1815, *Lettres*, t. I, p. 96.

<sup>148</sup> Existe un relato histórico de la misión de 1817, firmado por el P. Moutardier.

<sup>149</sup> Estos términos están sacados de una carta de los antiguos prefectos, en la que exponen al P. Chaminade las objeciones que oyen.

cesiones que le arrancaban. Hizo notar que los congregantes de la segunda división, es decir los artesanos, «tenían en general mejor modo de comportarse y menos ligereza que los otros», y añadió: «La segunda división debe ser preciosa para la Congregación: está reclutada entre una clase de jóvenes mucho más numerosa que la de aquellos que vienen de la primera. Si la segunda división no iguala en número a la primera es porque resulta más difícil, en la clase de que está sacada, encontrar personas que tengan las cualidades necesarias para entrar en la Congregación. Pero si los congregantes de esta segunda división son, por una parte, menos numerosos, ¡cuanto más fácil, por otra parte, les resulta extender su celo sobre una cantidad de jóvenes que no pueden, al menos actualmente, entrar en la Congregación!«. En este rasgo se reconoce el espíritu de apostolado y también el espíritu moderno del P. Chaminade. Según él, en nuestros días hay que llevar el evangelio sobre todo a las masas.

Se hicieron otras modificaciones. La necesidad de preservar a esta numerosa juventud de las seducciones crecientes del mundo decidió al P. Chaminade a tenerla cerca de él rodeando de atractivos de toda clase la estancia en la Madeleine: «La Congregación, dice uno de sus dignatarios, para hacer la virtud más amable, toma de la amistad todos sus encantos, de la música sus armonías más conmovedoras y de la religión las ceremonias más impresionantes». Efectivamente, las fiestas religiosas revistieron un esplendor incomparable. Las reuniones del domingo por la tarde fueron preparadas con un cuidado más atento, y pronto se trasladó su sede<sup>150</sup> de la capilla a una de las salas de la Congregación, para aumentar su atractivo.

A la puerta se leía un cuarteto, que sólo pretendía expresar en verdad los sentimientos de los que frecuentaban estas reuniones fraternales:

*Amables lugares, retiros agradables,  
¡Feliz quien transcurrió cerca de vosotros sus primeros años!  
¡Quién podría contar el bien que hacéis!  
¡Cuántos apacibles momentos os debo!*

La sala estaba profusamente decorada, adornada con cuadros debidos al pincel o al lápiz de los congregantes. Una estatua de la Virgen ocupaba el lugar de honor en medio del estrado, y junto a ella un busto del venerable arzobispo, monseñor d'Aviau. En su conjunto el programa de la sesión de tarde quedaba como había sido en el Imperio: música y cantos, relato de la vida del patrón de la semana, discurso o diálogo. Los temas eran muy variados, más variados de lo que podían serlo en la capilla; comportaban también un desarrollo menos severo que en el lugar santo. Escribe uno de los prefectos<sup>151</sup>: «Nuestros jóvenes no son académicos. Este tipo de discursos (más familiares) es el adecuado para estas asambleas. ¿Qué buscamos con nuestros jóvenes en nuestros discursos? Excitar su interés; complacer e instruir al mismo tiempo, ese es nuestro fin».

Obispos, predicadores de renombre, misioneros y otros personajes importantes de paso por Burdeos, se complacían en asistir a estas reuniones y aportar su talento o su simpatía. Las sesiones de esta época son muy variadas. Un día, es un congregante que, a punto de abandonar Burdeos, dirige a la Congregación y «a su querido Director» conmovedores adioses<sup>152</sup>. Otra vez es el célebre obispo de la Louisiane, monseñor Dubourg, que viene a hablar a la Congregación de la evangelización del nuevo mundo<sup>153</sup>. En otra ocasión, un misionero lleva a la Congregación «un rey de la nación de los iroqueses, descendiente del famoso Mamatuenta, que vino a presentar sus respetos a Luis XIV». Si creemos al narrador de ese tiempo, el rey edificó mucho a la asamblea por su piedad y por la sencillez de su fe<sup>154</sup>.

<sup>150</sup> En febrero de 1824.

<sup>151</sup> Marc Arnozan al P. Larrieu, en Auch, 3 de junio de 1826.

<sup>152</sup> Es el caso del Sr. Fédas, cuyo discurso, pronunciado el día de la Presentación del año 1818, produjo un gran efecto.

<sup>153</sup> Registro de la Congregación, 1 de noviembre de 1816. No hay que confundir a este prelado con el obispo de Limoges, del que hemos hablado antes. Monseñor Louis-Guillaume-Valentin Dubourg había nacido en Santo Domingo, pero había sido educado en Burdeos. Fue a América durante la Revolución y contribuyó mucho a la fundación de la obra de la Propagación de la Fe. Volvió a Europa por razones de salud en 1826, y aceptó, a instancias de monseñor Frayssinous, la sede de Montauban, de donde fue trasladado en 1833 a la de Besançon. Murió allí ese mismo año.

<sup>154</sup> Carta de Marc Arnozan al prefecto de la Congregación de Auch, 16 de febrero de 1826.

Eso no es todo: el P. Chaminade abrió todas las tardes las salas de la Madeleine a los jóvenes que quisieran pasar allí las últimas horas de la jornada y distraerse honestamente. Les procuró una biblioteca y juegos de toda clase; en una palabra, creó lo que nosotros llamamos hoy un *Círculo católico*, adelantándose en este punto, como en algunos otros, a las instituciones de nuestro tiempo. Cuando en un discurso pronunciado en 1878, monseñor Mermillod trazó un excelente programa para la organización de este tipo de obras, los discípulos del P. Chaminade que lo oyeron quedaron impresionados por la coincidencia de sus ideas con las del antiguo director de la Congregación de Burdeos.

Poco a poco se incorporaron al círculo otras creaciones: en 1825, se organizó una oficina de colocación para ayudar a los congregantes a encontrar patronos que fueran a la vez seguros y capaces de formarles<sup>155</sup>. Enseguida vinieron cursos de comercio, aritmética, contabilidad, geografía, es decir cursos prácticos en los que se iniciaba a los jóvenes en los conocimientos más útiles en una ciudad de negocios como Burdeos. Se hicieron además conferencias sobre diversos asuntos, un curso de lectura y dicción cuyo titular fue el P. Lalanne, y, en 1820, una sociedad filarmónica cuya cooperación sirvió para realzar las fiestas de la Congregación, así como las grandes manifestaciones religiosas de la ciudad.

En invierno, se representaban algunas obras de teatro. En verano, se hacían partidas de barras bajo los plátanos de Saint-Laurent u otros juegos en los bosques de pinos de alrededor. Se tenían también paseos comunes y no era ese uno de los menores encantos de la Congregación, aparte de las ventajas más serias que se sacaban de ellos: un prefecto podía decir en el consejo que «estos paseos habían hecho un gran bien a la Congregación, la habían conservado, por así decirlo»<sup>156</sup>. Dos de esos paseos eran más importantes que los demás: los que seguían a la toma de posesión de los dignatarios en los dos períodos de su renovación, en febrero y en agosto. Se iba alternativamente al campo del Seminario mayor y del Seminario menor, que los sulpicianos, por una parte, y los jesuitas, por otra, ponían a disposición del P. Chaminade. Siempre el paseo era amenizado con cantos religiosos y comportaba una cita a los pies de una estatua de la Virgen, llamada así a presidir tanto los recreos de la Congregación como sus ejercicios piadosos.

Adaptándose a las nuevas circunstancias, el P. Chaminade había modificado sensiblemente los aspectos exteriores de su Congregación<sup>157</sup>. Pero ninguna de las innovaciones que había introducido había alterado ni el espíritu ni el fin. Sobre este punto, no había cambiado nada. Dice un prefecto de esta época: «El fin que se propone la Congregación es propagar el espíritu de religión y de cristianismo en la sociedad». Si se divertía más, no era a expensas de la formación religiosa. Las reuniones de divisiones y fracciones destinadas a la enseñanza moral y el informe de las obras eran incluso más frecuentes. Al mismo tiempo que los cursos de comercio, se creó un curso de catecismo razonado, que fue confiado a los congregantes más instruidos en su religión. Dos veces por semana, el propio P. Chaminade daba conferencias de instrucción religiosa, en la que, en forma de diálogo o de una charla familiar, inculcaba lentamente, pero con precisión y método, las verdades de la fe, sazonando su exposición con interesantes relatos sacados de su larga experiencia. Multiplicaba los buenos libros en la biblioteca y velaba para que cada congregante tuviese en sus manos alguna obra capaz de fortalecer sus convicciones religiosas, al mismo tiempo que cautivaba su curiosidad y formaba su gusto literario.

A menudo explicaba los deberes del buen congregante que él resumía en estos cuatro puntos fundamentales: «1º Profesar francamente y abiertamente el cristianismo; 2º trabajar en adquirir una instrucción religiosa proporcionada a su estado y a sus talentos; 3º ser activo en el apoyo y propagación de la religión; tener una verdadera devoción a la santísima Virgen, honrar especialmente el misterio de su Concepción, llevar siempre consigo el hábito de su consagración a María<sup>158</sup>, y poner un verdadero interés en la propagación de su culto»<sup>e</sup>. Los resultados respon-

<sup>155</sup> Un simple artesano, de gran celo, J.-B. Bidon, fue encargado de los jóvenes de su condición, y ejerció un apostolado muy fecundo.

<sup>156</sup> Registro del Consejo, deliberación del 3 de abril de 1823.

<sup>157</sup> También había reorganizado los reglamentos y reeditado, en dos ocasiones, en 1815 y en 1821, el *Manuel du Serviteur de Marie*.

<sup>158</sup> Este *hábito* consistía para los jóvenes en una cinta blanca que llevaban al cuello; para las jóvenes consistía en un cinturón blanco, a la par que rojo, con estas palabras bordadas: *Sociedad de la purísima María y del glorioso San José*. Hemos visto, en 1898, en Agen, una piadosa persona, de noventa y siete años de edad, llevar todavía el cinturón que le recordaba su consagración en la Congregación del P. Chaminade, y

dieron a los esfuerzos del celoso director: los más pesimistas reconocían que la Congregación tenía «una reputación de piedad y de virtud que sus propios detractores no discutían»<sup>159</sup>.

¿Quiénes eran los detractores de que hablan aquí los antiguos prefectos? Se encontraban en algunas parroquias de la ciudad, donde se elevó la voz más alta que durante el Imperio para denunciar «las intrusiones de la Madeleine» y donde se intentó alzar congregación contra congregación: «De lo alto de la cátedra, cuenta una Memoria posterior<sup>160</sup>, se elevó contra nosotros, y hasta en nuestra capilla, delante de nosotros, se osó calumniar la obra ante la obra misma. No se reparó en medios y condujo a desmembramientos considerables».

El P. Chaminade se sintió golpeado en el corazón. Y sin embargo él no pretendía el monopolio del bien en Burdeos: aplaudía más que nadie los éxitos de sus cohermanos. Pero creía que no había llegado la hora de dividir la acción de las congregaciones. Pensaba que la sociedad era demasiado poco cristiana en su conjunto y que estaba demasiado impregnada de elementos hostiles a la religión. Era el momento en que, con color político, el partido liberal declaraba la guerra a la Iglesia. Las instituciones no son todo en un país; es preciso que el espíritu público las siga. Es verdad que el gobierno se decía católico, pero la burguesía era volteriana. No había que precipitarse en dividir a la juventud, con el riesgo de debilitarla y de exponerla, sin defensa suficiente, a la temible tentación del respeto humano. Una prueba de que la Congregación era un obstáculo serio al progreso del liberalismo era el odio que éste le había dedicado en todas partes: en Burdeos, el liberalismo «aparentaba dedicarle cierto desprecio»; en París, donde la Congregación tenía una influencia política, era por su parte objeto de ataques encarnizados.

El P. Chaminade daba a sus detractores todas esas buenas razones, y añadía las lecciones del pasado: recordaba que una guerra del mismo tipo había sido dirigida contra las asociaciones de los jesuitas en el antiguo régimen. Se había llegado a «felicitar por la supresión de estos temibles cooperadores», y se había constatado demasiado tarde que las parroquias no habían ganado nada con ello, sino que, al contrario, «fueron desertadas por los hombres y la Revolución las cerró enseguida». El P. Chaminade decía que la Congregación es más indispensable que en el pasado, precisamente por el bien de las parroquias. Efectivamente, por su local distinto, por los cuidados personales que dispensa, por el medio homogéneo que crea, la Congregación facilita al joven el acceso de las prácticas religiosas, le libra del respeto humano, le instruye en su religión, hace de él un cristiano convencido, incluso a menudo un apóstol. La parroquia recoge enseguida los frutos que ha hecho madurar la Congregación, y encuentra en los jóvenes que salen de ella sus apoyos más sólidos.

El argumento era incontestable. Pero se pretendía llegar a los mismos resultados por congregaciones parroquiales. El P. Chaminade replicaba que más vale erigir congregaciones de parroquia que no tener nada. Pero ¿cómo encontrar en la parroquia un local tan bien adaptado a las obras de este tipo como el de la Madeleine? Sobre todo ¿cómo encontrar en cada parroquia el sacerdote que se entregue a esta obra con la experiencia que supone y la perseverancia que exige? Ni el párroco, «que se debe a todos», ni los vicarios, que están expuestos a cambios frecuentes, pueden asumir esta carga, porque, dice el P. Chaminade<sup>161</sup>, si no hay una entrega completa, «me atrevo a asegurar que no se acertará nunca y que la congregación no se mantendrá o no hará más que languidecer».

Estas predicciones no encontraron eco y se prefirió hacer la enojosa experiencia. Lo que estaba previsto se realizó. Dice la Memoria que hemos citado antes: «Cada parroquia quiso tener sus obras particulares y sucedió en poco tiempo lo que había sucedido cuando la supresión de los jesuitas: las obras particulares no se sostuvieron, las celebraciones de las parroquias fueron mucho menos frecuentadas por los jóvenes y, sobre todo, por los hombres. En realidad se perdieron tantos parroquianos como miembros e la Congregación se habían quitado».

Aunque fuese mutilada por esta competencia, la Congregación conservó el prestigio que debía a su antigüedad y, más todavía, a su sabia y experimentada dirección. Leemos en un in-

---

tener en reserva otra que deseaba que se colocase sobre su féretro, y que efectivamente fue colocado cuando murió algunos meses más tarde.

<sup>e</sup> Cfr. EP, v. 1, p. 397-398.

<sup>159</sup> Carta de los antiguos prefectos al P. Chaminade en 1817.

<sup>160</sup> Memoria en favor de la Madeleine, redactada en 1840 y firmada por el P. Chaminade.

<sup>161</sup> Memoria en favor de las Congregaciones, redactada en 1824. *Se trata de la "Repones aux difficultés" ya varias veces citada, AGMAR 47.4.9, en la respuesta a la 6<sup>ème</sup> question, cfr. EP, v. 1, p. 665.*

forme de los antiguos prefectos: «La protección divina es bien visible y sensible para esta institución porque, a pesar de los inconvenientes y obstáculos, subsiste todavía cierto esplendor». Los disidentes volvieron en gran parte, y la crisis, acentuada todavía con la fundación de la Compañía de María que quitó a la Congregación algunos de sus mejores miembros, se fue atenuando poco a poco hasta el punto que, hacia 1820, la obra se había vuelto tan floreciente como siempre.

Una vez que la Congregación escapó de este primer peligro, se vio amenazada con perder su local, la iglesia de la Madeleine. Desde que se instaló, la fábrica<sup>f</sup> de la parroquia Sainte-Eulalie le ponía mala cara. Mientras tuvo el apoyo de monseñor d'Aviau, el P. Chaminade no se preocupó, cuidando de no hacer ni permitir nada que pudiese disgustar a la fábrica. Estaba tan acostumbrado a recibir de esta parte quejas y recriminaciones que había terminado por tomarlas en broma. Además estaba en buenas relaciones con los dos párrocos que se habían sucedido en la parroquia, el P. Bergey, su congregante, y el P. Dinéty, en otro tiempo auxiliar del P. Lacroix en Sainte-Colombe, y siempre amigo y protector de las obras de juventud.

En 1814, cuando la Congregación llevaba funcionando menos de un mes, se declaraba una nueva protesta y le era indicada por el arzobispado. El 4 de junio el P. Chaminade escribía a monseñor d'Aviau en estos términos: «Recibí de la parte de usted una deliberación de la fábrica de Sainte-Eulalie. Responderé los primeros días de la semana entrante. No me extraña que Satán empiece a agitarse: es una pequeña señal de que con valor y prudencia es posible hacer un gran bien para la religión, continuando la obra de la Congregación según el plan que había vuelto a emprender». El asunto no tuvo consecuencias.

No ocurrió lo mismo en 1819. La ocasión que provocó la tormenta era en sí misma insignificante. La campana de la Madeleine estaba cascada, y el P. Chaminade había encargado otra un poco más gruesa y había empezado a levantar sobre el aguilón de la iglesia un pequeño muro para recibirla. Vecinos precavidos pensaron que el ruido de la nueva campana podría turbar sus ocupaciones, y pusieron una protesta en la alcaldía<sup>162</sup>.

Queriendo poner fin a líos de este tipo, el P. Chaminade pidió al gobierno del rey el reconocimiento oficial de su oratorio de ayuda. Esta gestión estuvo a punto de echarlo todo a perder. En lugar de confirmar simplemente el acto prefectoral en virtud del cual había sido abierta la Madeleine, el ministro Decazes se erigió en juez de la utilidad de este oratorio. Abrió una investigación y, antes que cualquier otra información, solicitó la opinión del párroco y de la fábrica de Sainte-Eulalie. ¡Qué excelente ocasión para la fábrica de poner en acción su mal humor! Reconocía el bien que se hacía en la Madeleine y no pretendía poner obstáculos a ello con una opinión desfavorable. Pero quería poner condiciones. Exigió un fuerte canon anual que debía permitirle equilibrar un presupuesto bastante apurado, según parece.

Para el P. Chaminade era imposible asumir esta nueva carga, cuando a duras penas llegaba a cubrir los gastos de alquiler y mantenimiento de la iglesia y de sus anexos. Por otra parte, podía temer que el ministro, sospechando con razón que lo que llevaba a la religión era un interés muy mediocre, tomase pretexto de este conflicto para retirar al oratorio la situación privilegiada de la que gozaba, o para disminuirla imponiéndole obligaciones insostenibles. Para evitar el golpe ya no podía contar con el párroco de Sainte-Eulalie: el P. Dinéty acababa de morir, y su sucesor, el P. Jaure, tomaba partido por su fábrica. Sin embargo, el P. Chaminade no perdió la calma. Puso su confianza en Dios y recurrió a su consejo habitual, monseñor d'Aviau. Al exponerle el caso, terminaba con estas resignadas palabras<sup>163</sup>: «¡Que el nombre del Señor, para gloria del cual se hace y se emprende todo, sea bendito por siempre!»

En un momento creyó que había encontrado la solución, gracias a los pequeños deshollinadores que acababa de fundar y cuya sede podría ser declarada la Madeleine. Monseñor d'Aviau prefirió intervenir personalmente ante la fábrica. Manifestó claramente su voluntad y la fábrica cedió. El consejo municipal, consultado también por el ministro, dio sin dificultad un parecer favorable. Así, después de varios meses de cruel incertidumbre, se arregló todo. La orde-

<sup>f</sup> La palabra española "fábrica" está empleada aquí en la acepción 5ª del diccionario de la Lengua: "renta o derecho que se cobra, y fondo que suele haber en las iglesias para repararlas y costear los gastos del culto divino". Esta observación vale siempre que se habla de la fábrica de Sainte-Eulalie.

<sup>162</sup> Uno de los adversarios más decididos de la campana, fiel hasta el final en sus repugnancias, murió durante la semana santa, justo para ser enterrado sin repique de campana el Viernes Santo.

<sup>163</sup> 5 de febrero de 1819. *Carta 114, Lettres. t. I, p. 201.*

nanza real que reconoció oficialmente a la Madeleine el título y los privilegios de oratorio de ayuda salió el 29 de septiembre de 1819 y fue inscrita en el boletín de leyes. Un nuevo reglamento del arzobispado la mantuvo en posesión de todos los derechos que le habían sido concedidos anteriormente (17 de noviembre de 1819). El P. Chaminade, no teniendo ya nada que temer para la tranquila posesión de su iglesia, la compró por contrato del 23 de agosto de 1820.

En esta misma época la Congregación acababa de ver confirmada en Roma su existencia canónica, y de ser afiliada a la Congregación *Prima Primaria* que goza el privilegio de agregarse todas las demás asociaciones de este nombre. En la incautación de sus papeles en 1809 y 1812, el P. Chaminade había perdido el texto de la bula otorgada por Pío VI a la Congregación de artesanos el 13 de mayo de 1783, sobre la que reposaban, en virtud de un breve del cardenal Caprara<sup>164</sup>, los privilegios de la Congregación de la Madeleine. Solicitó una copia auténtica de la bula o, en el caso de que no se encontrase, un breve nuevo y más explícito que el del cardenal Caprara. Se le respondió de Roma que, al haber sido restablecida la Compañía de Jesús y con ella la Congregación *Prima Primaria*, bastaba afiliarse a esta última. El acta de afiliación está fechada el 4 de julio de 1819<sup>165</sup>.

En lo sucesivo y hasta el fin de la Restauración, la Congregación prosperó sin encontrar trabas serias. Pero a partir de 1825, el P. Chaminade, cada vez más absorbido por la atención a las órdenes religiosas que había fundado, se vio obligado a descargar poco a poco esta obra tan querida a su corazón sobre los sacerdotes de su entorno. Pero nunca se desinteresó y, cuando estaba en Burdeos, no dejaba de presidir personalmente las reuniones generales así como el consejo de los dignatarios.

Uno de los más gratos consuelos que le procuró la Congregación en los últimos años de la Restauración fue la fiesta del 2 de febrero de 1826, 25º aniversario del día en que los doce primeros congregantes habían pronunciado, en el humilde oratorio de la calle Saint-Siméon<sup>g</sup> su acto de consagración a la Virgen Inmaculada. Este aniversario, que coincidía con el jubileo que el Papa León XII concedía a toda la cristiandad, fue para él la ocasión de una alegría y un agradecimiento inefables. Sus hijos habían cotizado para ofrecer a la iglesia de la Madeleine un rico altar de mármol, monumento duradero que recordaría a las generaciones futuras esta fiesta.

Una comunión general inauguró la jornada. Antes de la misa mayor, el P. Chaminade recordó, con voz emocionada, los orígenes modestos de la asociación y las bendiciones con que la Virgen Inmaculada la había colmado. Presentó a sus hijos, para que la rubricaran con sus firmas, un acta redactada así: «En agradecimiento por los beneficios de la Inmaculada Virgen María a esta Congregación durante los veinticinco años transcurridos, con el deseo de ponernos más especialmente bajo su protección todopoderosa y de vincularnos más estrechamente a su servicio, hemos firmado el presente escrito, que será depositado en un corazón de plata que representa al Corazón de María y será colocado en las manos de su estatua en el oratorio de la Congregación». La atención fue extrema. El decano de los antiguos prefectos, Jean-Baptiste Estebenet, se había reservado el honor de ofrecer el corazón de plata, de gran tamaño, destinado a encerrar el acta de agradecimiento. Se adelantó en el momento del ofertorio, leyó, en nombre de todos, la fórmula que habían firmado y ofreció el corazón a la santísima Virgen. El P. Chaminade la depositó con emoción en los brazos de la estatua que remataba el altar.

En este momento recordaba todo lo que María había realizado en la Congregación, por su mediación. Tomando con la Iglesia el texto de la Sabiduría, reconocía que *verdaderamente todos los bienes le habían venido* a continuación de su piedad filial hacia María. Bendecía a Dios por los frutos de salvación que la maravillosa fecundidad de su Congregación había producido sin descanso desde hacía veinticinco años, de los que los últimos, los tiempos de la Restauración, no desmerecían en nada de los primeros años.

En este segundo período, la savia había sido tan abundante como para dar al árbol vigoroso de la Congregación un empuje nuevo de obras diversas en Burdeos y, al mismo tiempo, para extender sus ramas por toda la región mediante el establecimiento de congregaciones afiliadas. Finalmente había hecho nacer en su tronco dos flores que eran su gloria y su corona, las dos órdenes religiosas de la Compañía de María y de las Hijas de María.

<sup>164</sup> Véase más arriba, en el capítulo 12.

<sup>165</sup> Hemos encontrado en los papeles de la Misericordia la traducción francesa de la bula de Pío VI, que se creía perdida en Burdeos y cuyo texto no se encontraba ya más en Roma.

<sup>g</sup> Fue en el oratorio de Arnaud Miqueu; ver capítulo 9, nota b.

Nuestra tarea va a consistir en poner de relieve sucesivamente estos diferentes resultados de la Congregación. Comenzaremos por las obras bordeesas en cuya fundación estuvieron mezclados la Congregación o su director durante la Restauración

## Capítulo 17: Obras nuevas salidas de la Congregación (1815-1830)

Entre las obras que, por un motivo u otro, se relacionan con la Congregación, las primeras que se nos presentan son las diversas asociaciones de juventud que gravitaban en torno a ella como su centro.

Una de ellas, a decir verdad, era una fracción de la Congregación a la que la lejanía de sus miembros le había valido el privilegio de la autonomía. Era la *congregación de Chartrons*<sup>166</sup>, dirigida con un celo extraordinario por un joven vicario de la parroquia Saint-Louis, el P. Rigagnon<sup>167</sup>, que era discípulo y amigo del P. Chaminade y que, siendo todavía muy niño, había frecuentado las reuniones de la calle Saint-Siméon. Los miembros se reunían habitualmente en una sala parroquial, pero, en circunstancias solemnes, se juntaban con la Congregación-madre, la Madeleine.

La congregación de Chartrons, a pesar de su autonomía, no dejó nunca de sacar sus inspiraciones de la fuente de la que derivaba; comprendía que así ganaban su estabilidad y su fervor. Estaba representada por su prefecto en el consejo de la Madeleine, hacía validar sus elecciones por este mismo consejo y le sometía todas sus decisiones de alguna importancia. Esta conducta, que otras parroquias, celosas de su independencia, habrían podido imitar con provecho, le valió esta nota elogiosa en los registros de la Madeleine: «La congregación de Chartrons se ha distinguido por su celo y su fidelidad en tiempos muy difíciles; ha conservado siempre para la Congregación-madre un afecto sincero; será siempre a la vez fracción de la Congregación de Burdeos y congregación de Chartrons, con sus dignatarios y su organización particular». En 1821 sufrió una crisis momentánea, de la que salió el mismo año, gracias a la enérgica actividad del P. Rigagnon y a la ayuda que le prestó la Madeleine. Hizo un gran bien en el barrio.

En la parroquia Sainte-Eulalie, uno de los primeros sacerdotes agregados a la Congregación, el P. Martegoutte, agrupaba alrededor de él a jóvenes, de los que sólo algunos eran congregantes. Les citaba en un jardín cercano a la iglesia, hablaba con ellos y les entretenía. Este pequeño cenáculo no tenía relaciones oficiales con la Congregación. De carácter menos abiertamente religioso, se abría a jóvenes de opiniones y temperamentos muy diferentes. Uno de sus primeros miembros, el futuro P. Noailles, que volveremos a encontrar a lo largo de esta historia, no conocía entonces la religión más que en forma de un sentimentalismo bastante vago e ignoraba su práctica. El contacto con el P. Martegoutte mejoraba insensiblemente a estos jóvenes, y la alegría de este sacerdote era presentar de tiempo en tiempo uno de sus discípulos a la Congregación. Al ser nombrado capellán de prisiones, confió la dirección de sus protegidos a otro congregante, el P. Dasvin<sup>168</sup>.

Xavier Dasvin, como su íntimo amigo Charles Dubourg, frecuentaba desde hacía tiempo la Madeleine, donde el P. Joffre le había presentado al P. Chaminade<sup>169</sup>. Era sacerdote desde 1822, pero su salud le había impedido aceptar un puesto fijo. Servía en una capilla provisional de ayuda, en la calle Leyteyre, dependiente de la parroquia Saint-Eloi. Trasladó aquí la asociación del P. Martegoutte, que empezaba a ser conocida con el nombre de sociedad de los *Amigos cristianos*. Vivió al lado de la Congregación como una obra hermana y sin perjudicarla, porque el P. Dasvin era totalmente adicto al P. Chaminade, y, además, su calidad de capellán auxiliar del liceo le abría un campo de acción relativamente cerrado a la influencia de la Congregación. Siendo vicario de su amigo Dubourg, entonces párroco de Saint-Michel<sup>170</sup>, dio un gran impulso a los Amigos cristianos después de la Revolución de julio, en el tiempo en que la Madeleine había perdido su influencia.

<sup>166</sup> Es el nombre de un barrio de Burdeos.

<sup>167</sup> Es el mismo cuyo manuscrito hemos citado varias veces. Nacido el 29 de agosto de 1792, Jean-Paul Rigagnon entró en el Seminario en 1808, fue ordenado sacerdote en 1816 y pasó en la parroquia Saint-Louis la primera parte de su vida sacerdotal. En 1834 fue nombrado párroco de Saint-Martial; murió en 1871. Cf. Bertrand, *Hist. des Séminaires*, II, p. 114.

<sup>168</sup> Cf. Servat, párroco de Saint-Michel de Burdeos, *Vie de l'abbé Dasvin de Boismarin*, Burdeos, 1879.

<sup>169</sup> Degan, *Vie de M. Joffre*, p. 49.

<sup>170</sup> Cf. Justin Dupuy, *Vie de l'abbé Charles Dubourg, curé de Saint-Michel*, Burdeos, 1851.



Hizo revivir entre ellos la comunión general, los discursos religiosos y los paseos en común. El P. Dasvin murió en 1859. Su obra le sobrevivió y acabó por instalarse en la Madeleine, donde todavía se encuentra.

A partir de 1814, al mismo tiempo que la Congregación, había reaparecido la *categoría de los postulantes*, que, como se recordará, era una especie de división preparatoria de la Congregación, y reunía a los niños desde su primera comunión hasta la edad de 16 años. Reorganizó sus reglamentos en 1819, tuvo una sala especial con una biblioteca y juegos, y cursos de aritmética, gramática, comercio y literatura. Los congregantes tenían su dirección inmediata, sin que el P. Chaminade se desinteresase.

En algunas parroquias, se encontraron, respecto a los postulantes, susceptibilidades parecidas a las que provocaba la Congregación. En estos casos, el P. Chaminade no tuvo dificultad en permitir a sus congregantes que constituyesen para los niños pequeñas asociaciones distintas, que tenían con la Madeleine lazos análogos a los que existían entre la Congregación y la fracción de Chartrons. En la parroquia Sainte-Croix, un joven obrero, congregante ferviente y jefe de una de las fracciones más meritorias, Antoine Cantau, dirigió con mucha destreza una de estas pequeñas asociaciones. De acuerdo con su párroco, reunía a los niños que acababan de hacer la primera comunión, les mantenía en sus buenas disposiciones, continuaba instruyéndoles en su religión y presidía sus juegos; les seguía incluso en su aprendizaje y les preparaba para ser buenos congregantes. Fue ayudado por varios de sus cohermanos de la Madeleine y recogió frutos consoladores de su apostolado. Su celo le predestinaba a una vocación más alta, como veremos más adelante.

Otro congregante, el P. Armand Gignoux, futuro obispo de Beauvais, se ocupaba de los niños que frecuentaban los internados y las instituciones. Los reunía con el nombre de *Amigos de la Sabiduría* y se dedicaba a ellos especialmente durante las vacaciones, para preservarles de los peligros inherentes a este período de ocio y desocupación.

La vitalidad de la Congregación, por estos anexos unidos a ella por lazos más o menos estrechos, se tradujo en obras de alcance más general y de duración más larga. No volveremos sobre las creadas o alimentadas en tiempo del Imperio, seminario e institutos religiosos diversos. Digamos sólo que con la Restauración no cambió su papel a este respecto y que fue, como en el pasado, un rico vivero de vocaciones de donde sacaron todas las instituciones antiguas y nuevas. No nos detendremos más que en las obras de propaganda religiosa y de caridad que, durante este segundo período de la historia de la Congregación, contribuyeron al renacimiento de la fe y de las costumbres así como al alivio de la miseria en la ciudad de Burdeos.

Entre estas obras, el primer puesto pertenece a la obra de los *buenos libros*, que data de 1820. No fue fundación directa del P. Chaminade, pero fue preparada, sostenida y recogida por él. Se sabe el interés que ponía en la instrucción religiosa, y su deseo de poner en manos de los jóvenes una gran variedad de buenos libros. Recogía con avidez las publicaciones que podían servir para la formación de sus discípulos, y para conseguir mejor su objetivo, se había puesto en relación directa con los autores y los editores.

Especialmente mantuvo una correspondencia seguida con dos escritores del tiempo cuyos libros respondían perfectamente a las necesidades de su Congregación, los sacerdotes La Sausse y Carron. El P. La Sausse, «el más fecundo de todos los escritores de la Compañía de San Sulpicio»<sup>171</sup>, era el editor del libro titulado *Les nouveaux Trappistes*, que había consolado y sostenido a los pobres exiliados de Zaragoza. No se cansaba de publicar obras de espiritualidad y edificación, de estilo fácil y lectura agradable, prácticas y apropiadas a la situación de los espíritus al salir de la Revolución. El P. Chaminade se encargó de propagar estas obras en Burdeos; hacía de intermediario entre el autor y varias librerías de la ciudad, e intercambiaba su vino de Saint-Laurent con envíos de libros. El mismo servicio prestó al P. Carron, con quien la amistad se reforzaba por el hecho de su dedicación sin límites a la juventud. El P. Carron dirigía en París el Instituto Marie Thérèse y atendía una infinidad de buenas obras, de las que la principal era una congregación de artesanos y personas de servicio, fundada en el Imperio por el P. d'Astros y retomada por él en el momento de la Restauración. El P. Carron escribía sus obras pensando en la juventud: poniendo a sus lectores ejemplos fáciles de imitar, se esforzaba en llegar a ellos y llevarles al amor y a la práctica de la religión. Su obra más conocida es su historia en cuatro volúmenes titulada

<sup>171</sup> Jean-Baptiste La Sausse, originario de Lyon (1740-1828), publicó 64 obras. L. Bertrand, *Hist. littéraire de la Compagnie de Saint-Sulpice*, Paris, Picard, 1900, II, p. 66 y siguientes.

*Confesseurs de la foi à la fin du XVIIIème siècle*. Escribió un gran número de *Vidas de los justos*, de diversas condiciones. El número de sus obras no es menor de cuarenta volúmenes<sup>172</sup>. El P. Chaminade acudía a esta fuente. Pero pronto se dio cuenta de que la acción individual era insuficiente frente al número creciente de malos libros.

La elección de lecturas se había convertido en una cuestión capital desde que el partido liberal, aprovechando la libertad otorgada a la prensa, inundaba las ciudades y los pueblos con publicaciones hostiles a la religión y peligrosas para las costumbres. Propagaba ediciones populares de Voltaire, Rousseau, Diderot y autores de la Enciclopedia, publicaba ediciones de *Tartufe* para uso especial de la juventud, multiplicaba los panfletos y las canciones que llevaban el error a las mentes y la corrupción a los corazones<sup>173</sup>.

Monseñor d'Aviau, asustado por las consecuencias de esta odiosa campaña, propagó por Burdeos el decreto de los vicarios de París contra los malos libros (1817) y una conferencia de monseñor Frayssinous sobre el mismo tema. Escribió incluso al rey (9 de marzo de 1817) para hacerle ver el peligro de esta propaganda. Pero, como todos los hombres clarividentes, comprendió que el único remedio al mal era volver contra el enemigo el arma de la que se servía: el *Essai sur l'indifférence*, de los que se vendieron cuarenta mil ejemplares, demostró que los buenos libros encontraban todavía lectores.

Se hacía necesaria una organización. Fue imaginada por el P. Julien Barault, originario de la diócesis de Angers, que el azar de los acontecimientos había llevado a Burdeos durante la Revolución. En los peligros y consuelos de un apostolado común, se había unido al P. Chaminade y, cuando volvió la paz religiosa, había llamado a su amigo a predicar una misión en su capilla de la calle Doidy<sup>174</sup>. Actualmente era vicario de Saint-Paul, y seguía con el ardor de un misionero su lucha contra la irreligión y las malas costumbres. Desde hacía ocho años, se ejercitaba en un apostolado nuevo, el apostolado de la prensa, el mismo que anhelaba el P. Chaminade sin poder realizarlo a su gusto, por falta de tiempo y de recursos.

Habiendo recibido una herencia, el P. Barault empleó todos los ingresos en la compra de buenos libros, e inauguró una biblioteca circulante, primero para los parroquianos de Saint-Paul y después progresivamente para la mayor parte de las demás parroquias de la ciudad. Así nació la *Obra de los buenos libros*, que monseñor d'Aviau se apresuró a aprobar el 15 de noviembre de 1820. El sistema de circulación pensado al principio recibió poco a poco mejoras sugeridas por la experiencia, y pronto el P. Barault se vio haciendo entrar los volúmenes hasta en las parroquias rurales. Así la gente del pueblo, sin gastar nada, pudo aumentar sus conocimientos religiosos y profanos, y precaverse contra los sofismas del partido liberal e irreligioso. El P. Chaminade acogió con gran alegría estos primeros éxitos de su amigo, y desde el principio puso a su servicio su influencia y sus consejos.

La obra fue organizada como asociación religiosa y fue puesta bajo los auspicios de María<sup>175</sup>. Dirigida con inteligencia, prosperó más allá de toda expectativa. Donativos y suscripciones le proporcionaron el medio de aumentar progresivamente el número de volúmenes en circulación y de crear depósitos en toda la diócesis. Pronto franqueó los límites diocesanos, y creó centros en Grenoble y en París, después en muchas diócesis de Francia e incluso del extranjero. Se hizo un bien incalculable. La obra de París había distribuido, ella sola, ochocientos mil volúmenes. En Burdeos los resultados fueron tan consoladores que monseñor d'Aviau podía escribir: «Me gusta repetir a menudo que de todas las instituciones que consuelan mi vejez, y que espero legar a mis sucesores, para el mayor bien de la diócesis, la Obra de los buenos libros es quizá la que me inspira el más vivo interés por el exceso de males cuya fuente está llamada a secar y por la esperanza de los grandes bienes cuyo núcleo y germen extiende por todas partes». Veinte años después, había en la diócesis de Burdeos 173 depósitos principales, 11.000 lectores y 55.000 volúmenes en

<sup>172</sup> Guy-Toussaint-Julien Carron (1760-1821), nacido en Rennes, fundó en 1785 talleres de caridad. En Londres, donde estuvo hasta 1814, y en París, donde acabó su fecunda carrera, fue el iniciador de un número sorprendente de fundaciones destinadas a aliviar y moralizar la clase obrera. Cf. *Vie de l'abbé Carron*, por un Benedictino de la Cong. de Francia. Paris, Douniol, 1866, 2 vol.

<sup>173</sup> Se ha calculado que, de 1817 a 1825, habían sido distribuidos 2.741.000 volúmenes hostiles a la religión. (Grandmaison, *La Congrégation*, p. 220 y 221).

<sup>174</sup> Véase más arriba, p. 70.

<sup>175</sup> Su fiesta patronal era la Anunciación.

circulación<sup>176</sup>. El Papa León XII la bendijo en 1824<sup>177</sup>. Gregorio XVI, en 1832, la erigió en archicofradía y la enriqueció con numerosas indulgencias.

La colaboración del P. Chaminade y de sus discípulos fue tan activa durante los primeros años que el P. Barault, sintiéndose debilitado por la edad<sup>178</sup> y los trabajos, propuso en 1828 a su amigo confiar la Obra de los buenos libros a la Compañía de María. Así se aseguraba el futuro de la obra y su desarrollo. La propuesta no pudo ser aceptada en el momento porque los miembros de la Compañía se encontraban ya sobrecargados de ocupaciones<sup>179</sup>. Otro vicario de Saint-Paul, el P. Taillefer, aceptó la sucesión del P. Barault, pero recibió constantemente la ayuda de los hijos del P. Chaminade. En 1852, pensó que había llegado el momento de dejarles la dirección de la Obra de los buenos libros que, desde esta época hasta 1870, tuvo su sede en la Madeleine. En esta última fecha fue devuelta al clero diocesano, porque la Compañía de María, al haber trasladado desde hacía algunos años la sede de su administración general de Burdeos a París, no tenía personal suficiente en la primera de estas ciudades.

Otras dos obras dependieron, desde su origen, de la iniciativa del P. Chaminade y de su Congregación, la de las *Prisiones* y la de los *Auvergnats* o pequeños deshollinadores.

Los Padres de familia se habían responsabilizado, desde el tiempo del Imperio, de la visita de los hospitales y de las prisiones. No habían podido cumplir más que la primera parte de su programa, a causa del absolutismo del gobierno que prohibía rigurosamente la entrada en las prisiones. En la restauración encontraron autoridades civiles con disposiciones más favorables. El Prefecto, conde de Tournon, que personalmente simpatizaba con el P. Chaminade y sus obras, le abrió con diligencia las puertas de la prisión departamental<sup>180</sup>. Con medidas fijadas de común acuerdo, se evitaron los inconvenientes que visitas de este tipo podían traer, y el P. Chaminade redactó en 1818 un reglamento de notable sabiduría, destinado a dirigir a los Padres de familia en el ejercicio de esta buena obra.

Las tres torres del Hâ, que servían de prisión departamental, estaban llenas de detenidos de toda procedencia, sumidos en la ignorancia y en el abandono moral más triste. Ni la caridad de las Hermanas ni el celo del antiguo capellán, P. Rousseau, y del nuevo, P. Martegoutte, bastaban para procurarles la ayuda que requería su estado. Desde este momento los congregantes les visitaron dos veces por semana, el miércoles y el sábado. Aportaban a los pobres detenidos ayudas materiales en ropa y alimento, y les procuraban alivios de toda clase. Pero, fieles a las prescripciones del P. Chaminade, ponían todo en manos de las Hermanas, que eran las únicas encargadas de la distribución. Lo que ellos aportaban sobre todo en estos lugares de desolación, era la limosna espiritual, más indispensable todavía que el alivio de las miserias del cuerpo. A estas almas alejadas de Dios por el vicio o la desgracia, dirigían palabras de apaciguamiento y consuelo, y les abrían horizontes a los que estaban cerrados desde hacía tiempo<sup>181</sup>.

Importaba, ante todo, instruirles, porque la ignorancia en la mayor parte se juntaba a la inmoralidad. A los detenidos ordinarios, el P. Chaminade hacía dar la enseñanza en común, desterrando las formas oratorias y las consideraciones abstractas, estimando que «después de los más bellos discursos queda poca cosa a los oyentes»: prescribía un catecismo sencillo y familiar, una charla religiosa que pudiese alimentar a la vez la inteligencia y el corazón, cautivar la atención por el encanto de la exposición y despertar el sentimiento de la dignidad humana adormecido en el fondo de estas almas miserables. En la sala de los grilletes, recomendaba con preferencia las conversaciones individuales. Demasiado amargados para ser sensibles a una palabra común, no

<sup>176</sup> *Calendrier ecclésiastique pour l'année 1843*. Apéndice sobre las obras católicas, p. 6.

<sup>177</sup> A petición de monseñor Giustiniani, nuncio en España, obligado por los acontecimientos a retirarse momentáneamente a Burdeos.

<sup>178</sup> Había nacido en 1766 en Chalonnnes-sur-Loire, an la diócesis de Angers. Murió el 2 de mayo de 1839, con el título bien merecido de canónigo honorario, y no quiso aceptar ningún cargo en la diócesis por miedo a perjudicar a su misión. Cf. [Taillefer], *Notice sur M. Barault*, a continuación de la *Vie de M. Lacroix*, Burdeos, 1847.

<sup>179</sup> *Procès verbaux du Conseil de la Société de Marie*, 2 de septiembre de 1828.

<sup>180</sup> Menos condescendiente fue la administración municipal, que negó el acceso a la prisión del Ayuntamiento.

<sup>181</sup> «La visita a las prisiones tiene por fin más directo trabajar en la salvación del prójimo en los lugares y en los tiempos en que esta salvación parece más desesperada. La confianza en la misericordia de Dios, los ejemplos y las promesas de Jesucristo, la práctica de los cristianos más entregados en todos los siglos nos autorizan a emprenderla. Dios hará el resto». *Instruction sur la visite des prisons*, comienzo.

gozando de una libertad de espíritu suficiente para prestar oído a consideraciones que no tuviesen su aplicación personal e inmediata, los desgraciados de esta categoría eran accesibles, sin embargo, a conversaciones particulares en que desahogaban su alma y recibían exhortaciones y ánimos en relación con sus disposiciones y su pasado.

Este penoso ministerio fue recompensado con consoladores frutos de salvación: los Padres de familia que se dedicaban a él recogieron primeras comuniones hechas en el ocaso de la vida, vueltas a Dios tras largos años de olvido y de pecado; en muchas almas tuvieron la alegría de hacer reinar la paz y la serenidad en lugar de la desesperación y la blasfemia. Una de las torres del Hâ encerraba de dieciocho a veinte niños incorregibles, confiados a la solicitud especial de dos de los miembros de más edad de la Agregación de los Padres de familia. Estos dos ancianos cumplían la función de verdaderos padres respecto a estos pequeños desgraciados y se esforzaban por retomar por la base la educación que les faltaba. Tanta dedicación mereció los ánimos de monseñor d'Aviau que, en una Ordenanza del 1 de octubre de 1821, declaró que se alegraba «de la piadosa diligencia con la que las asociaciones religiosas se prestaban y se consagraban a esta excelente obra», y quiso «ponerse él mismo en comunión de oraciones, de limosnas y de instrucciones espirituales con aquellos de sus buenos diocesanos cuya caridad les llevaba a hacer la visita de las prisiones».

Otros abandonados solicitaban la dedicación del P. Chaminade y de sus congregantes: eran los pequeños deshollinadores, que en París son llamados los pequeños Savoyards y en Burdeos los *pequeños Auvergnats*, por su lugar de origen. Cada primavera bajaban de sus montañas a la gran ciudad para ejercer allí su humilde y mal pagado oficio. Privados de cuidado y de instrucción, a menudo explotados por patronos avaros y brutales, la mayor parte adquiría todos los vicios. El P. Chaminade los conocía de hacía tiempo, cuando habitaba en la calle Abadie, el barrio en que se encontraban sus miserables cuchitriles. Además, en París había sido amigo<sup>182</sup> del admirable P. Fénelon, el sobrino nieto del gran arzobispo de Cambrai, que había creado<sup>183</sup> en la capital la Obra de los pequeños Savoyards y que, sin otro crimen que el de haber hecho demasiado bien al pueblo, había llevado su cabeza al cadalso en 1794.

El P. Chaminade, para implantar esta obra en Burdeos, esperaba que se diese alguna circunstancia que le marcara la hora escogida por la Providencia: siempre actuaba así en cuanto emprendía. En Burdeos era imposible llevar a buen fin esta obra, así como la de las prisiones, sin el beneplácito de las autoridades, a causa de las dificultades con las que infaliblemente se iba a chocar por parte de los patronos. Era preciso también encontrar jóvenes aptos para este ministerio, más delicado de lo que parecía. En 1817, el P. Chaminade juzgó que se daban esas condiciones: se le aseguraba la ayuda del prefecto de la Gironde y, por otra parte, disponía de excelentes elementos. Uno de sus más fervientes congregantes, Adolphe Dupuch<sup>184</sup>, cuando acababa sus estudios en el internado Liautard de París, había sido iniciado en 1815 en la obra de los Savoyards, dirigida entonces por el P. Legris-Duval, y ardía de deseos de continuar este apostolado en Burdeos durante las vacaciones.

Así pues, se fundó la obra. Como estaba previsto, el prefecto, conde de Tournon, entró inmediatamente en las miras del P. Chaminade e incluso se inscribió con una fuerte suma a la cabeza de una suscripción destinada a cubrir los primeros gastos. Cuando Adolphe Dupuch llegó para las vacaciones de 1818, encontró cohermanos dispuestos a ayudarlo y recursos asegurados. Ya el P. Chaminade se había preocupado de la organización y se había asegurado un local provisional en casa de los Hermanos de las Escuelas cristianas de la plaza Saint-Julien<sup>185</sup>. Cedamos la palabra a Adolphe Dupuch para que nos haga el pintoresco relato de la primera reunión<sup>186</sup>: «Con el pretexto de una ganancia extraordinaria, y siguiendo lo que había hecho Duval en 1816, atrajimos fácilmente a los primeros de los pequeños Savoyards que encontramos o más bien que Dios nos

<sup>182</sup> Una circular de Dupuch, fechada en septiembre de 1821, relata el hecho en términos explícitos. *Essai sur l'oeuvre des Savoyards*, Burdeos, 1832, p. 86.

<sup>183</sup> O más bien resucitado, porque la obra databa de un siglo antes con el P. de Souzi. Cf. Delaporte, *une oeuvre ouvrière sous l'ancien régime, les petits ramoneurs*, Retaux, 1900.

<sup>184</sup> Nacido en Burdeos el 20 de mayo de 1800, alumno del internado Estebenet, era postulante desde su primera comunión y fue recibido congregante el 14 de diciembre de 1817. Escribe al P. Chaminade el 14 de mayo de 1821: «El nombre de hijo de María que usted me dio me da derecho, que me será siempre muy querido, a sus oraciones particulares». La *Vie de Mgr Dupuch, premier évêque d'Alger*, ha sido escrita por el P. Pionneau, Burdeos, 1866.

<sup>185</sup> Actualmente plaza de d'Aquitaine.

<sup>186</sup> *Essai sur l'oeuvre des Savoyards, par un de leurs amis* (Adolphe Dupuch, Burdeos, 1832, p. 57).

envió y que nos parecieron los más fáciles de seducir con esta santa y celeste seducción. ¡Pobres niños que no sospechaban entonces cuál sería esa ganancia maravillosa y lo célebre que sería para siempre entre nosotros esta primera escuela Saint-Julien! Imaginándose que para una empresa tan extraordinaria eran necesarios medios extraordinarios, nuestros cinco o seis pequeños Savoyards llegaron al lugar de la cita, un domingo a la tarde, armados y revestidos de todos los elementos, rodilleras, culata, rasqueta, etc. Pero ¡cuál fue su extrañeza, su inquietud, cuando de un golpe de vista comprobaron la rara construcción de estas salas, que no tenían chimeneas! Después de disfrutar algunos instantes de este curioso apuro, y haber distribuido a cada uno cinco o seis monedas por el amor de Dios, les anunciamos claramente nuestro proyecto, dándoles una nueva cita para el domingo siguiente. Fueron fieles, y llevaron con ellos a un gran número de sus pobres pequeños camaradas y desde ese día casi todos siguieron fieles».

El P. Chaminade se ocupó de estos pequeños con una solicitud paternal. Escribía<sup>187</sup>: «Cuanto más pienso en ellos, más se interesa mi corazón por su suerte». Redactó un directorio para los congregantes empleados con ellos. Confió la responsabilidad directa de la obra a uno de sus hijos más inteligentes, que ya pertenecía a lo que se llamaba la *Petite Société*, la futura Compañía de María. Era el P. Jean-Baptiste Collineau, dotado de una palabra llena de unción y encanto, admirable en sus catecismos de la plaza Saint-Julien. Le ayudaban varios congregantes, la mayoría de ellos empleados en el colegio del Sr. Estebenet. La presencia de Collineau era tan eficaz en este pequeño mundo que, durante los ocho meses que pasó en el seminario para prepararse al sacerdocio, fue autorizado por el Superior P. Carbon a ir cada domingo a los pequeños Auvergnats para darles el catecismo y distribuirles ayudas en pan y dinero, acompañados a menudo de regalos de monseñor d'Aviau<sup>188</sup>.

Las celebraciones religiosas tenían lugar en la Madeleine, excepto la primera comunión, que se celebraba con gran solemnidad en la parroquia Sainte-Eulalie. En la primera de estas fiestas (7 de julio de 1819), doce niños se acercaron a la santa Mesa y estaban presentes todas las personas notables de Burdeos. El P. Chaminade había sabido interesarles por la obra: el prefecto, el primer presidente y los personajes más señalados de la ciudad tomaban parte en los trabajos del Consejo de administración, y sostenían la obra con sus suscripciones<sup>189</sup>.

En 1819 los niños eran ochenta. La cifra fue creciendo hasta el día en que hubo que pensar en crearse una casa propia para no someter durante más tiempo a los buenos Hermanos de la plaza Saint-Julien a una servidumbre penosa. En marzo de 1821, el P. Chaminade alquiló para ellos, a nombre de Jean-Baptiste Collineau, situado cerca, en la calle Notre-Dame de la Place nº 99. Estaban encantados de su inmueble, que no era lujoso, a juzgar por la siguiente descripción de Adolphe Dupuch<sup>190</sup>: «Teníamos un sótano, dos o tres habitaciones bajas y un amplio desván, al que se llegaba con la ayuda de una soberbia escalera de mano hecha en forma de escalera; hicimos ahí nuestra capilla porque empezamos a tener la misa todos los domingos, vísperas, etc. Era una capilla pobre en que por todo adorno teníamos un crucifijo en yeso medio roto, un viejo cuadro de altar, alrededor del cual habíamos hecho casi todas las oraciones de nuestra infancia y nos habíamos preparado a nuestra primera comunión<sup>191</sup>, algunas botellas de tinta bronceadas y doradas por uno de nuestros amigos, hasta el punto de engañarse casi sobre su origen y su primer uso, un viejo ornamento blanco, resto venerable que había escapado de los destrozos de la Revolución, algunos bancos de madera de la montaña, y finalmente una pequeña caja en forma de tronco en la que encontramos pronto trozos apolillados. Esta semilla del pobre ha fructificado al céntuplo».

Cuando llevaban muy poco tiempo en el local de Notre-Dame de la Place, surgió una dificultad que nadie se esperaba, porque era provocada por uno de los que tenían más cariño a la obra. Adolphe Dupuch había acabado sus estudios de derecho en París y venía a establecerse definitivamente en Burdeos y a inscribirse en el colegio de abogados de su ciudad natal. Cada año, durante las vacaciones, se había interesado por la obra y le había prestado una colaboración activa, pero nunca había tenido su dirección ni su responsabilidad, puesto que estaba ausente de Burdeos la mayor parte del año. Pero en 1821 venía con planes muy personales cuya adopción reclamaba con

<sup>187</sup> Al conde de Tournon, 10 de febrero de 1819. *Carta 116, Lettres, t. I, p. 203.*

<sup>188</sup> Carta de Jean-Baptiste Collineau a monseñor Donnet, 3 de enero de 1843 (Archivos del arzobispado).

<sup>189</sup> Entre las bienhechoras de los pequeños Auvergnats, al principio de la obra, merecen una mención particular las señoras Delbos, Dubergier, Maydieu, Bahans, de Mainville.

<sup>190</sup> *Essai sur l'oeuvre des Savoyards*, p. 66.

<sup>191</sup> En la institución del Sr. Estebenet, de donde venía este cuadro.

toda la tenacidad de su temperamento. Se proponía reproducir en Burdeos lo que había visto funcionar en París, una *Sociedad de Buenas Obras*, distinta de la Congregación, aunque tomándole sus elementos de acción, dividida en tres secciones, la de los hospitales, la de las prisiones y la de los pequeños Savoyards, y teniendo al frente a un sacerdote nombrado por el arzobispado<sup>192</sup>. Ganó para sus ideas a uno de los vicarios, el P. Barrès, y vino enseguida a hacer la propuesta al P. Chaminade.

El P. Chaminade conocía a su ardoroso congregante: sabía que era más apto para lanzar una empresa que para sostenerla, y que en su ardor no se daba cuenta de los obstáculos de orden material con los que, sin embargo, la prudencia obliga a contar. La obra estaba perfectamente organizada, prosperaba y respondía a su fin: ¿era mejor modificarla? ¿no era debilitar las garantías de éxito? Esas eran las objeciones que oponía a las propuestas de su discípulo, pero era inútil: Dupuch persistía en su plan. El P. Chaminade habría podido parapetarse detrás de un rechazo. Sin embargo, se mostró dispuesto a ceder, con tal que se colocase al frente de la nueva sociedad un sacerdote con el que él pudiese contar: fue pronunciado del nombre del P. Goudelin. Pero Adolphe Dupuch tenía un plan preciso: ya se había dirigido al P. Dasvin que, sin duda, era el discípulo y amigo adicto al P. Chaminade, pero parecía menos apto para tomar una responsabilidad de este tipo. Tenía mucho celo e inteligencia, pero era el hombre menos administrador del mundo, lo que explica las dudas del P. Chaminade.

El conflicto fue llevado al tribunal de monseñor d'Aviau. El P. Chaminade presentó sus humildes reparos sobre la oportunidad del cambio propuesto, y, entre otros argumentos, decía que «destruía un bien real y sólidamente establecido para poner algo que no tiene un apoyo seguro, al descansar el asunto sobre tres jóvenes, de los que quien lo lleva todo (Dupuch) va a dejar Burdeos, es un joven muy piadoso, decidido por el bien y que tiene capacidad, pero de una exaltación temible: desde que se ha metido en nuestra obra, ha cambiado tres veces de plan»<sup>193</sup>. Monseñor d'Aviau, muy perplejo, se dejó ganar por su vicario Barrès e invitó al P. Chaminade a ceder, lo que hizo sin objeción alguna, haciendo incluso a Dupuch y al P. Dasvin todos los servicios que estaban en su poder, y facilitándoles el cobro de las cotizaciones.

Ocurrió lo que había previsto. La Sociedad de las Buenas Obras no existió nunca en Burdeos más que en el pensamiento de Dupuch. La obra de las prisiones se vio comprometida: fue preciso que interviniese monseñor d'Aviau para que los Padres de familia no fuesen excluidos por jóvenes demasiado emprendedores. En cuanto a los pequeños Avergnats, al año siguiente, Dupuch abandonó Burdeos para comenzar sus estudios clericales en Saint-Sulpice de París, y su reunión decayó e incluso desapareció un momento casi completamente<sup>194</sup>.

El corazón del P. Chaminade sufrió cruelmente por ello: sólo podía lamentarse en silencio. Felizmente la vuelta de Adolphe Dupuch, ordenado sacerdote en 1826, y su nombramiento como capellán de los pequeños Savoyards reavivaron la obra que siguió floreciente mientras él la dirigió. Monseñor d'Aviau rodeó su despertar con la misma benevolencia con que había saludado su nacimiento. Le prodigó la misma solicitud. La última salida que hizo antes de su muerte fue una visita a los pequeños Savoyards<sup>195</sup>. Gracias a la creativa actividad del joven capellán, a su encantador *Album des petits Savoyards*, a su libro del *Essai sur l'oeuvre des Savoyards*, a la fundación de la *Pequeña Obra de los Savoyards*, en la que interesó a los hijos de las mejores familias, creó recursos. Más tarde, cuando fue vicario, añadió a esta fundación otras como un orfanato, un correccional<sup>196</sup>, etc., hasta que su celo hizo que le nombrasen para la sede de Argel recién creada<sup>197</sup>.

<sup>192</sup> Se puede encontrar información sobre la organización de esta Sociedad en París en la obra de Grandmaison, *La Congrégation*, p. 195 y siguientes.

<sup>193</sup> Carta a monseñor d'Aviau, 15 de mayo de 1821. *Pequeño error en la fecha, es la carta 158, de 16 de mayo de 1821, Lettres, t. I, p. 276*. Este ardor de Adolphe Dupuch, que no tenía suficiente prudencia, causó al futuro obispo de Argel crueles desengaños que le obligaron a abandonar su sede.

<sup>194</sup> Segunda circular de Dupuch, enero de 1826. *Essai sur l'oeuvre des Savoyards*, p. 95: «Desde hace varios meses nuestros pobres Savoyards no han recibido ni una palabra de instrucción, ninguno de ellos ha sido visitado, ninguno ha sido cuidado en su enfermedad, uno de ellos ha muerto sin ayuda».

<sup>195</sup> *Essai sur l'oeuvre des Savoyards*, p. 97.

<sup>196</sup> En la calle Lalande, cerca de la Madeleine.

<sup>197</sup> Nombrado en 1838, dimitió en 1846, pasó sus últimos años en Burdeos, haciendo el bien, y murió el 8 de julio de 1856.

Después de haber sido dirigida por el vicario general, P. Buchot, hacia 1860 la obra volvió a la Madeleine, a los hijos del P. Chaminade. Allí permaneció mientras hubo limpiachimeneas auvergnats en Burdeos, es decir durante una veintena de años<sup>198</sup>. El P. Chaminade ya no la vio allí. Hasta su muerte guardó silencio y, en su modestia, nunca pensó en reivindicar el título de fundador, con el que la opinión pública honraba a Adolphe Dupuch y que le correspondía a él con mayor razón<sup>199</sup>.

Para cerrar la lista de las obras del tiempo de la Restauración que se relacionan con la Congregación, podemos mencionar las dos asociaciones de hombres y mujeres, fundadas por el P. Rauzan para conservar los frutos de la gran misión de 1817. El lazo que les une con el P. Chaminade es menos aparente, pero no menos real. Alentadas por él y creadas por un sacerdote congregante de la Madeleine, se modelaron, en lo que se adaptaba a su fin, sobre los reglamentos de la Congregación y se dedicaron, como ella, al culto de la Inmaculada Concepción. La de los hombres tuvo una corta existencia; la de las mujeres, con el nombre de asociación de *Damas de la Misión*, subsiste todavía, y presta inmensos servicios a la educación y colocación de las jóvenes<sup>200</sup>.

Por sus retiros anuales, la Congregación se esforzó, por su parte, en conservar el fruto de la gran misión de 1817, siendo ella misma, en expresión de monseñor d'Aviau, «una misión permanente». Hasta 1830 estos retiros fueron seguidos con una asiduidad notable. Adaptados a las necesidades de la gente del mundo, predicados con cuidado, pero sin aparato, colocados en una época del año en que las ocupaciones dejan más tiempo libre, en octubre y noviembre, los retiros eran el consuelo del P. Chaminade. En una carta de 1818 que conservamos, daba cuenta así a su arzobispo del último día del retiro<sup>201</sup>: «Algunos han estimado en ochocientos los fieles que han recibido la comunión el último día en las varias misas que se sucedían. El oratorio estuvo lleno ese día desde las cinco de la mañana hasta las nueve y media de la noche, dejando las mujeres el sitio a los hombres, y así sucesivamente, sin ninguna confusión. Las admisiones a las congregaciones fueron numerosas y los reincorporados<sup>202</sup> no se cuentan más que en el libro de Dios». Excepcionalmente, este año, el retiro de los hombres y el de las mujeres se habían dado simultáneamente en el mes de septiembre. Habitualmente las fechas solían ser distintas, y el retiro de los hombres terminaba de ordinario en la fiesta de la Inmaculada Concepción. Vieron nacer más de una vocación y convirtieron a más de un pecador. Es el caso, entre muchos otros, de un militar que el P. Chaminade arrancó a la francmasonería y que le estuvo muy agradecido<sup>203</sup>.

Esta rápida ojeada sobre la fecundidad de la Congregación en Burdeos en tiempo de la Restauración sería incompleta si no incluyéramos los esfuerzos intentados y los resultados

<sup>198</sup> Su oficio tendía cada vez más a pasar a niños del país, y poco a poco la emigración de los Auvergnats llegó a ser insignificante.

<sup>199</sup> El mismo Dupuch, en su circular de 1826 (*Essai sur l'oeuvre des Savoyards*, p. 95), fecha la obra en el año en que él tomó su dirección. Para restablecer la verdad, al P. Chaminade le habría bastado con recordar hechos que eran públicamente conocidos; prefirió callarse. Tampoco respondió al error cometido por el redactor del Calendario eclesiástico de 1843, en el que la fundación de la obra era atribuida sólo a Adolphe Dupuch. El P. Collineau, que era canónigo y párroco de Saint-Louis, creyó no estar obligado a la misma reserva que el P. Chaminade. En una carta muy viva dirigida el 4 de enero de 1843 a monseñor Donnet, creyó que debía protestar contra las inexactitudes del Calendario eclesiástico respecto a los pequeños Savoyards. Dice Collineau: «Cuando en 1819 (quiere decir 1821), la obra de los Savoyards pasó a manos de Adolphe Dupuch, a nombre del P. Dasvin, existía ya en Burdeos desde hacía dos años y, en cuanto al número de niños y maestros y a la piedad y honestidad que inspiraba a unos y otros, se encontraba en un grado de prosperidad que desde entonces no alcanzó nunca». No hay que olvidar que en esta época, el P. Collineau se había separado desde hacía tiempo del P. Chaminade y de su Compañía. La *Vie de Mgr Dupuch* ha reproducido las mismas inexactitudes sobre el origen de la Obra de los pequeños Savoyards en Burdeos.

<sup>200</sup> Aunque el P. Chaminade no parezca que se haya implicado directamente en la asociación de las *Damas de la Misión*, tenía con ellas relación constante, como lo prueba su correspondencia. Unas veces encontramos los nombres de estas señoras entre las bienhechoras de sus obras (pequeños Savoyards, etc.), y otras veces es él mismo quien presta servicios a la señorita de Noaillan y a la señora de Galard, directoras de la obra, colocando a sus jóvenes.

<sup>201</sup> Carta del 25 de septiembre de 1818. *Error en el destinatario, es a monseñor Jacoupy, obispo de Agen, y pequeño error en la fecha: es la carta 104, de 21 de septiembre de 1818, Lettres, t. 1, p. 182.*

<sup>202</sup> Es decir los que, estando ya inscritos, frecuentaban irregularmente los ejercicios de la Congregación.

<sup>203</sup> Se habla de él en la correspondencia habida con la Congregación de Auch en 1826. El P. Chaminade se fijaba en las logias: entre sus papeles hemos encontrado la lista de las logias que existían en su tiempo en Burdeos, así como el diploma de francmasón del soldado del que acabamos de hablar.

obtenidos en la educación cristiana de la infancia. Esa será en parte la misión de los dos Institutos religiosos que van a coronar la obra de la Congregación. Pero antes de ocuparnos de ello, nos queda lanzar una mirada sobre las numerosas ramificaciones salidas de la potente cepa de la Congregación de Burdeos, por las que se multiplicó su acción y la extendió sobre toda la región del Sudoeste de Francia.

## Capítulo 18: Las Congregaciones afiliadas (1815-1830)

En 1808, Lafon, entonces profesor en el colegio de Figeac, visitando el hospital de esta ciudad, se encontró con la baronesa de Batz-Trenquelléon<sup>204</sup>. Esta señora, que sólo estaba de paso en Figeac, le habló de una asociación de piedad formada por una de sus hijas con varias jóvenes amigas, y Lafon aprovechó la ocasión para indicarle que la Congregación de Burdeos podía prestar algunos servicios a la asociación, tanto para constituirla como para comunicarle los favores espirituales de los que ella misma gozaba. Puesta al corriente de la propuesta, la señorita de Trenquelléon asintió rápidamente y se apresuró a escribir al P. Chaminade, el sacerdote de Burdeos, que oía nombrar por primera vez. Ese fue el origen de la extensión de la Congregación fuera de Burdeos. Así se entabló entre el P. Chaminade y la señorita Trenquelléon una correspondencia que iba a traer consecuencias de lo más inesperadas de una parte y otra.

Adela de Trenquelléon<sup>205</sup> era descendiente de la familia de Batz, una de las más ilustres de la Gascogne, y de la rama de Trenquelléon, protestante en tiempo de la reina de Navarra, como toda la nobleza de la región de Nérac, pero vuelta al culto de sus antepasados con Luis XIV. El castillo paterno, de construcción moderna, se alza graciosamente a orillas del Baïse, en medio de los ricos cultivos que dependen de él<sup>206</sup>. Aquí nació Adela el 10 de junio de 1789, pocos días antes de que el juramento del Juego de pelota anunciase a Francia la conmoción de sus instituciones. Así pues no conoció el antiguo régimen ni las ventajas que habría podido procurarle. El barón, su padre, tuvo el tiempo justo de abrazar al segundo de sus hijos, Charles, antes de tomar camino de la emigración<sup>a</sup>.

Su marcha sumió el castillo en la tristeza. Sobrevino en seguida la pobreza, porque fueron incautados los bienes. Pero la joven madre de familia tenía el alma por encima de las desgracias que golpeaban su casa: estaba decidida a quedar en su casa y a educar a sus hijos para Dios y para la patria, esperando días mejores. Su resolución se quebró contra el inexorable decreto de exilio que la contó entre el número de los emigrados, en el momento de una corta ausencia para visitar a su madre en Figeac. Sin que se le permitiese tan siquiera volver al castillo, tuvo que abandonar a toda prisa el territorio de Francia con sus hijos. Llegó a España sin más recomendación que la de un hombre del pueblo de Pau para un hermano lego de Tolosa. Sin embargo, llegó a juntarse con su marido en Portugal y gustó así el consuelo de reconstituir la familia bajo un cielo extranjero.

La infancia de Adela transcurrió con las privaciones inseparables del exilio; con ello llegó pronto a desprenderse de las alegrías de la tierra y a aspirar a la vida del Carmelo desde sus años más tiernos. Cuando el Consulado reabrió las puertas de Francia a los emigrados, la familia se dirigió hacia los Pirineos. En una pequeña ciudad de España<sup>b</sup>, la niña, por la vivacidad de su inteligencia y el candor de su alma, atrajo la atención de un religioso experimentado en los caminos de Dios. Fue admitida a la primera comunión el día de Epifanía de 1802 y, en su fervor, pidió enseguida a sus padres permiso para quedarse en España y encerrarse en un monasterio de carmelitas. ¡No tenía más que doce años! Sus padres le respondieron con una sonrisa, añadiendo

<sup>204</sup> La baronesa visitaba a su familia en Figeac; pertenecía a una antigua familia del Rouergue, los Peyronnecq de Saint-Chamarant.

<sup>205</sup> Una primera edición de su *Vida* (por un benedictino de la Congregación de Francia (Dom J.-B. Pradié), Poitiers 1861) está agotada. Se está preparando una segunda edición. Adela de Trenquelléon era la mayor de tres hijos. Su hermano Charles y su hermana Désirée han continuado la familia, de la que subsisten todavía varias ramas. *Existe una biografía en español, escrita por Eduardo Benlloch, "El don de la amistad", PPC, Madrid 199 (edición digital en Ágora marianista: Fundadores/Adela).*

<sup>206</sup> Entre Nérac y Port-Sainte-Marie, cerca del pueblo de Feugarolles (Lot-et-Garonne).

<sup>a</sup> En la "Positio" para la introducción de la causa de Adela, p. 23, se establece la fecha de la emigración del barón en noviembre de 1791. Según la partida de bautismo, Charles nació el 26 de enero de 1792. El barón no pudo abrazar al segundo de sus hijos antes de emigrar.

<sup>b</sup> San Sebastián (Guipúzcoa).



que la dejarían libre de realizar su proyecto, si persistía hasta la edad de veinticinco años. En realidad, Adela no estaba destinada al Carmelo. Su vivo temperamento la predisponía a la acción más que a la contemplación. Pero este atractivo de sus años jóvenes, que se tradujo toda su vida en una devoción particular a Santa Teresa<sup>207</sup>, había sido para ella una iniciación al recogimiento, a la vida interior, a la inmolación, fundamento necesario de la vida de celo y de caridad.

A su vuelta a Trenquelléon, dos hombres le guiaron con notable sabiduría en sus verdadero camino, la vida de la acción unida a la oración y a la práctica de la humildad: el Sr. Ducourneau, preceptor de su hermano, aunque simple laico, le dictó un reglamento de vida perfectamente adaptado a su temperamento y a su situación, y el P. Larribeau<sup>208</sup>, párroco de Lompian, hombre sencillo e interior, dirigió su alma sin sacudidas hacia las cumbres de la perfección al mismo tiempo que hacia los trabajos del apostolado. Bajo esta sabia dirección, Adela consagró todo el ardor de su naturaleza a socorrer al prójimo: llegó a ser un ángel de caridad, la providencia del país. Recorría los pueblos en busca de los necesitados, adoptaba o colocaba a los niños abandonados, consolaba a los enfermos, velaba a la cabecera de los moribundos, aliviaba lo mejor posible todas las miserias. Para aumentar el patrimonio de los pobres, no había ningún medio que le pareciese impropio de su condición: criaba animales de corral y vendía sus trabajos de costura. Su madre le ayudaba todo lo que podía y su padre no ponía ningún obstáculo a su dedicación.

Sin embargo, el ejercicio de la caridad corporal no era para ella más que un medio: ¿de qué sirve aliviar el cuerpo si el alma queda sumergida en la ignorancia o en el vicio? Su fin era salvar las almas. Cuando un pobre venía a la casa paterna - y su caridad atraía a muchos -, ella lo ganaba con sus amables y buenas palabras tanto como con sus limosnas. Después sabía hablarle de Dios, siempre con discreción, a menos que se tratase de un niño. En este último caso, ella estaba a sus anchas: los niños eran sus predilectos. Conocía por su nombre a todos los de los alrededores y cada uno era objeto de su atención. Si uno de ellos no había hecho la primera comunión, ella se encargaba de instruirle y prepararle; si otro estaba retrasado en el catecismo, ella se hacía su maestra, y ¡Dios sabe cuánta paciencia tuvo que ejercitar en esta ocupación su naturaleza viva! Era la consejera de todas las jóvenes del país. El domingo, mientras el carruaje del castillo llevaba a la familia a la iglesia de la parroquia, en el pueblo de Feugarolles, ella hacía el trayecto a pie para tener la ocasión de distribuir algunas buenas palabras entre sus amigas del pueblo.

Pronto el horizonte del castillo fue demasiado estrecho para el ejercicio de su celo. Aprovechando las relaciones de su familia y de sus amistades personales, comunicó su ardor por el bien a las personas con las que trataba. Tuvo éxito tan temprano que a la edad de dieciséis años estaba al frente de una asociación ferviente y activa, cuyos miembros estaban diseminados por Villeneuve-sur-Lot, Condom, Villeneuve des Landes, Tonneins, Monflaquin, Saint-Sever y sobre todo Agen, donde vivían sus mejores amigas, las señoritas Diché. El P. Larribeau tenía la dirección nominal de la asociación, pero Adela era el alma. La asociación tenía como patrona a la Virgen Inmaculada, como modelo a san Francisco de Sales, como fin la preparación a la muerte, y como medio la huida de las vanidades del mundo. En 1808 tenía sesenta chicas que recibían del castillo de Trenquelléon su impulso hacia la piedad y las buenas obras. El apostolado de Adela sólo había fracasado en la ciudad de Figeac. Pues bien, sería aquí donde Dios le esperaba para poner en su camino a aquél que en adelante iba a ser el director de su vida.

Siguiendo el consejo de Lafon, escribió al P. Chaminade hacia finales del otoño de 1808, para tratar de la agregación de su asociación a la Congregación de Burdeos. El P. Chaminade le hizo una buena acogida y le respondió<sup>c</sup>: «He recibido con gusto e interés su carta y la lista de las jóvenes que desean afiliarse a la Congregación. Me ha emocionado el fervor que me parecía reinar entre un número tan grande de jóvenes vírgenes. Cuando, en una asamblea general de la Congregación, he manifestado los deseos de su asociación y he leído sus nombres, todas se han dado cuenta de mi alegría y de la satisfacción interior que sentía, y todas han participado de esos

<sup>207</sup> A imitación de las carmelitas, añadía, a la cabecera de las cartas la inicial del nombre de la santa a las iniciales de los nombres de Jesús, María y José (J.M.J.T.); celebraba las fiestas del Carmelo y hacía sus retiros con las religiosas del convento de Agen.

<sup>208</sup> Jean Larribeau, nacido el 9 de enero de 1764, rehusó el juramento en 1791 y se exilió. En el Concordato fue nombrado encargado de Lompian y, en 1833, párroco de Tonneins. Su salud fue siempre muy precaria. Rehusó, en cuanto le fue posible, el último puesto que se le confió: Lo ocupó poco tiempo, porque murió en 1836, dejando la memoria de un santo sacerdote.

<sup>c</sup> *Carta 31, de otoño de 1808, Lettres, t. I, p. 43-44.*

sentimientos. Todas han prometido considerarles en adelante como parte de la Congregación y acordarse de ustedes todos los días en sus oraciones».

Puso a disposición de las nuevas postulantes los reglamentos de la Congregación y le envió el Manual del Servidor de María. «¡Cómo me gustan estas hermosas oraciones, estas magníficas instrucciones, estos bellos cánticos en honor de María!», escribía poco después Adela de Trenquelléon a Agathe Diché<sup>209</sup>. Adoptaron las prácticas que les ponían en comunión con sus hermanas de Burdeos, y entablaron con ellas relaciones de correspondencia: por el lado de las bordelesas Marie-Thérèse de Lamourous fue la que empezó, y le siguió la señorita Lacombe, a quien pronto conoceremos.

No contento con comunicar a sus nuevas hijas las prácticas de la Congregación, el P. Chaminade se esforzaba en inculcarles el espíritu, insistiendo sobre todo en la devoción a María y en el celo por la salvación de las almas. Sin duda, se amaba ya a María en la asociación, pero con un afecto y veneración comunes. El P. Chaminade no se contentaba con eso y escribía a Adela de Trenquelléon<sup>210</sup>: «¡Si yo pudiese hacerle sentir la dicha que hay en pertenecer de una manera especial a la Madre de Dios! Nosotros nos gloriamos aquí del título de hijos de María, creemos que formamos su familia privilegiada». Le hizo pronunciar el acto de consagración a María, le enseñó la práctica del *amor perpetuo de María*, le invitó a esperar todo «de la protección de nuestra santa Madre». Después, en una de las cartas siguientes, le explicó cómo María es verdaderamente nuestra Madre<sup>d</sup>: «¡Qué felices son los verdaderos hijos de María! La Madre de Jesús es realmente su Madre. Quizá dirá usted: ¡Pero María no puede ser mi Madre como es la Madre de Jesús! Sin duda, si no consideramos las cosas según el espíritu. Pero nosotros debemos ver su maternidad divina más según el espíritu que según la naturaleza. Según la confesión del mismo Jesús, María ha sido más dichosa por haberlo engendrado espiritualmente que por haberlo engendrado según el orden de la naturaleza».

Como la devoción a María, el espíritu de apostolado existía ya en germen en la pequeña asociación. Cada miembro debía ganar a otro para la asociación, Después se catequizaba a los niños, se instruía a los atrasados, se iba incluso a convertir a los protestantes: en 1809, Adela tuvo la alegría de llevar a la verdadera fe a una familia entera. Para tomar completamente el espíritu de la Congregación de Burdeos, la asociación sólo tenía que proponerse más expresamente el apostolado como uno de sus fines principales. En adelante ella iba a *misionar* por vocación, según la pintoresca expresión que gustará emplear a Adela de Trenquelléon.

Adela y sus compañeras recibieron con entusiasmo esta nueva orientación. Las cartas de Burdeos eran esperadas con impaciencia, comunicadas y leídas con avidez. Escribía Adela a una de sus amigas<sup>e</sup>: «El P. Chaminade me parece verdaderamente un santo. ¡Qué acogida tan halagadora nos ha dispensado! Tratemos de merecer la buena opinión que ha concebido de nuestra asociación».

Se pedía más: se quería una afiliación efectiva a la Congregación de Burdeos, para participar en las indulgencias concedidas por Roma. ¿Cómo hacerlo? Hasta este momento el P. Chaminade no había pensado en extender su Congregación fuera de Burdeos y no tenía facultad, como el P. Delpuits en París<sup>211</sup>, de comunicar sus poderes. Dirigirse al Papa, entonces cautivo en su propia ciudad de Roma, era imposible. No había otro modo que el de las admisiones individuales. Escribía el P. Chaminade<sup>212</sup>: «No es posible hacer de otra manera hasta que la Providencia abra algún camino fácil de comunicar con el Papa».

Prometió trasladarse «al alto país» en la cuaresma siguiente (1809). En la época convenida no pudo dejar sus numerosas ocupaciones. Para acortar el viaje proyectado, propuso reunir a las asociadas por grupos, en un pequeño número de localidades. Aunque el proyecto tenía sus inconvenientes, se adoptó. Decía el P. Chaminade<sup>213</sup>: «Bajo los auspicios de nuestra Madre, aquí hemos conseguido hacer cosas que de otro modo eran difíciles». Se realizó la decisión tomada,

<sup>209</sup> 19 de enero de 1809. *ABT, carta 90.2, v. I, p. 164-166.*

<sup>210</sup> Carta sin fecha, otoño de 1808. *Carta 31, Lettres, v. I, p. 45.*

<sup>d</sup> *Carta 40, de 27 de agosto de 1810, Lettres, t. I, p. 69.*

<sup>e</sup> *ABT, carta 97.3, de 15 de marzo de 1809, v. I, p. 174.*

<sup>211</sup> El P. Delpuits había aprovechado la estancia del Soberano Pontífice en París para obtener este favor (18 de enero de 1805). Geoffroy de Grandmaison, *La Congrégation*, p. 226.

<sup>212</sup> A Adela de Trenquelléon, comienzo de 1809. *Carta 34, de 28 de marzo de 1809, Lettres, t. I, p. 53.*

<sup>213</sup> A Adela de Trenquelléon, abril de 1809. *Carta 35, Lettres, t. I, p. 54.*

pero, según parece, sólo en 1810<sup>214</sup>, después del desastre de la Congregación en Burdeos. En Villeneuve-sur-Lot el P. Chaminade se encontró con Adela de Trenquelléon<sup>215</sup> y conoció personalmente a la que la Providencia destinaba a ser su colaboradora en la fundación del Instituto de las Hijas de María.

El fervor de «la tercera división» (así llamaba él a la asociación) suavizó la tristeza que le causaba la desaparición de sus obras de Burdeos. Escribía el P. Chaminade<sup>216</sup>: «Veo con gran satisfacción que se mantiene el fervor entre sus amigas. Usted tendrá el consuelo de verlas perseverar en la práctica de la virtud y de la piedad, si tiene relaciones frecuentes con ellas. No las pierda nunca de vista, primero ante Dios, para orar por ellas, y después por correspondencia. Anímeles a verse entre ellas, a escribirse, pero únicamente para estimularse a amar a Dios. He pensado que podría hacerle llegar pequeños escritos mediante los barcos o enviárselos a Agen. Cuando no hubiera carta, usted estaría al corriente. Usted se serviría de ellos para usted y para las otras. Ni usted ni nadie puede verse comprometida por la comunicación de pequeños escritos que no tendrían más fin que el servicio de Dios y la gloria de nuestra divina Madre. Hoy mismo le haré un encargo a la señorita Lacombe (la corresponsal de Adela de Trenquelléon en Burdeos). Será ella la que me pida cómo alimentar los boletines. Tratemos siempre de aumentar las hijas de María. Mantengámonos firmes contra los esfuerzos del infierno».

El mismo daba ejemplo a sus hijas. Aunque se estuviese en los días malos del Imperio, ponía su confianza en María y preparaba un futuro que muchos no se atreverían a esperar. Las circunstancias completamente fortuitas que le habían puesto en relación con la asociación de Adela de Trenquelléon, se le mostraron como una llamada de la Providencia a extender más lejos los beneficios de la Congregación, en cuanto fuese restablecida. En la primavera de 1813, Marie-Thérèse de Lamourous fue a París por asuntos de la Misericordia y le encargó que presentase al Santo Padre, prisionero en Fontainebleau, sus respetos en estos momentos de aflicción y solicitase el privilegio ya otorgado al P. Delpuits de comunicar a sus directores los poderes necesarios para la recepción de los congregantes y la aplicación de las indulgencias<sup>217</sup>. El Pontífice acogió con bondad la petición, y el 25 de julio siguiente, Adela de Trenquelléon pudo anunciar a sus asociadas que el P. Chaminade acababa de delegar sus poderes, en lo que le concernía, en uno de sus amigos, el P. Laumont<sup>218</sup>, porque la salud delicada del P. Larribeau no le permitía asumir esta carga.

Provisto de este nuevo medio de hacer el bien, el P. Chaminade esperó el alba de días mejores. No tardó en lucir: entonces, después de reorganizar la Congregación de Burdeos, el infatigable apóstol se volvió a la diócesis de Agen para implantar allí este árbol de bendición.

El prelado que gobernaba la diócesis era del mismo país y, con diferencia de unos pocos días, de la misma edad que él. Monseñor Jacoupy había nacido en Saint-Martin de Ribérac, en Périgord, el 28 de abril de 1761. Nombrado para el obispado de Agen en una singular coyuntura<sup>219</sup>,

<sup>214</sup> En la Asunción de 1810 vemos a la Asociación gozar de las indulgencias de la Congregación. *Esto es una suposición del P. Simler que no tiene base documental fiable. Ver nota siguiente.*

<sup>215</sup> Notas de Adela de Trenquelléon sobre el origen de su congregación, destinadas al arzobispo de Auch (1824). *Joseph Verrier opina que este documento no es de Adela, que este viaje del P. Chaminade no se realizó y que tampoco tuvo lugar este encuentro en Villeneuve-sur-Lot. La situación en Burdeos, la prohibición de la Congregación y la estrecha vigilancia a la que estaba sometido el P. Chaminade por la policía avalan esta afirmación. Además no hay la más mínima alusión a este encuentro en toda la correspondencia de Adela durante este período. Ver Joseph Stefanelli, SM "Adele", MRC, Dayton 1989, p. 472, nota 60.*

<sup>216</sup> 29 de julio de 1812. *Carta 46, Lettres, t. I, p. 76.*

<sup>217</sup> Marie-Thérèse de Lamourous habla de esta encargo en la carta que dirigió a sus asistentas de la Misericordia (Archivos de la Misericordia).

<sup>218</sup> Pierre Laumont, nacido en Aiguillon el 9 de junio de 1758, refugiado en España durante la Revolución, en Concordato fue nombrado para ocuparse de la parroquia en Sainte-Radegonde, cerca de Aiguillon, después párroco de Notre-Dame de Agen. Murió retirado en la Hijas de María el 5 de septiembre de 1827. *Probablemente conoció el P. Chaminade en Zaragoza.*

<sup>219</sup> Su historiador, el P. Delrieu (*Notice historique sur la vie et l'épiscopat de Mgr Jean Jacoupy*, Agen, 1874) cuenta cómo el P. Jacoupy conoció fortuitamente, en un hotel de París, a un general que llevaba el mismo nombre que él y era pariente suyo, y fue propuesto por su homónimo al primer Cónsul para una sede episcopal, y cómo Emery le aconsejó que aceptase, prometiéndole un buen vicario general, capaz de redactar sus decretos. Monseñor Jacoupy dimitió de su sede en 1840 por delicadeza, juzgando que su mucha edad y sus enfermedades no le permitían ya administrar la diócesis. Se retiró a Burdeos y allí murió el 28 de mayo de 1848. De él decía Napoleón: «Tengo tan buena mano para hacer obispos como para hacer generales», y al

aportó, a falta de talentos superiores, un buen sentido, una delicadeza y una prudencia, que, al salir de la persecución, eran más útiles que la elocuencia y la literatura. ¿Conoció al P. Chaminade en su juventud? Tenemos razones para creerlo, porque pasó varios años en Burdeos precisamente cuando el joven clérigo de Périgueux acababa allí su teología. En todo caso, en su correspondencia de los primeros años de la Restauración, se trataban en el plano de una amistad muy íntima. En septiembre de 1815 vino a Burdeos para saludar al duque y a la duquesa de Angulema, y el obispo salió de las filas del cortejo oficial para abrazar al P. Chaminade a quien acababa de divisar entre los canónigos.

Monseñor Jacoupy se apresuró a entrar en los planes de su amigo y este último podía escribir el 14 de marzo de 1815 a Adela de Trenquelléon: «La Congregación está aprobada por su buen prelado en todas sus clases y formas. He nombrado a la señora Belloc<sup>220</sup> jefe de la fracción de Agen, tanto para las Damas del Retiro como para las Señoritas. Todo irá muy bien: habrá trabajo y dificultades, pero ¿cómo testimoniaremos a Dios y a María nuestro celo en su servicio si no nos cuesta nada? El amor se alimenta en los trabajos emprendidos para gloria del Bien Amado. Usted puede ver todas las grandes localidades en las que se podrían formar fracciones considerables, para regularizarlas y para que puedan hacer públicamente sus ejercicios de Congregación. Ponga en ello mucha prudencia, actúe de acuerdo con los párrocos, consulte siempre al P. Laumont, sobre todo no se precipite»<sup>f</sup>.

Sus deseos fueron escuchados en el otoño de ese mismo año, después de la caída definitiva del Imperio. En Agen, Tonneins, Aiguillon y Lompian, se estableció la Congregación públicamente para las señoras y las jóvenes. Cada una de las asociadas de Adela de Trenquelléon se convirtió en un agente activo y se esforzó en implantar la Congregación en su parroquia. Adela de Trenquelléon ponía un ardor increíble. Escribía a una de sus amigas<sup>221</sup>: «La juventud es la única esperanza que nos queda. Esta generación está casi perdida; hay que esforzarse en ganar para Dios la generación naciente. Es seguro que la Congregación tiene una bendición visible, y no es extraño: ¡la divina María es tan poderosa! ¡Y cuánto debe interceder por sus queridas hijas!»<sup>g</sup>. Cada una de las nuevas congregaciones se modelaba según la de Burdeos y emprendía, en proporción a sus medios, diferentes obras de celo y de caridad: un catecismo para niños abandonados, un refugio para las jóvenes expuestas al peligro, la visita a los enfermos y la preparación a la primera comunión.

Sin embargo, el P. Chaminade ambicionaba sobre todo conquistar a los hombres. Pensaba en comenzar por Agen, donde el marqués de Dampierre, congregante suyo desde el 12 de marzo de 1815<sup>222</sup>, «joven sencillo y piadoso como un niño de doce años»<sup>223</sup>, no esperaba más que una señal de él para ponerse a la obra. La opinión dominante en la burguesía de Agen era el liberalismo o la indiferencia. Por tanto, la tarea era ardua. Escribía el P. Chaminade:<sup>g</sup> «Dudo que la Congregación se forme como es preciso si el marqués de Dampierre no es ayudado; me parece que haría falta dar en Agen unos retiros a los jóvenes para removerlos». Adela de Trenquelléon era todavía más pesimista: «Es de temer que no pueda llegar a formarse la asociación de jóvenes en Agen»<sup>224</sup>.

Los obstáculos no detenían al P. Chaminade, pero sabía esperar el momento propicio. Fue difícil encontrar los primeros elementos. Sin embargo, cuando, en junio de 1816, el P. Chaminade fue a Agen para abrir el primer convento de las Hijas de María, el marqués de Dampierre pudo presentarle un cierto número de jóvenes decididos y capaces de convertirse en apóstoles de la ciudad. Entre los más fervientes, se distinguía un consejero de prefectura, el Sr. Lacoste<sup>225</sup>, y un director de colegio, el Sr. Dardy. La primera reunión tuvo lugar en casa del P. Mouran, antiguo lazarista, amigo del P. Chaminade y entonces director del Seminario mayor. El P. Chaminade nombró prefecto al marqués de Dampierre, hizo pronunciar a cada uno de los miembros su consagración a María, les explicó los reglamentos, y encargó al P. Mouran las funciones de

---

menos en el caso de monseñor Jacoupy no se equivocaba.

<sup>220</sup> La señora Belloc era una de las señoritas Diché, que se había casado con un médico distinguido de Agen, el señor Belloc.

<sup>f</sup> *Extractos de la carta 54, Lettres, t. I, p. 91-92.*

<sup>221</sup> A la señorita de Lachapelle en Condom, 16 de febrero de 1816. *ABT, carta 297.6, v. I, p. 434.*

<sup>222</sup> Véase más arriba en el capítulo 16.

<sup>223</sup> Carta de Laugeay al P. Chaminade, 4 de enero de 1821. *AGMAR 23.6.274.*

<sup>g</sup> *Carta 55, de 7 de septiembre de 1815, Lettres, t. I, p. 93.*

<sup>224</sup> A Agathe Diché, 17 de diciembre de 1815. *ABT, carta 285.4, v. I, p. 416.*

<sup>225</sup> J.-J. Lacoste había sido profesor en la Escuela central del departamento de Lot-et-Garonne. Tenía una gran facilidad para escribir y dejó diferentes escritos que son citados en la *Bibliographie de l'Agenais*.

director. En esta misma reunión, firmaron entre ellos una «convención», inspirada en la de Burdeos, donde se proponían como objeto de su celo, además de los fines ordinarios de la Congregación, la preparación de los atrasados a la primera comunión, la instrucción religiosa de los demás niños, de acuerdo con los párrocos, la colocación de los jóvenes aprendices y, si era posible, la apertura de comercio y artes y oficios, para procurar a los empleados y artesanos un suplemento de cultura profesional.

Las reuniones empezaron pronto en una antigua capilla gótica, situada en el corazón de la ciudad, y llamada Notre-Dame du Bourg. Esta capilla pertenecía al Seminario, pero era frecuentada por público y estaba rodeada, en esta época, por un cementerio, que era el más grande de la ciudad, en el que todas las grandes familias tenían su sepultura<sup>226</sup>. Las asambleas del domingo por la tarde, públicas como las de Burdeos, provocaron una viva curiosidad en la pacífica ciudad de Agen. La Congregación reclutó numerosos miembros y, al cabo de poco tiempo, tomó una importancia considerable.

La Congregación-madre de Burdeos se interesaba por su desarrollo, delegaba a veces a uno de sus miembros para visitarla, le comunicaba sus mejores discursos y recibía, a cambio, la expresión halagadora de agradecimiento de sus nuevos afiliados. Todo iba a pedir de boca: el 8 de agosto de 1816 Adela de Trenquelléon lo constataba con satisfacción<sup>227</sup>: «Aquí, la Congregación aumenta en todos los grupos. Hay mucho entusiasmo. Hoy se celebra una ceremonia muy emotiva: en el tiempo de la Revolución, se había profanado una estatua de la santísima Virgen, paseándola en son de burla, llevándola a la taberna, etc. Hoy una procesión solemne ha ido a Nuestra Señora del Buen Encuentro, a una legua de aquí, llevando una nueva estatua de la santísima Virgen, los congregantes varones llevaban la estatua, las jóvenes iban de blanco con mantilla, las damas de blanco o negro, cantando las letanías de la santísima Virgen y enarbolando una hermosa bandera; la han regalado como reparación a esa Iglesia».

Era demasiado para los incrédulos: decididamente, a sus ojos la Congregación era una amenaza. No habían pasado ocho días desde la procesión del Buen Encuentro, cuando la Congregación se suprimió por una medida administrativa. Demos de nuevo la palabra a Adela de Trenquelléon<sup>228</sup>: «El demonio, envidioso de todo bien, acaba de provocar una tormenta contra la Congregación de los hombres, que estaban haciendo un bien infinito. Se veía acudir a los confesonarios, los lugares peligrosos se quedaban desiertos, etc., cuando uno de los presidentes cometió la fatal imprudencia de pronunciar un discurso en el que habló demasiado, de tal modo que la autoridad ha decidido prohibir las reuniones».

Esto es lo que había pasado: el consejero de prefectura Lacoste había hablado mal de la filosofía; el alcalde de Agen Lugas, a las órdenes de los volterianos, el día mismo de la Asunción publicó un bando municipal prohibiendo las reuniones de la Congregación, con el pretexto de que se tenían de noche y turbaban la tranquilidad de la buena ciudad de Agen<sup>229</sup>. El marqués de Dampierre estaba ausente, a la cabecera de su madre moribunda. Se avisó rápidamente al P. Chaminade<sup>230</sup>. En Burdeos, David Monier preparó una erudita memoria sobre los artículos orgánicos y contra los abusos de poder del alcalde de Agen. En el mismo Agen, Monseñor Jacoupy tomó partido por la Congregación: acompañado de sus vicarios generales, al día siguiente del bando (16 de agosto) se presentó ante el prefecto, Musnier de la Converserie, y tuvo con él una entrevista de hora y media.

«El prefecto no encontró ni la más mínima objeción a los pasajes del diálogo que se habían censurado»<sup>231</sup>. Pero ante la insistencia del alcalde, apeló al ministro. El obispo le escribió y el

<sup>226</sup> Delrieu, *Notice sur Mgr Jacoupy*, p. 233 y siguientes.

<sup>227</sup> Carta a la señorita de Lachapelle. *ABT, carta 305.5, v. II, p. 10.*

<sup>228</sup> A la señorita de Lachapelle, 6 de septiembre de 1816. *ABT, carta 307.3, v. II, p. 12.*

<sup>229</sup> El alcalde ordenaba «que esta sociedad cesase desde ese mismo día toda clase de reuniones, y que la iglesia fuese cerrada, como en el pasado, a la entrada de la noche».

<sup>230</sup> Lacoste y Mouran le escribieron simultáneamente el 17 de agosto *AGMAR 26.1.31 y AGMAR 26.1.32*. El P. Mouran, después de contar el hecho, añadía las siguientes reflexiones: «La obra de Dios no había sufrido todavía contradicciones; yo presumía que las sufriría, pero no preveía que las explicaciones más claras de nuestras intenciones y de nuestros procedimientos serían incapaces de disipar las tormentas que podían formarse contra ella. Ahora más que nunca necesitamos de sus consejos para dirigir nuestros pasos. Usted es el padre, el fundador de la buena obra; nosotros le debemos ya mucho, añada a todo el bien que le debemos el de indicarnos la ruta que debemos seguir».

<sup>231</sup> Carta de Lacoste al P. Chaminade, 17 de agosto de 1816.

marqués de Dampierre hizo moverse a sus amigos de París. El ministro del interior Lainé respondió con moratorias. No quiso crearse problemas por un asunto tan nimio y, al final, el alcalde y su partido se salieron con la suya.

La prohibición no alcanzó a la Congregación de las señoras. Al contrario, continuó, según el P. Mouran, «haciendo maravillas», y Adela de Trenquelléon decía de ella: «Se hace un bien incalculable; nunca lo hubiera creído; tanto es así que el P. Gardelle (uno de los vicarios) que se hacía un bien mayor que en las escuelas. “La obra de la Congregación – añadía - parece ser visiblemente la obra del Señor»<sup>232</sup>.

La supresión de la Congregación de hombres no había desanimado al P. Chaminade. Cada vez que venía a Agen, y venía todos los años, estudiaba con monseñor Jacoupy el medio de reconstituirla sin ruido. Dos veces creyó haberlo conseguido<sup>233</sup>. Pero el ojo vigilante del alcalde observaba estos movimientos que él llamaba peligrosos, y la asociación fue prohibida de nuevo. En 1820, la caída del ministerio Decazes disminuyó por algún tiempo la audacia de la francmasonería y la Congregación se aprovechó de ello para formarse de nuevo. Gracias a los religiosos que el P. Chaminade acababa de instalar en la ciudad para las escuelas, se sostuvo hasta 1830. Se realizaron los proyectos hechos en 1816. Varias obras se incorporaron a la Congregación, especialmente la de las primeras comuniones atrasadas y la de los Auvergnats, a imitación de lo que se hacía en Burdeos. La experiencia llevó a Lacoste y a los otros promotores de la asociación a mantenerse más reservados. Incluso trasladaron el lugar de reuniones de la capilla demasiado frecuentada de Nuestra Señora du Bourg a la capilla del Refugio, en el domicilio de los religiosos del P. Chaminade.

La Congregación de Agen nos ha ocupado mucho tiempo, no es sólo porque es la primera cronológicamente de las congregaciones afiliadas, sino sobre todo nos hemos propuesto, por la exposición de su historia, dar al lector un ejemplo de la clase de fundaciones que, a partir de la Restauración, comparten con muchas otras obras los cuidados del P. Chaminade.

Efectivamente Agen no fue más que el primer anillo de una larga serie de afiliaciones. En el mes de septiembre de 1815, el P. Chaminade tenía la alegría de escribir a Adela de Trenquelléon<sup>h</sup>: «Se empieza a sentir en diferentes diócesis la necesidad de establecer congregaciones; hay nuevas peticiones en varias ciudades». A la Congregación de Burdeos le sucedía lo mismo que a la de París. Cuando se supo que tenía poder de afiliarse congregaciones nuevas, se le pidió de diversas partes utilizar ese privilegio. Sin embargo, hubo una diferencia entre las dos Congregaciones-madres. La de París limitaba ordinariamente su intervención a un simple diploma de afiliación, y, en la mayor parte de los casos, eran los jesuitas los instrumentos naturales y competentes de las nuevas fundaciones. Del P. Chaminade, en cambio, se pedía una cooperación más activa, como se ha podido ver en el ejemplo de Agen. Él no podía dispensarse de prestar su ayuda personal, y siempre debía proporcionar los reglamentos, iniciar a los directores y ayudarles a allanar los obstáculos. Las congregaciones fundadas por él eran sucursales de la de Burdeos más que congregaciones simplemente afiliadas.

En la diócesis de Burdeos, generalmente la iniciativa la tomaba algún antiguo congregante de la Madeleine que había abandonado la ciudad. Ese fue el caso de la congregación de Langoiran, debida al párroco de esta pequeña ciudad, Jérôme Labrouche, uno de los primeros discípulos del P. Chaminade y uno de los primeros seminaristas. Los misioneros diocesanos Maurel y Gourmeron dejaban también gustosamente tras de ellos una fundación de este tipo para conservar el fruto de sus predicaciones. A esta segunda categoría pertenece la Congregación de Libourne, inaugurada con brillantez en 1819. El primero que dio su nombre fue el presidente del tribunal civil. A continuación se inscribieron el procurador, los abogados y todos los hombres importantes de Libourne. El procurador, Durand La Grangère, fue el prefecto. Un sacerdote de mérito, el P. Charrier, fue el director. La inauguración la presidió el propio monseñor d'Aviau. El P. Chaminade tuvo que quedarse en Burdeos en las fiestas de Pascua, y unos días después, en mayo de 1819, se trasladó a Libourne para arreglar los detalles de organización. La facilidad de comunicaciones entre las dos ciudades permitía a los congregantes de una y otra visitarse frecuentemente, intercambiar

<sup>232</sup> A la señorita de Lachapelle, 14 de noviembre de 1816. *ABT, carta 310.4, v. II, p. 17.*

<sup>233</sup> En una carta del 28 de agosto de 1818, el obispo urgía vivamente al prefecto a restablecer la Congregación de los hombres (Archivos del obispado de Agen).

<sup>h</sup> *Carta 55, de 7 de septiembre de 1815, Lettres, t. I, p. 96.*

sus composiciones literarias y prestarse oradores. La Congregación de Libourne no desmintió su excelente comienzo y prosperó mientras duró la Restauración.

En la diócesis de Agen, que entonces era muy extensa porque comprendía los departamentos del Lot-et-Garonne y Gers, el progreso fue todavía más rápido que en la de Burdeos. Villeneuve-sur-Lot, Condom, Port-Sainte-Marie, Nérac, Lectoure, Marmande, etc., tuvieron su Congregación, al menos para las señoras. En la ciudad de Auch, el P. Chaminade en persona fue a instalarla en 1818, a la vez para los hombres y para las mujeres. El vicario encargado de la administración de la antigua diócesis de Auch, P. Fenasse, quería al P. Chaminade y apoyaba todas sus iniciativas. Puso al P. de Batz, pariente de Adela de Trenquelléon, al frente de las distintas ramas de la obra cuya sede fue la iglesia Saint-Orens<sup>234</sup>.

Más lejos, hacia los Pirineos, se erigían congregaciones por el celo de jóvenes originarios de estas regiones. Así los Loustau, que dieron a la Congregación de Burdeos varias generaciones de dignatarios, la implantaron en Coarraze (Basses-Pyrénées), su país natal. Otro, Rivière, fue durante mucho tiempo el sostén de la de Ax en el Ariège. Al mismo tiempo, por mediación de señoras de Agen y de Auch, se estableció en Pau, Tarbes, Barèges y, en otra dirección, en Villefranche-du-Rouergue. No podemos entrar en el detalle de cada una de estas obras de Dios. Fueron una bendición no sólo para el lugar en que se establecieron, sino para toda la comarca de alrededor, por el espíritu de apostolado del que eran, como la Congregación de Burdeos, un hogar permanente.

Todo se hacía a ejemplo de Burdeos: la misma advocación, la de la Inmaculada Concepción; la misma organización, salvo la fusión de los jóvenes con los hombres y la de las jóvenes con las mujeres; el mismo espíritu y el mismo tipo de reuniones. Los vínculos con Burdeos eran estrechos. Los nombres de todas las congregaciones afiliadas eran inscritos en el registro que se colocaba sobre el altar de la Madeleine durante la misa de la Congregación: era un símbolo de la comunión de oraciones y buenas obras que les unía entre ellas y con la Congregación-madre. Los sacerdotes directores pronunciaban en la primera ocasión que tuvieran su acto de consagración en manos del propio P. Chaminade, y a menudo venían a Burdeos para conseguir las orientaciones que debían dirigir el ejercicio de su celo. Era una falange sacerdotal dedicada al culto de María y extendida por todo el sudoeste: Mouran, Laumont, Paga, Serres y otros en Agen, Ferret y Castex en Condom, Larrieu y Chevalier en Auch, Marty en Villefranche, etc.

Todas las congregaciones de las que hemos hablado pertenecían al tipo que se ha convenido en llamar *grandes congregaciones*, por oposición a las congregaciones de los colegios. Entre las afiliaciones otorgadas por Burdeos, sólo encontramos tres casos de congregaciones de niños o muchachos, en los seminarios de Bazas, Auch y Aire.

Bazas estaba poblado de antiguos congregantes de la Madeleine: Lacombe, Martial, Trocard, casi todo el cuerpo de profesores había salido de allí. En 1820 pidieron al P. Chaminade que erigiese en el seminario una asociación que les recordase los gratos recuerdos de la Madeleine, y el P. Chaminade no pudo negarse a esta petición. Pronto los seminarios de Aire (1825) y de Auch (1826) pidieron y obtuvieron el mismo favor<sup>235</sup>. El reglamento se adaptaba a las necesidades especiales de los jóvenes congregantes. La reunión del domingo por la tarde era reemplazada por sesiones académicas en las principales fiestas: los programas, en que dominaba la nota religiosa, eran muy variados.

En el seminario de Auch<sup>236</sup>, cuyos archivos conservan muchos documentos relativos a la congregación de esta época, vemos poesías encantadoras, firmadas por *Abadie*, que seguían a la lectura de una carta del P. Chaminade o de uno de los dignatarios de Burdeos, y cantos mezclados con notables diálogos, obra de uno de los directores del seminario, el P. Larrieu. Algunos de estos

---

<sup>234</sup> La Congregación de Auch tuvo un gran éxito. Tras el paso del P. Chaminade en 1819, la principal responsable de la congregación de mujeres, señorita Victoire de Lagrâce, le escribía (15 de agosto de 1819): «Creo que estará usted contento de nosotras. Todos los sacerdotes habrían querido verle. En cuanto a mí, estoy encantada hasta llorar de alegría viendo el fervor de nuestra asociación. Me acuerdo de lo que usted me decía hace tiempo: Se hará lo que Dios quiere». *AGMAR* 26.2.189.

<sup>235</sup> Al mismo tiempo, el Seminario menor de Burdeos se afiliaba a la Congregación de París. Era normal, puesto que eran los jesuitas los que dirigían este centro. Por lo demás, el P. Chaminade mantenía con ellos buenas relaciones, y los jesuitas ponían su casa de campo a disposición de la Congregación de la Madeleine.

<sup>236</sup> La Congregación del seminario de Auch comprendía tres secciones, una para el Seminario mayor, otra para el Seminario menor, y la tercera para las de niños anexas al Seminario menor. La del Seminario menor era la más floreciente.

diálogos tienen como asunto la Congregación-madre de Burdeos que nos han proporcionado detalles que nos permitieron describir más arriba su fisonomía. El P. Chaminade tenía por sus hijos del Seminario menor de Auch una predilección que se traducía en cartas paternales, en respuesta a felicitaciones con motivo de una fiesta o ante la proximidad de las vacaciones.. Dos veces les hizo el regalo de una bandera, bordada para ellos en la Misericordia, bendecida por él y destinada a recordarles el afecto que les tenía.

Para acabar este capítulo, largo pero corto teniendo en cuenta su abundante materia, que la reputación de Congregación superó los límites de la región. En Mans, en 1819, una congregación de señoras, dirigida por la señora de Vauguyon, solicitaba y obtenía su agregación. De Nimes, un sacerdote escribía al P. Chaminade que «impresionado por los ejemplos edificantes que da su santa asociación de jóvenes que marchan bajo los estandartes de María», había decidido crear una semejante y solicitaba reglamentos y consejos. De Orléans, se le pedía opinión para la dirección de las obras de la parroquia Saint-Paterne. En Lyon, aunque existía ya una Congregación floreciente, había el proyecto de crear otra basándose en la de Burdeos (1823).

Finalmente en París, hombres de bien, temiendo la caída de las asociaciones parroquiales creadas por el P. Rauzan y los misioneros de Francia<sup>237</sup>, pensaron asegurarles una mayor estabilidad dándoles la forma de las congregaciones de Burdeos, y pidieron al P. Chaminade que se encargase de ello. Se podría hacer una prueba, decían ellos, en la parroquia de las Misiones extranjeras, cuyo párroco P. Desgenettes (el futuro párroco de Notre-Dame des Victoires) anhelaba esta transformación y ofrecía la cripta de su iglesia para las reuniones<sup>238</sup>. El P. Chaminade que tenía entonces un representante en París, el P. Caillet, encargado de diversos asuntos, se vio atraído con la idea del bien que se haría en París con una Congregación como la de Burdeos y no rechazó las propuestas que se le hicieron. Cumpliendo el deseo que le expresaron, y envió los reglamentos de la Congregación, acompañados de estas significativas palabras<sup>239</sup>: «¡Deseo tanto que esta obra de la Congregación pueda propagarse en la capital! Usted mismo lo puede comprobar por la temeridad que he dejado entrever de formar en París una pequeña casa de la Compañía de María que tendría como objeto principal esta obra de predilección. Digo temeridad, porque somos un número muy pequeño y, en ese pequeño número, muy pocos formados para esta obra». Efectivamente, era temerario comprometerse entonces en ese camino. Las negociaciones se prolongaron, pero no tuvieron continuación por el motivo alegado por el P. Chaminade, la falta de personal<sup>240</sup>.

Detenemos aquí el relato de la extensión de la Congregación fuera de Burdeos<sup>241</sup>. Por mucha que haya sido su influencia, no se puede comparar con la que ejercieron las órdenes religiosas salidas de su seno.

<sup>237</sup> A partir de 1821. Cf. *Vie de M. Rauzan*, p. 92 y, para las asociaciones parroquiales, p. 16.

<sup>238</sup> Correspondencia de O'Lombel con el P. Chaminade, 1824. O'Lombel, el negociador de este proyecto, conocía al P. Chaminade y su Congregación por Lafon, que entonces estaba en París como subgobernador de los pajes. Hay que hacer notar que la Congregación de los Padres jesuitas tenía sus reuniones en la biblioteca de las Misiones extranjeras. La proximidad de las dos obras no les perjudicaría, porque su fin era diferente.

<sup>239</sup> A O'Lombel, 22 de marzo de 1824. *Carta 274, Lettres, t. I, p. 519-520*.

<sup>240</sup> Con ocasión de estas negociaciones, un prefecto de la Congregación de París, Ponton d'Amécourt, hizo al P. Chaminade algunas observaciones sobre las novedades de su Congregación, sobre el espíritu *constitucional* que presidía la elección de sus dignatarios, sobre la confusión de las diversas clases de la sociedad, sobre las reuniones de la tarde que se parecían a las prédicas protestantes, etc. El P. Chaminade no pudo menos que sonreír, y dio algunas explicaciones para tranquilizar a los espíritus recelosos.

<sup>241</sup> No poseemos ningún registro de las afiliaciones; según los diferentes documentos que nos quedan, hemos intentado reconstruir una lista de congregaciones afiliadas. La damos aquí, aunque es, sin duda, incompleta. Las fechas indican la época de la afiliación. Abreviamos las palabras Hombres (H.) y Mujeres (M.)

*Agen*, M. 1815. H. 1816. - *Aiguillon*, M. 1815. - *Aire*, Seminario 1825. - *Auch*, H. y M. 1817, Seminario 1826. - *Ax*, H. hacia 1826. - *Barèges*, M. hacia 1820. - *Barsac*, H. y M. 1820. - *Bazas*, Seminario 1820. - *Beguey* (Gironde), H. y M. 1827. - *Blaye*, jóvenes, hacia 1826 - *Coarrazze* (Basses-Pyrénées), hacia 1820. - *Condom*, H. y M. 1819. - *Horgues* (Hautes-Pyrénées), M. 1826. - *Langoiran* (Gironde), H. y M. 1822. - *Lectoure*, M. en 1822. - *Le Mans*, M. 1819. - *Libourne*, H. y M. 1819. - *Marmande*, M. 1822. - *Moncassin* (Gers), 1826. - *Monségur* (Gironde), M. 1822. - *Montignac* (Dordogne), 1822. - *Nérac*, M. 1816. - *Pau*, M. 1822. - *Port-Sainte-Marie* (Lot-et-Garonne), M. 1817. - *Puch* (Lot-et-Garonne), M. 1825. - *Tarbes*, M. 1824. - *Villefranche d'Aveyron*, M. luego H. 1820. - *Villeneuve* (Lot-et-Garonne), M. 1820, H. 1823. - *Villeréal* (Lot-et-Garonne), M. 1824.